

JAN

AUTÓNOMA DE NUEVA

CIÓN GENERAL DE BIBLIOTE

CIÓN

TOUSSAINT

8 LAFFITTE  
No. 1000

WINE OF FRANCE

WINE OF FRANCE

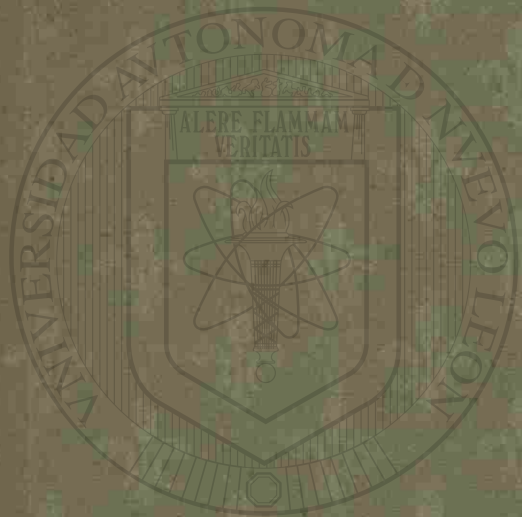
PQ2276

.H7  
138

9/40



1020026572



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LAS LÁGRIMAS DE JUANA

C

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. 11 842 2  
Núm. Autor 30317  
Núm. Adq. -8-  
Procedencia \_\_\_\_\_  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
Asistido \_\_\_\_\_  
Catalogo \_\_\_\_\_

COLECCIÓN «AMBOS MUNDOS»

NOVELAS PUBLICADAS

La Bohème, por <i>E. Mürger</i> ..	2 tomos.
El Crepúsculo, por <i>Jorge Ohnet</i> ..	1 »
Indiana, por <i>Jorge Sand</i> ..	1 »
Mimi Pinson, por <i>Alfredo de Musset</i> ..	1 »
La Mujer de treinta años, por <i>H. de Balsac</i> ..	1 »
Los Mineros de Polignies, por <i>Elias Berthet</i> ..	1 »
Mujeres de Rapiña: La Señorita Cachemira, por <i>Julio Claretie</i> ..	1 »
El Capitán Richard, por <i>A. Dumas (padre)</i> ..	1 »
Roma bajo Nerón, por <i>I. J. Kraszewski</i> ..	1 »
Dosia, por <i>Enrique Gréville</i> ..	1 »
Renata Mauperin, por <i>E. y J. de Goncourt</i> ..	1 »
El Último Ateniense, por <i>Victor Rydberg</i> ..	1 »
El Libro de los Snobs, por <i>W. M. Thackeray</i> ..	1 »
Las Lágrimas de Juana, por <i>Arsenio Houssaye</i> ..	1 »

EN PREPARACIÓN

Obras de E. y J. de Goncourt, Alfredo de Musset,  
Arsenio Houssaye.

LAS

LÁGRIMAS DE JUANA

POR

ARSENIO HOUSSAYE

TRADUCCIÓN DE

EUSEBIO HERAS

ILUSTRADA CON MAGNÍFICAS LÁMINAS POR

GASPAR CAMPS



BARCELONA

85746

LA EDITORIAL ARTÍSTICA ESPAÑOLA

B. Castellá. — Provenza, 322

1904

30317

843  
H.

PQ 2276

H7



ES PROPIEDAD

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

IMPRESA BASEDA, á cargo de Domingo Clarasó, Villarreal, 17.

Litografía La Editorial Artística Española



## LAS LÁGRIMAS DE JUANA

I

*Menos de frente*

Mucho se hablaba de la belleza altiva y soberana de una joven que llevaba un gran nombre: de la señorita Juana de Armaillac.

Opinaban los jóvenes casaderos que la muchacha dábale aires excesivamente soberbios para ser una chica sin dote, como si el orgullo fuese un equivalente del dinero.

La señorita de Armaillac tenía razón para no doblar la rodilla ante la riqueza. No hubiera sido tan feliz con una verdadera fortuna como lo era con su nombre. Además, ¿podía ella quejarse de su destino viéndose la hermosa entre las hermosas?

Oía, sí, decir aquí y allá que no se apenaba con una joven sino por sus cuartos; pero, en la ingenuidad de su corazón, creía que se calumniaba á los hombres.

—¿No es verdad que es bella?—me dijo una tarde un amigo mío, viéndola pasar por los Campos Elíseos en el landó de la señora de Tramont.

—Sí,—respondí con sentimiento de admiración.—No es una belleza, es la belleza. Y tiene también la belleza diabólica á ratos.

Nos extendimos en paradojas sobre la belleza.

—Ser soberanamente bella, es el sello divino por excelencia, puesto que la belleza es una virtud primordial que domina á las otras. Decir belleza de cuerpo, es decir belleza de alma. La belleza visible muestra la belleza oculta. El alma, que es la luz, puede vacilar y caer, y llegar, de caída en caída, hasta las profundidades más nocturnas; puede visitar el vicio, ensuciarse con todos los pecados; pero, en una hora de amor ó de arrepentimiento, la veréis recobrar súbitamente la aureola de las divinidades. Dios, que se mira en su obra, no ha querido que la forma amasada por su mano sea una máscara engañosa. Dios no es amigo de dar sorpresas; el alma bella está casi siempre revestida de un cuerpo divino.

—Cuerpo divino, alma divina; á esa obra maestra ataca especialmente el espíritu del mal. Si con frecuencia sucumbe la belleza, es porque constantemente lucha, es porque á cada momento es acometida, es porque todo el mundo quiere tener algo de ella y empuñar su estandarte. Lucrecia fué la única que se libertó por medio de una puñalada. Pero Elena, Aspasia, Cleopatra, Imperia, Diana de Poitiers, Ninón de Lenclos, Madama de Pompadour —no nuestro sino el asiento del cesto—, soportaron el destino fatal de la belleza. La señorita de la Vallière,

como la Magdalena divinizada, lavó con lágrimas el dulce crimen de haber amado.

Dijome mi amigo que la señorita de Armaillac debía ir dos días después al baile de la duquesa «del lunar».

—Iremos, si usted quiere.

—Sí; mas espero que no dirigirá usted sus baterías hacia esa maravillosa criatura.

—No soy tan necio; eso sería ponerla en guardia. Por otra parte, he perdido la ocasión; pero seré vengado, y sin hacer nada para ello. Ya conoce usted mi sistema: las mujeres caminan siempre hácia su pérdida; no es menester impulsarlas á tal fin, porque serían ellas capaces de apartarse del camino por espíritu de contradicción.

—Mi amigo se puso melancólico.

—¡Ah! El año pasado,—añadió,—la vi en Trouville; ¡pero fui demasiado buen hombre! ¡Representé mal mi papell! Al cabo de algunos días de coquetería, púsome á la puerta de la iglesia. Contra la resistencia de una mujer no hay fuerza, si esta mujer no ama. Y Juana de Armaillac no me amaba. Hizo algo mejor que colocar á Dios entre ambos: puso su altivez. La altivez de una mujer, si no ama, es una montaña inaccesible.

—Y ¿por qué no le amaba á usted? ¿Es que no fué usted capaz de hacerse amar?

—No; en amor, yo no derribo sino las puertas que están ya abiertas. No tengo la virtud de matar la virtud. No triunfo sino de las mujeres que no se defienden. Pero tengo rudos desquites. ¿Quiere usted saber cómo acabará Juana de Armaillac?

—Sí.

—Pues bien: acompañeme usted á casa de la duquesa.

—Vamos allá.

Conocía yo desde hacía mucho tiempo á la duquesa, una de aquellas personas que reinan y gobiernan en su casa, porque su marido tiene «establecimientos en la India», es decir, en los bastidores de la Ópera. Se hablaba en voz baja de sus dos amantes; pero se decía también que era calumniada. Por otra parte, uno había muerto y ella misma acababa de desterrar al segundo.

Estuvo tanto más encantadora para conmigo cuanto que yo no iba á su casa sino muy de tarde en tarde. Cuando nada que se relacione con el corazón tiene que decirse, no es necesario verse á menudo. El hombre de talento pasa de largo por un salón, no hace de él su morada. Hablándome en cierta ocasión de uno de sus visitantes, la duquesa le obsequió con esta frase encantadora:

«—No sé por qué no te mando hacer un marco y le cuelgo en la antesala.»

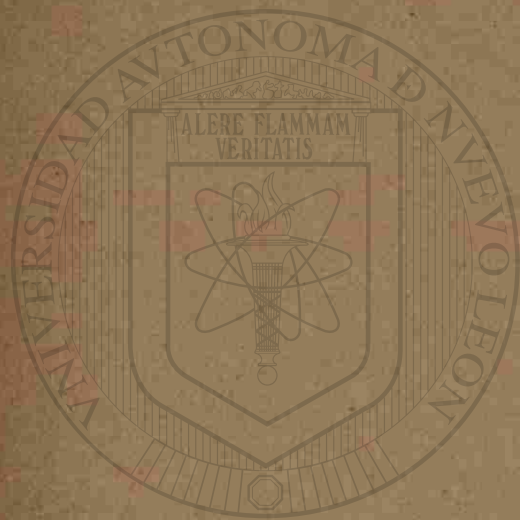
Aquella noche, cuando la hablaba yo de su belleza, me dijo:

—Va usted á ver hoy á la belleza de las bellezas: á la señorita Juana de Armaillac. ¡Y cuando pienso que no puedo encontrarle un marido! Razón tendría el moralista si hoy repitiese: «Pobreza, no es vicio: es algo mucho peor.»

Hay en el mundo una multitud de jóvenes que tienen todo lo necesario para hacer felices á los hombres; pero los hombres no quieren esa dicha cuando no la acompaña el dinero. Desde el punto de vista del matrimonio, Francia es hoy el último de los







UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS Y ARCHIVOS

países; en Francia es principalmente donde un pensador pudo decir: «¡No hay dicha sin cifras!» En las demás naciones, el hombre no tiene en cuenta el mañana; para él, el amor es dinero contante, el dote es la belleza, es el corazón, es el talento; pero en Francia se teme el mañana como á un acreedor; no se piensa en capitalizar la dicha, pero se piensa en capitalizar las rentas. Se las compone el individuo en su vida como en una fortaleza que no se quiere ver invadida por la miseria. Tanto se teme á la mala fortuna, que no se deja sitio para la buena; el dinero hace cometer más vilezas que el amor mismo. Y, sin embargo, de él ha dicho un poeta de la antología: «Es el más bravo, pero es el más vil de los dioses.»

La señorita Juana de Armaillac debía sufrir las consecuencias de esta verdad: era hermosa, tenía talento, llevaba un gran nombre, poseía todas las gracias de la mujer, pero era pobre.

Al decir era pobre, quiero decir que su madre contaba apenas con 12,000 francos de renta, lo necesario para no dejarse ver de París. La madre mostrábase á él, y contraía deudas; sin embargo, no era gran tren el de la casa desde que muriera el padre: una habitación de 2,400 francos, una mesa mal servida, una costurera de tercer orden; he ahí á lo que se reducían las locuras de la señora de Armaillac. Pero ¿y el capítulo de los guantes y las botinas? ¿y el capítulo de los sombreros y la planchadora? No obstante, gracias á la economía, sólo se hacían deudas por valor de 3,000 francos anuales.

¿Cómo dotar á la señorita Juana de Armaillac contrayendo deudas? La madre hablaba á veces de una anciana tía que tenía un viejo castillo; pero se sabía

ya que el viejo castillo y la anciana tía pasarían á Dios por mediación de las iglesias. ¿Qué hacer? Después de todo, puesto que se han conocido reyes que se casaron con pastoras, ¿por qué un príncipe no había de casarse con una de Armaillac?

Cuando la señorita de este nombre entró en casa de la duquesa, fué aquello un deslumbramiento; la belleza es como el sol, despide rayos, sobre todo cuando aparece con la lujuria de la juventud.

Se anunció á la señora y señorita de Armaillac. Aun cuando la madre fuera delante, no se la veía, pues sólo había ojos para la hija. Habíase formado un círculo. Una curiosa que había sido linda, que aun era encantadora, se confesó vencida por este grito involuntario:

—¡Es demasiado bella!

La señorita de Armaillac entró victoriosamente, con la majestuosa indolencia de una diosa del Olimpo que hubiera arrastrado tras sí cien mil adoraciones.

Aun cuando la señorita de Armaillac fuera oriunda del Mediodía, era, por no sé qué gravedad meditativa, una mujer del Norte; sus cabellos tenían más bien el brillo veneciano que las palideces inglesas. Sus ojos negros, por otra parte, tenían todo el acento meridional, aun cuando estuvieran velados por una expresión de desdén. A decir verdad, no había aquella noche en los salones de la duquesa una más altiva desdeñosa; parecía amasada con otra pasta que no era la de las mujeres que la rodeaban, no porque le envaneciera su belleza, sino porque, semejante á aquellos espectadores que se fastidian en el teatro, no se dignaba divertirse en el espectáculo del mundo.

He aquí por qué hasta entonces su corazón había permanecido inaccesible.

Para la mayoría de las mujeres, ser bella no es nada si no se ama. No hablo aquí de las Celimenas: éstas no son bellas sino para mirarse; éstas no tienen labios sino para besar su abanico.

Pinto á Juana de todos lados, menos de cara. ¿Qué pintor se atrevería á retratar á una mujer de frente?

## II

*Un vals infernal*

La señora y la señorita de Armaillac habían sido conducidas por el duque de \*\*\* al salón en que se bailaba. No había ni un solo sitio desocupado; pero la belleza hace milagros: dos mujeres feas se levantaron y desaparecieron, como si hubieran temido hallarse demasiado á la vista junto á la joven.

—¿Quién es la recién venida?—decíase de un extremo á otro del salón.

Apenas se la conocía, porque ella no gustaba del mundo y era contraria á todas sus fiestas, saboreando el encanto del hogar entre una novela y un piano; dos amigos que se toman y se abandonan cuando conviene.

Respondíase aquí y allá á los curiosos que se llamaba Juana de Armaillac.

—Suerte tiene siendo tan hermosa,—dijo una de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
ALF. TROY 145-1077  
1946. 1625. MONTAÑANA, 1946

sus vecinas,—porque su madre no posee un sueldo.

—En mi concepto,—dijo otra,—la belleza es dinero contante. ¿La aceptaría usted para su hijo?

—No; mi hijo no es bastante rico para casarse con una mujer sin dote.

La que hablaba así no daba á su retoño más que 100,000 francos de renta; así es, que andaba á caza de algunos millones. Desde el momento en que todos los hombres casados tienen queridas, ¿qué les importa la belleza de la mujer propia?

Veinte bailarines se habian precipitado á ella, ansiosos de pasear por el salón aquella hermosura incomparable. Tenian la sonrisa en los labios, como el niño que va á coger un fruto color púrpura ú oro, pero la señorita de Armaillac les respondió con un:

—No bailo.

Y estaba esta frase tan llena de un desdén tan soberbio, que todos se volvían súbitamente con una sonrisa menos.

Juana hablaba con su madre sin parecer sospechar que delante de ella se bailaba.

—¡Qué extraña eres, mi querida Juana!—le dijo la condesa de Armaillac.—Dijérase que no perteneces á este mundo.

—¡Quién sabe!—respondió Juana con aire soñador.—¿Te gustaría, según eso,—añadió, animándose,—verme hacer gracias confundida con esas parejas? Pero mira á todas esas señoritas: paréceme ver una feria de jóvenes casaderas. ¡Qué necedades deben decir!

—No lo dudo; pero, mira, querida: yo también tuve, cuando joven, mis cuartos de hora de excentricidad...

Juana interrumpió á su madre:

—¡Pero si tú eres aún más joven que yo!

—Quizás. Quería decirte que en el mundo es necesario hacer lo que todos hacen. No es menester que el orgullo nos ciegue y nos conduzca campo atravesado, por miedo á la carretera.

—Pues bien, mamá: valsaré, si á valsar estoy condenada. Ya sabes que no me gusta el baile.

—Valsar, valsar...—dijo la madre, ensombreciéndose.—Eso es bueno para las mujeres mal casadas. Y, más pronto ó más tarde, yo te respondo de que tú casarás bien, porque yo meteré en ello la mano.

—¡Como la tienes tan feliz!... Ya te propusiste ganarme una dote con cierta obligación, y todavía espero la ganancia.

—Menester será decirte que la erré de un número.

—Será ése mi sino: estaré condenada á encontrar, en vez de un marido que me proporcione todas las alegrías del matrimonio, un hombre á quien nada deberé.

Había acabado el baile que se tocaba cuando entraron; la orquesta ejecutaba el prelude de *La vuelta al mundo*, ese adorable vals que ha hecho dar vueltas á todo el mundo.

Acercóse un valsador, que cambió con la señorita de Armaillac una sonrisa casi imperceptible; hubiérase dicho que se conocían de larga fecha ó que pertenecían á la misma logia masónica.

No saludó aquél con la humildad exagerada de los jóvenes que se habian vuelto como llegaron. Conservó su altivez natural, sin por eso dejar de inclinarse para preguntar á la señorita de Armaillac si quería bailar con él. Aun cuando su madre no le hubiera

dado el permiso, Juana se levantó y aceptó el brazo del joven como si hubiese obedecido á su destino.

—No me la arrebatara usted más que para el vals,— dijo la señora de Armaillac, que gustaba excesivamente de hacer frases.

El joven la contestó con la misma sonrisa, y arrastró á Juana, que estaba más bella aún, como si la varilla de un hada hubiese súbitamente encendido su alma.

—Señorita,—dijo el valsador,—había atravesado esta fiesta en tren expreso, decidido á no eternizarme en ella; pero la he visto á usted, y quisiera que durase eternamente.

—¿Eternamente, caballero? ¿Cuántos minutos?

—¿Cuántos minutos tiene una noche?

Y había arrastrado á Juana en el torbellino.

Era la primera vez que se sentía ella acalorada hasta la embriaguez. Le había ocurrido valsar aquí y allá, desde que frecuentaba el mundo, desde hacía dos inviernos; pero sin abandonarse á la embriaguez del vals. Sentía que su altivez caía bajo las ardientes miradas del señor de Briançon; irritábase contra sí misma al sentirse vencida á medias, pero en vano trataba de recobrar su aire soberbio. Una nube pasaba por sus ojos, una fuerza invencible agitaba su corazón.

Todos los que miraban valsar no veían sino á la señorita de Armaillac y al señor de Briançon; los demás valsadores no eran otra cosa que satélites de aquellos dos astros deslumbradores.

Se notaba que los jóvenes se parecían mucho. Era la misma naturaleza indomable, la misma altivez de raza, la misma impertinencia en los extremos de los

labios; los dos eran altos, los dos tenían el mismo aire dominador. Difícil hubiera sido prever, al verlos, cuál quedaría dueño del campo de batalla. ¿No hay siempre, entre el hombre y la mujer, un combate, un vencedor y una víctima?

Raro es que la casualidad ponga frente á frente á un hombre y una mujer de la misma fuerza, del mismo tipo, del mismo carácter. El proverbio «quien se parece se junta» es falso, como todos los proverbios; los contrastes sí que van uno al encuentro de otro: el moreno gusta de la rubia, el nervioso de la indolente, el burlón de la ingenua, el culto de la ignorante.

El señor de Briançon y la señorita de Armaillac exponíanse, pues, mucho á no entenderse. Mientras tanto se encontraban muy bien juntos durante aquel vals sucesivamente poético, amoroso y violento.

Las mujeres seguían discutiendo acerca de la belleza de la señorita de Armaillac. Como en los salones de París casi todas las mujeres son bajas, se la encontraba demasiado alta, aun cuando se reconocía que tenía un perfil escultural, lo que quería decir una belleza de estatua. Pocas veces se está de acuerdo respecto á belleza. Para muchas personas, las mujeres que no adornan su rostro con dos sueldos de sentimiento y cuatro de expresión, están fuera de concurso. Es necesario saber mover los ojos, jugar con la mirada, hacer gestos á todo, eadomingar, en una palabra, el semblante. Gracias á Dios, la señorita de Armaillac tenía demasiado sentimiento del aire de grandeza para hacer gestos; la dignidad sencilla ó la sencillez digna era para ella el verdadero sello. Tenía otro carácter de belleza, muy raro en las ru-

bias: la palidez ligeramente rosada que casi nunca tienen éstas, pero que no por esto era en ella meaos viva; la sangre se denunciaba por los labios, el fuego del alma por los ojos: no era aquello una mirada, era una ráfaga de luz. Las manos tenían forma perfecta, pero sus guantes medían 6  $\frac{3}{4}$ , por no decir 7. Otro tanto ocurría con los pies. Aun tenía otras imperfecciones: el cuello destacaba graciosamente, los hombros eran carnosos, pero los brazos resultaban algo largos. Así, cuando se hablaba de su intimidad con la esposa de un ministro, una mala mujer que por allí pasaba dijo:

—Esa señorita tiene los brazos largos.

Se la acusaba de no ser extraña á un lunar que tenía en la mejilla, junto al ojo, como la duquesa de \*\*\*; y se la acusaba sin razón, porque Juana había hecho lo posible por borrar lo que ella titulaba la *agudeza* de su rostro. Gustaba del talento natural, mas no del estudiado. No sé si tenía muchas malas costumbres; pero sí que tenía la de arrugar su frente como Juno en las ausencias de Júpiter. En aquellos momentos alteraba su belleza hasta borrarla casi. No sólo se desvanecía el encanto, sino que la discordia turbaba la pureza de líneas. Cuando se veía de tal modo en un espejo, se enfadaba consigo misma, lo que acababa de desfigurarla; pero era más frecuente que aquella belleza guardase su serenidad, hasta el punto de que decíase á menudo:

—Se ha puesto una careta para ser impenetrable.

Nada transpiraba de su alma; nunca se veían en sus ojos los latidos de su corazón.

El vals había acabado. El señor de Briançon condujo á Juana al lado de su madre, mas no derecha-

mente, sino dando un rodeo, á fin de ir más tiempo del brazo de su pareja. Ella tampoco parecía tener mucha prisa por volver al lado de la señora de Armaillac.

—Ya sabe usted, señorita,—dijola el joven,—ya sabe usted que, si quiere usted valsar más, yo soy su hombre.

Este modo de hablar, que debió ofenderla, la conmovió hasta el fondo de su corazón; poco faltó para que contestase:

—Pues bien: si valso más, soy su mujer de usted.

Pero detuvo la palabra al ir á salir de sus labios.

—¡Cuando pienso,—añadió el señor de Briançon,—que no he venido aquí sino por no descontentar á la duquesa, y me hallo ahora prisionero en un palacio encantado!... Figúrese usted, señorita, que voy á faltar á todos mis deberes.

—No lo dudo,—dijo Juana con cierto tonillo burlesco.—Segura estoy de que es usted esperado en alguna cena del café Inglés ó en algún baile del *demi-monde*.

—Justamente; esta noche celébrase en el Inglés una cena de actrices y se bailará un cotillón deslumbrante en casa de una *demi-mondaine*, y en ambos lugares soy esperado.

Marcial de Briançon miró dulcemente á la señorita de Armaillac.

—Si usted me promete valsar tres veces conmigo, no iré á ninguno de los dos lados.

—¡Valsar con usted tres veces! ¡De ningún modo! Eso sería una verdadera prisión. Por otra parte, me desesperaría poner traba á sus placeres nocturnos.

No me introduzco así á través del destino de otro. Apresúrese usted á ir al encuentro de esas señoras ó señoritas: son más divertidas que yo.

—Tal vez sean más divertidas que usted, porque su oficio es ser divertidas; pero lo indudable es que yo me fastidiaré mucho esta noche en su compañía, si usted no me condena á permanecer aquí.

—No le condeno á nada, caballero; si le gusta á usted el vals, en casa de la duquesa hay valsadoras. Mire usted á esas señoritas azul y rosa.

El señor de Briançon miró á su alrededor, después de ver la adorable impertinencia de la sonrisa de Juana.

—¡Valsadoras!... ¡esas mujeres! Prefiero las otras. En este momento llegaron junto á la señora de Armaillac.

El señor de Briançon saludó sonriente y devolvió la hija á la madre, con el aire despegado del hombre que no quiere perder tiempo.

La engañada fué Juana.

El rostro infernal expresaba, bajo su burlona sonrisa, la cólera, el amor, los celos.

La señorita de Armaillac había visto alejarse al señor de Briançon sin volver la cabeza. Sabido es que las mujeres tienen ojos detrás de las orejas. Seguid á una de ellas por la calle —vieja costumbre parisiense, que no compromete á gran cosa—, y verá que la seguís, verá que tenéis pretensiones, verá que os impacientáis, verá que os marcháis, y todo sin volver la cabeza una sola vez.

Juana suspiró y murmuró:

—¡Se ha marchado!

En efecto: Marcial no se había detenido en baga-

telas á la puerta; había hecho una seña á un compañero de club, y ambos habían salido del salón como personas que quieren recobrar su abrigo lo antes posible. Aquel compañero era Renato Marbois, un auditor del Consejo de Estado, que no escuchaba mucho de aquella parte; vivía demasiado por la noche para estar bien despierto de día.

—Dime,—preguntó á Marcial:—¿qué vas á hacer de aquella joven con quien valsabas tan locamente?

—¡Oh Dios mío!—respondió Marcial.—Quizá sea la primera y última vez que juntos damos la *vuelta al mundo*. Nunca la había tenido en mi presencia tanto tiempo. Conozco vagamente á su madre, que gusta de los juegos de palabras en la conversación. La he hablado de esto, de aquello, una noche que me fastidiaba en casa del ministro de Cultos. Es una mujer honrada con una lengua infernal.

—Pues ha dado al mundo una muchacha soberbia. ¡Pardiez, qué criatura tan bella!

—Sí, mas no es mi ideal; tiene demasiado de diosa. No hace mucho me imaginaba estar bailando con una estatua.

Renato exclamó:

—¡Una estatua! A Dios gracias, hace poco la hiciste bajar lindamente de su pedestal. Un poco más, y esa Galatea canta *Évolé*, como la señora Ugaldá.

—No. Podrá tener momentos de acaloro; pero volverá á su pedestal cinco minutos después. Conoces mi gusto: me agrada la verdadera parisiense, menos alta y menos grave; la parisiense flor y pájaro, que sonríe siempre y nunca medita. La vida no es un libro serio.

—Sí, te conozco; amas á la parisiense mancillada ó por mancillar.

—¡Acertaste! ¿Cómo diablos quieres que pierda el tiempo con esas grandes señoritas casaderas?

—Tanto más cuanto que ésta no tiene dote.

—¡Bien informado estás!

—¡Oh, Dios mío! Su madre no hace de ello un misterio. A mí mismo me ha dicho que no da á su hija sino cincuenta mil francos de diamantes, ni un rubí más. La señora de Armaillac sólo cuenta, desde que murió su señor esposo, con doce mil francos de renta para figurar.

—Figurar y hacer buena figura con doce mil francos... es sumamente poco.

—Pero la señorita de Armaillac es tan linda, que aun sin dinero podría cargarse con ella.

—¡Ya lo creo! Hasta se le daría.

—¡Has tenido una frase! Y tú preferirías eso, ¿no es verdad?

—Tal vez.

Los dos amigos habían bajado la escalera, atravesado el vestíbulo y subido á un coche para ir á acabar la velada en el café Inglés.

### III

#### *Cómo se aviva el fuego*

Mientras que Renato informaba tan bien al señor de Briançon, la señorita de Armaillac no era peor servida; he aquí cómo:

Apenas su valsador había vuelto los talones, cuando surgió otro. Juana dijo al pronto que no quería valsar; pero en el despecho de verse tan pronto plantada por Marcial, prefirió aturdirse en un segundo vals; y había prometido valsar, como para seguir soñando.

Quedaba un sitio en el canapé; el nuevo valsador, que conocía á la madre, no se anduvo con cumplimientos para sentarse junto á la joven, mientras se concluía la danza que la orquesta estaba tocando. Como la señora de Armaillac, bonapartista apasionada, discutía entonces con el señor de Keratry, que predicaba las dulzuras del 4 de septiembre, el señor llegado entró en la mente de Juana, hablándole de la persona que con ella acababa de valsar.

—Seguro estoy, señorita, de que no conoce usted á la persona que ha bailado con usted.

—No, caballero; si conociese una á su valsador, no valsaría nunca.

El joven se inclinó.

—Mil gracias, señorita; sin embargo, menester fuera no confundirme con el señor de Briançon. Yo soy un hombre serio.

Esta vez fué la joven quien se inclinó con adorable gesto burlón.

—Ya se ve, caballero. Segura estoy de que es usted magistrado.

—Lo ha adivinado usted, señorita; soy, desde ayer, sustituto del procurador de la República.

—¿Desde ayer, caballero? Y ¿no le basta á usted esa dicha, que aun viene á divertirse en el mundo?

—Es que el señor Goblet, que es mi protector y ha defendido á la duquesa, obtuvo para mí una invi-

tación, diciendo que yo era capaz de conducir el cotillón como el primero.

Juana se inclinó por segunda vez.

—Decididamente, caballero, es usted un hombre serio. En usted veo al magistrado.

Hubo un momento de silencio. El joven no encontraba qué decir; pero la joven hubiera querido que le hablase del señor de Briançon.

El pareció adivinarlo, porque casi al punto la dijo:

—Ese señor de Briançon debiera, por honor de su nombre, no escandalizar en París con sus aventuras galantes; no hay una perdida con la cual no se comprometa; figúrese usted que ayer mismo, sin ir más lejos, estuvo en la orquesta de los Italianos con la señorita Cora-Sin-Perlas, una de las más populares entretenidas.

—Parece, caballero, que usted también conoce á esas mujerzuelas.

—¡Qué quiere usted, señorita! Es necesario conocer á su París; sin esto correría uno el peligro de incurrir en muchas necedades, desde el momento en que todas las mujeres tienen la misma costurera.

—Eso está impreso,—dijo la señorita de Armallac con impaciencia.

—Pero,—agregó el indiscreto con aire fino,—hay conocimiento y conocimiento; yo conozco á esas señoritas para no hablarlas, mientras que el señor de Briançon las conoce por haber hablado mucho con ellas. Ahora, por ejemplo, ¿sabe usted á dónde va? He oído hablar de un baile y de una cena yo no sé dónde, y él es quien conducirá el cotillón; á cada cual según sus obras. No se puede decir de esos se-

ñores que no verán la venida de la aurora, porque se acuestan cuando el sol sale.

Juana se mordía los labios y agitaba su abanico. A cada palabra quería interrumpir al charlatán; pero aun se sentía más curiosa que irritada.

—Sí,—dijo,—parece que todos los jóvenes bien nacidos comienzan por esa vida; pero toman después su desquite.

—El señor de Briançon no tomará el suyo; toda su vida será igual: esas mujeres así lo han comprendido, y por eso se lo traspasan constantemente.

Juana no quería convencerse; cada palabra era una herida; pero respondía.

—Sí; he oído decir,—murmuró, esforzándose para conservar su careta impasible,—que el duque de Morny había sido el mejor ministro, el señor Janvier el primer prefecto y el señor de Roqueplan el mejor director de teatro. Los imbéciles son los únicos que no hacen que se hable de ellos ni bien ni mal.

El joven magistrado hizo bien en no darse por aludido, aun cuando Juana le mirase fijamente.

—¡Oh!—dijo.—No quiero la muerte del pecador; la juventud se ha de pasar; pero se debe conservar siempre la dignidad, por honor del nombre y de la familia. El señor de Briançon se ha comido las tres cuartas partes de su fortuna. Asunto suyo es ése, al fin y al cabo; pero ¿no hace que se tornen rojos los blancos cabellos de su padre, apareciendo á su balcón cada día con una mujer nueva? Sé algo de esto porque él vive en el número 8 ó 10 de la calle del Circo y yo habito en el 7, casi enfrente.

—Supongo,—dijo Juana,—que está usted ensayándose para hablar bien en el Palacio. ¿Es que ma-



ñana ha de fulminar usted alguna requisitoria contra el señor de Briançon ó cualquiera de sus semejantes?

—¡Oh! No tenemos causas de ésas en provincias, porque no me quedo en París.

Nunca se logró poner á un hombre sobre un pedestal —cuando de hacerle pedazos se trataba— como acababa de llevarlo á cabo el sustituto del procurador de la República.

Mientras tanto se estaba tocando el vals del *Fausto*.

El joven magistrado se levantó y ofreció la mano á Juana. Tuvo intención de enviarle á valsar solo, mas se resignó. Pero dudó que él encontrase un violento placer en aquel violento ejercicio, porque su pareja se hizo arrastrar, como si no quisiese ir al mismo paso que él. Los curiosos de poco antes hicieron la reflexión de que el sustituto del procurador de la República no daba ánimos como el señor de Briançon. Sudaba copiosamente y parecía mover una montaña. Así es, que, á la repetición del mismo, la señorita de Armaillac le dió las gracias como si el baile hubiese acabado. Él insistió, desesperado al verse de tal modo despedido; mas ella le dijo:

—La cabeza me da vueltas.

Y fué al encuentro de su madre.

Uno de los presentes exclamó:

—Si la cabeza le da vueltas, no es él quien la ha vuelto la cabeza.

Sin duda el joven no se dió por vencido, porque al final de la velada, después de haber él hablado mucho con la madre, la señora de Armaillac dijo á su hija:

—El destino es quien esta noche nos trajo á casa

de la duquesa; ese joven que ha valsado contigo será tu esposo, si tú quieres.

Tal es la ceguera del amor, que la señorita de Armaillac se imaginó que su madre le hablaba del señor de Briançon; pero cayó muy pronto de lo alto de esta ilusión en cuanto su madre siguió con estas palabras:

—Es un hombre perfecto, que algún día tendrá cuarenta y cinco mil francos de renta. No es noble, pero pertenece á una buena familia. Además, la magistratura es la nobleza de toga. Por otra parte, se llama Delamare, y puede suponerse que se llama de la Mare; simple cuestión de ortografía. Acaba de ser nombrado en Dax; es algo lejos, pero resultará, al fin y al cabo, un viaje de placer durante la luna de miel, porque parece se fijará en Versalles antes de seis meses; Versalles es París.

La señorita de Armaillac miró á su madre dos veces.

—Dime, — le preguntó: — ¿hablas seriamente? Arreglas mi vida con el aire más despreocupado del mundo; me envias á Dax como me enviarías á Saint-Cloud; sabes, sin embargo, que no me gusta la magistratura.

—Y haces mal; á mi me gusta mucho. Los magistrados no son lo que un vano pueblo piensa; son galantes y espirituales. No se les acepta por maridos para ir á vivir con ellos en sus palacios; dejan en éstos sus togas y sus gorros cuadrados; una vez en su casa ó en el mundo, son encantadores.

—Pues bien: cástate, ya que tanto te gusta la magistratura, con ese señor Delamare, — dijo Juana á su madre.

—Te estoy hablando seriamente,—añadió la señora de Armaillac.—Se trata de una verdadera fortuna; no todos los días se encuentran cuarenta y cinco mil francos de renta bajo los pasos de un valsador. Piensa que no tienes nada, que mi renta es vitalicia, que realmente no poseemos sino las esperanzas que nos hace concebir la posición de algunos de nuestros parientes. En París no se carga con las jóvenes por sus lindos ojos.

—Yo no me casaré.

—¡Desvarías! No hay nada tan ridículo como una soltera vieja.

—Aun no soy mayor de edad.

La señora de Armaillac había hablado hasta entonces dulcemente; pero subió el tono para decir á su hija:

—¡Quiero que te cases con el señor Delamare!

—Mamá, tú estás loca; en esas cuestiones es precisamente donde se ha de decir «queremos».

—Otra vez te sales con tus palabras irritantes. ¡Basta! Yo te obligaré á hacer tu dicha á pesar tuyo; sé cuál es mi deber.

—Señorita, ¿quiere usted bailar conmigo?

Decía esto un bailaror desenfrenado que no quería perder baile y que llegaba á propósito para interrumpir aquella maternal y filial conversación.

—No, caballero; no bailo,—dijo esta vez la señorita de Armaillac.

Y, volviéndose hacia su madre,

—¿Vamos, mamá?

—¿Ya? ¡Para eso no valía la pena de haber venido!

—Otra vez vendrás sola.

Juana habíase alzado; su madre se puso en pie toda exasperada.

—El señor Delamare volverá dentro de poco; me juzgará impertinente en grado sumo por no haberle esperado.

Precisamente el joven magistrado, que no dejaba de mirar á Juana con admiración, acababa de acercarseles.

—¿Sigue dándole á usted vueltas la cabeza, señorita?

—Le aseguro, caballero, que no me siento muy valiente desde que he valsado.

Juana pudo decir: «Desde que he valsado con el señor de Briançon».

—Deme usted el brazo,—dijo la madre al señor Delamare.—Va usted á acompañarnos al *buffet*; desde allí nos marcharemos.

—¿Quieren ustedes permitirme que las acompañe hasta la puerta de su casa?

—No,—dijo Juana,—porque no le coge á usted de paso, puesto que vive en la calle del Circo.

Un cuarto de hora después, Juana estaba sola en su aposento. Aun cuando fuese aquella una noche de invierno y el ruiseñor no cantase en las ramas, la joven abrió el balcón, cual si le hubiera convenido viajar por lo desconocido. El recuerdo del señor de Briançon se le imponía con una fuerza irresistible; aquel rostro sonriente y burlón de un hombre que no pensaba sino en divertirse y reír con todo, estaba allí, siempre ante sus ojos.

—Sí,—dijo,—mi destino es quien me ha conducido esta noche á casa de la duquesa.

## IV

*Retrato de dos amantes*

Marcial de Briañon se asemejaba á muchos de nuestros jóvenes contemporáneos de esos que se abandonan vilmente á la corriente en vez de remontarla con valor.

Hacía lo que los otros, decía él, cuando se le reprochaba su ociosidad. Los otros, eran sus amigos de Club, los que harán algún día algo, pero que, mientras tanto, se levantan con gran pena para desayunarse, pasan una hora en casa de cualquiera de aquellas señoras, montan á caballo para dar una vuelta al lago, á menos que no hagan ir á su cochero hacia aquella parte, y entran luego á comer en cualquier figón á la moda, como el café Inglés, yendo á perder sus veladas donde quieren aquellas mujeres, arriesgándose á veces en el mundo, bajo pretexto de que allí está siempre su camino.

No estaba Marcial desprovisto de talento ni de corazón; se citaba más de una frase suya; se había portado bien como capitán de móviles durante la guerra; en política y en arte, había demostrado que no pensaba como todo el mundo; pero se hallaba encadenado por las malas pasiones; la pereza, su buéspedes familiar, disminuía todas las mañanas su voluntad. Con una fortuna mediana, se decía que

algún día tendría que decidirse á hacer obra digna de hombre, si no de ciudadano, trabajando para él, si no para los demás. Pero ¿qué hacer á este fin? Conocía íntimamente al duque Decazes; tal vez comenzara la carrera diplomática por los consulados. Lamentaba no haber seguido en la milicia, después de la *Commune*, porque entonces sería ya capitán. Tenía un tío banquero; pero su tío no le hubiese querido para hacer de él el último de sus dependientes; por otra parte, él se figuraba que la banca era sumamente plebeya, aun cuando sus altas razones hayan desde hace tiempo demostrado que ocupa la parte alta de la escala. El señor de Briañon se decía, como otros muchos, que, al fin y al cabo, el verdadero trabajo para él era encontrar una mujer rica, que sería muy feliz llamándose la condesa de Briañon.

Llegaba á confesarse que los deberes de la vida, reducidos á esta persecución de una dote, no eran dignos de un hombre galante; pero después dábale la razón, diciendo que no era él quien había hecho su destino. No desesperaba, por otra parte, de tomar algún día su desquite. ¿No podía entrar en la carrera política? Ya se le había propuesto una candidatura para consejero de distrito. Mientras tanto, aconsejaba á las mujeres del distrito XXI.

Como dijera el señor Delamare, cuando Marcial salió del hotel de la duquesa, fué para ir al café Inglés, donde con gran impaciencia era esperado. En cuanto abrió la puerta, una cantante inédita que estaba sentada al piano se levantó para salirle corriendo al encuentro y estrecharle entre sus brazos; hubiérase dicho que no se habían visto hacia un año;

era mucho más: no se habían visto hacía un día.

—No te esperaba,—dijo la cantante.—Poco ha faltado para arrojarme en brazos del vizconde.

—Te hubiera arrancado de ellos, mi querida Margarita!

La dama era Margarita Aumont, Carolina de Fourcault de Aumont, mejor dicho. Aún cuando estuviera allí con mujeres algo entretenidas, era una criatura que ponía mucha distinción nativa en sus aires descuidados. Se hubiera podido hacer de ella una mujer de mundo, del mejor mundo. Era arrastrada por la corriente, pero trataba de remontarla.

Se había enamorado profundamente del conde de Briançon, porque éste era también superior á todos sus camaradas. Aun cuando hubiera comenzado por el baile en el Conservatorio, cantaba tan bien con una voz natural, que debía debutar en la Ópera y en los Italianos; pero todavía no había llegado una hora tan deseada.

—Y, sin embargo,—decía la joven,—será aquélla la hora de mi triunfo.

Margarita no carecía de voz ni de mérito; bella y alta, tenía todas las elegancias de una comedianta que ha alternado con ciertas personas. No se dudaba que haría carrera en la escena, donde, con sólo mostrarse, debía despertar todas las simpatías. En el teatro se han de encantar los ojos como los oídos.

Marcial adoraba á Margarita, como Margarita adoraba á Marcial. No sorprenderé á nadie diciendo que esta adoración no impedía que Marcial repartiese su corazón entre ella y otras mujeres, y todas las otras mujeres; pero sorprenderé al decir que, desde hacía seis meses, Margarita no había faltado á Mar-

cial; así es, que comenzaba á hablarse de ella como de una mujer legendaria.

Presentarán ustedes que la señorita de Armaillac no había elegido bien el momento para arrojar su corazón en aquel incendio.

La cena no fué menos alegre en el café Inglés que en casa de la duquesa.

Pero, para que se vea lo que es el corazón humano, Marcial fué el único de todos sus amigos que estuvo melancólico; aun cuando amase locamente á Margarita Aumont, sentía que el recuerdo de la señorita de Armaillac heríale en lo vivo.

## V

*Los garfios del pecado*

Al siguiente día, la misma obsesión para Juana que para Marcial: Juana había soñado con Marcial; Marcial había soñado con Juana. Marcial, y no el señor Delamare, era quien pedía su mano; con él iba á Dax y regresaba á Versalles. Viaje lleno de encantos. Se apasionaba por la magistratura, ¡qué digo!, iba al Palacio de Justicia á oír á su marido en sus actas de acusación. Encontrábale bello en la majestad de su toga negra. Terrible despertar: el señor de Briançon no era ya más que el señor Delamare.

Por la tarde, una amiga de su madre fué por Juana para ir al bosque. Naturalmente, buscó en él al señor

de Briançon; pero las gentes del mundo extremo no van al bosque sino cuando los otros regresan de él. En vano, pues, dirigió una mirada furtiva á todos los carruajes. Pero cuando remontó la Avenida de la Emperatriz, distinguió á Marcial conduciendo un faetón arrastrado por dos caballos negros, magníficos animales, muy conocidos de los aficionados á las carreras.

Esperaba que la saludaría con una mirada al pasar; mas no fué á ella á quien saludó. Envio la más linda sonrisa á la señorita Flor-de-Melocotonero, aquella ingenua de treinta y seis años, que todos los días repite su comedia en el mismo papel. Aquella sonrisa, que Juana hubiera querido coger al paso, fué para ella una puñalada.

—Ni aun me ha visto,—dijo con furia.—Pues ¿qué soy yo para él? Nada. Si fuese una heredera, tal vez se ocupara de mí; pero ¿qué puede hacerse de una joven de mundo sin dote? Mientras que con esas mujeres no se pierde el tiempo.

La señorita de Armaillac estaba bien cogida.

No pudo menos de pensar que las mujeres más felices no eran, sin duda, las más honradas. ¿No es la virtud recompensada en la tierra? En vano una joven se someterá á todos los deberes de la educación, á todas las obediencias familiares, á todas las caridades evangélicas, á todos los sacrificios del corazón y de la mente; en vano sacrificará el orgullo del lujo y las embriagueces de la pasión. ¿Quién si no su conciencia le tendrá en cuenta todo esto? Y ¿es la conciencia bastante rica para pagarnos siempre á través de la pobreza más ó menos dorada? Mientras que la que se lanza aturdidamente en todas las locu-

ras, vive en pleno dominio de su juicio y de su corazón; para ella se tallan los diamantes, se hila la seda, se trabaja encaje, se educan caballos pura sangre, se cultiva el Clos Vougeot y el Château Iquem. Worth no tiene bastantes tijeras ni agujas; los teatros no tienen bastantes plateas. Para ésta, la vida es una fiesta perpetua, una fiesta en que se llora como en todas las fiestas, pero en que se ríe mucho más que se llora. Y la que se sacrifica á Dios y á su familia, cuando se va de este mundo, con frecuencia no tiene otra cosa que el furgón de los pobres, mientras que la otra, que se ha pavoneado en los siete pecados mortales, tiene todo un cortejo de repórters que van cantando su epitafio en todos los periódicos. Es, pues, la hora del desquite para ellas aquella en que ambas suben al cielo. La que atravesó todas las riquezas cae en el abismo de las miserias, mientras que la que atravesara todos los sacrificios se eleva hasta el infinito resplandor. El Evangelio es quien dice esto; mas ¿no dice también que Dios perdonó á Magdalena cortesana y á Magdalena adúltera?

He aquí lo que á sí misma se predicaba la señorita de Armaillac, yendo en el carruaje de la amiga de su madre. Una grieta habíase abierto en su virtud. Aquel altivo orgullo que llevaba en la frente, en la mirada, en el extremo de los labios, ¿no iba á perderla en vez de preservarla?

—¡Ah! No me ha visto,—murmuró.—¡Yo le obligaré á mirarme bien!

## VI

*El dúo ante la mesa*

Por la noche, madre é hija comían en la calle de Mornay, en casa de la señora de Tramont, la mujer á la moda, que no llevaba demasiado á mal que se la apodase «lengua de hacha», por tener la más bella boca del mundo y demostrar talento.

La señora de Tramont, todas las semanas del invierno, tenía doce personas á comer, que elegía aquí y allá en el mundo de la aristocracia y en el mundo literario; era aquélla la confusión de razas y de juicios.

Todavía era hermosa, aun cuando se encontraba en el segundo período de su vida; he ahí por qué no tenía celos, he ahí por qué la señora y señorita de Armaillac pertenecían al número de sus invitadas. La joven era muy bella y la madre aun no era una ruina; por otra parte, la madre, como la señora de Tramont, resultaba una «lengua de hacha».

Aun cuando Juana hiciera retrasarse á la señora de Armaillac, no fueron ellas las últimas en llegar á casa de la señora de Tramont; aquel día había sido invitada una gran señora italiana, famosa por su bella voz, que no vino hasta las siete y media, apoyada en el brazo del señor de Briançon.

—Cinco minutos más,—dijo la señora de Tramont,—y hubiera dicho: «Más vale tarde que nunca».

—Sepa usted, señora,—dijo Marcial,—que la ilustrísima cantante en *í*, con un hermoso punto sobre la *í*, es quien ha hecho que me retrase.

—Pero, caballero,—dijo la cantante,—¿si no tengo el honor de conocer á usted!

Habían llegado á un tiempo á la puerta de la casa; en la antesala, el señor de Briançon la había ofrecido su brazo para entrar en el salón.

—Sí,—dijo Marcial, inclinándose hacia la dama;—pero yo la conozco á usted bien, y mis caballos han seguido á los de usted, que no iban muy aprisa. No quise adelantarme, para tener el honor de ofrecer á usted mi brazo en la antesala de la señora de Tramont.

Marcial, que había saludado á todos los presentes, se acercó á la señorita de Armaillac, cual si la hubiese reservado para proporcionarse buen sabor de boca.

—Bueno: puesto que se encuentra usted al lado de Juana,—dijo la señora de Tramont,—dele usted el brazo para ir al comedor.

Se hizo como se dijo.

—Señorita,—manifestó Marcial á la joven,—tenía un sentimiento: ¿cómo ayer, una vez terminado el vals, pude olvidarme de ofrecer á usted un refresco en el *buffet*? Hoy repararé todas mis culpas.

—Eso será tanto mejor,—dijo Juana,—cuanto que tengo sed desde ayer.

En efecto: Juana tenía fiebre.

En casa de la señora de Tramont, los comensales se colocaban como se les antojaba. No quería ella que se le echase en cara haber puesto el hielo junto al fuego, el meticoloso junto al osado. Naturalmen-

te, el señor de Briançon no cedió su sitio junto á Juana.

Cuando alrededor de una mesa hay doce personas, la conversación es casi siempre una, sobre todo en las casas, como la de la señora de Tramont, en que se redacta comiendo la gaceta política, literaria, mundana y escandalosa de París.

Marcial, que conocía las costumbres de la mesa, empezó á hablar en voz alta de esto y de aquello para pagar su contribución, reservándose el hablar, no tardando mucho y á media voz, con su vecina, mientras los «lengua de hacha» tuviesen la palabra.

Al cabo de cinco minutos, había ya entablado la conversación más íntima con Juana.

¿Qué se dirían? ¿Qué no se dirían? Juana, que tenía mucho corazón, encontraba mucho talento en Marcial. Éste se mostraba sucesivamente apasionado y divertido, no tomando en serio ni á él ni á los otros. Trataba de probar á Juana que ella era la hermosa de las hermosas y que la amaba locamente.

—No creo una palabra, dijo ella de pronto.

—Porque no le digo á usted esto con el rostro del joven Werther,—agregó él, encendidos los ojos.—Pero la cara no hace al caso. ¿Se figura usted que porque no nos hallamos en tiempos del pálido sentimentalismo no tenemos tanto corazón como aquellos llorones del antiguo régimen? Somos como el gladiador: vamos al amor con la sonrisa en los labios.

—Tiene usted razón,—dijo tristemente la señorita de Armaillac.—Ir al amor, es ir á la muerte.

—Sí; pero por el camino más largo y lindo.

—¡El camino de las lágrimas!

Marcial miró á Juana.

—Señorita, esta mañana ha pisado usted una hoja de rosa.

Juana intentó sonreír.

—Fué ayer, valsando, cuando me ocurrió eso.

Hubo una corta pausa. Marcial aventuró algunas paradojas sobre las pasiones. Volvió á reinar el silencio.

Juana reanudó la conversación sin alzar la vista.

—Habla usted, caballero, de las pasiones, como si sólo viviese dentro de ellas. ¿Es que hace usted la gramática para uso de los jóvenes?

—¡Dios me libre de ello! ¡Por otra parte, no hablo del amor sino de oídas, pues nunca amé sino á usted!

—Lo sospecho, porque ayer, después del vals, le faltó á usted tiempo para marcharse.

—Señorita, huía del peligro.

—Fué usted á ponerse al abrigo de él en una fies-tecilla del café Inglés. ¿No huye usted del peligro cuando se encuentra con aquellas señoritas?

—¡Oh, no! Aquellas señoritas no me dan miedo; con ellas no hay cuidado de comprometerse en una pasión sin fin; mientras que con una joven del mundo como usted, se cae en la fosa de los leones; se mete en ella el corazón, el alma, la vida; se está dispuesto á todos los sacrificios, á todas las locuras, á todos los heroísmos.

Aun cuando la señorita de Armaillac estuviera muy conmovida, encontró bastante presencia de ánimo para interrumpir á Marcial, diciéndole:

—Diríase que interpreta usted un papel de enamorado en el Gimnasio.

Y él, bajando el diapason,

—¡Señorita, usted no me amaría nunca!

Juana repitió como un eco:

—¡Nunca!

Pero el señor de Briançon, que veía la emoción al través de la máscara, no se dió por vencido; sentía que su magnetismo amoroso golpeaba fuertemente á la joven, pensaba que un día ú otro, si él lo deseaba, caería en sus brazos como cae una fresa en la mano cuando se agita el árbol.

Hay una fábula italiana que pinta maravillosamente estos primeros momentos. Se trata de dos enamorados rústicos que quieren huir uno de otro, pero que se encuentran siempre en el mismo camino; el hilo de la Virgen flota en torno de ellos; poco á poco van viéndose sujetos por aquellos frágiles lazos; podrían romperlos, pero se figuran que la voluntad del cielo les aprisiona á uno en brazos del otro, y no tienen fuerza sino para amarse.

Todos los enamorados son así; se aprisionan en cadenas ideales figurándose que aquello está escrito allá arriba. No hay una mujer que no se diga el día de su caída:

—¡Era ése mi destino!

Es preciso darse la razón, cuando se tiene la culpa. Después de la comida, la señora de Tramont dijo en voz alta al señor de Briançon:

—Pues bien, querido amigo: ha perdido usted el tiempo; mucho me ha divertido verle á usted hilar el perfecto amor con esa bella estatua. Miré usted, querido: la señorita de Armaillac es una diosa; es necesario adorarla, pero se hace preciso no amarla.

—¡Oh, Dios mío! Sí, tiene usted razón,—respondió el enamorado, tomando un aire de sencillito idio-

ta,—sí, he perdido el tiempo; pero lo mejor del tiempo es, amiga mía, el tiempo perdido.

La señora de Tramont se volvió hacia la señora de Armaillac.

—¿Era usted como Juana cuando tenía veinte años? ¿Tenía usted un corazón de Paros ó de Carrara?

—Sí,—dijo la señora de Armaillac.

É inclinándose hacia la dueña de la casa:

—Pero después me desquité lindamente.

—¡Oh! Es usted como yo: se adorna usted con las plumas del pavo real; cometió usted la necedad de tener sabiduría. ¡Lo que es ser bien nacida!

—Puesto que soy dueña de usted por un momento, quiero darla una buena noticia. Voy á casar á Juana.

—¡A casar á Juana! ¿Con quién? ¿Con quién?

—¿Nunca le han hablado á usted de un joven magistrado que se llama Delamare?

—La mare... de la mare... á la mare... No, nunca.

—Pues bien: si no me engaño, antes de seis semanas mi hija se llamará la señora Delamare.

—¿Cómo es él? ¿Bello ramaje y bello plumaje?

—Veinticinco mil francos de renta y otro tanto muy pronto.

—¿Le ama ella?

—El amor en el matrimonio... Bien vivimos nosotras sin ese amor.

—Y ¿quién ha decidido ese desenlace?

—Mi hermano. ¿Qué quiere usted, amiga mía? Cuando no se tiene más que su nombre y sus diamantes...

La señora de Tramont, que había sido muy des-



graciada con su marido, no pudo menos de decir:  
—¡Qué desgracia dar á un marido tan linda mu-  
chacha!

Para la señora de Tramont, un marido era una especie aparte, indigna por todos conceptos de vivir con las mujeres.

No había faltado á la fe conyugal; había tenido algunas aventuras sentimentales completamente platónicas, mas siempre profesó horror á los hombres casados; para ella, su marido y los otros maridos eran todos uno.

La señorita de Armaillac, que escuchaba detrás de las puertas, se desesperó al saber por una palabra de su madre que su tío era quien había tenido la idea de casarla con el joven magistrado. Su tío la adoraba; era su refugio contra su madre, de la que á menudo soportaba los caprichos; esperaba que más adelante la diera una pequeña doté; vivía, pues, muy sumisa á aquel pariente. ¿Cómo resistirle cuando le suplicara se casase con el señor Delamare? Era un matrimonio hecho.

El rostro de Juana acababa de ensombrecerse singularmente.

Cuando la señora y la señorita de Armaillac regresaron á su casa hacia media noche, hubo entre ellas una terrible explicación, aun cuando Juana hiciera esfuerzos para guardar silencio ante las reprobaciones de su madre.

La señora de Armaillac reprochó á Juana el haber «flirteado» demasiado con el señor de Briançon.

Por fin, Juana, no pudiendo dominarse, dijo á su madre que no comprendía aquella palabra, que no era de su gramática, ni del convento, ni del mundo.

—Desgraciadamente,—dijo la señora de Armaillac,—en la actualidad es una palabra francesa. Las jóvenes han imitado tan bien á las americanas, que nos vemos obligadas á tomar expresiones al Nuevo Mundo.

—Confieso,—murmuró Juana,—que eso es hebreo para mí.

—Te digo una vez más que aquello era escandaloso; parecías beberte las palabras de aquel joven; segura estoy de que lo sabrá el señor Delamare.

Juana dió un salto.

—¡El señor Delamare! ¡Cualquiera creería que soy su esposa!

—¡Pluguiera á Dios que lo fueses! No tendría yo que inquietarme por ti.

—Pues no sé á qué te inquietas; de veras se diría que no sé yo andar sola.

Renunció á contar palabra por palabra toda la conversación; lo apuntado fué el principio. Las palabras amargas sucedieron á las palabras frías, las violentas á las amargas. Llegó aquello hasta el punto de coger la madre á la hija de un brazo y echarla fuera de su aposento, diciendo:

—¡Esto es demasiado! ¡Me harás morir de pena!

Como todas las mujeres fogosas, la señora de Armaillac tenía buenos y malos cuartos de hora; colérica, no era dueña de sí; y variaba tan fácilmente, que su hermano no dejaba de decir cuando la veía reír ó llorar:

—El barómetro anuncia buen tiempo, ó lluvia, ó bien brisa, ó tormenta.

La amenazaba con no volver á su casa sino con paraguas, cuando ella le mostraba sus lágrimas estériles.

30317

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES  
BIBLIOTECA DE INVESTIGACIONES  
"ALFONSO P. LEÓN"  
1225 MONTEVIDEO, 1958

Ninguna mujer había llorado tanto por nada; así es que solía decir:

—¡Oh mis nervios, mis nervios!

Juana casi siempre se mostraba impasible ante las variaciones de su madre; la tenía compasión porque no podía contenerse, la abrazaba cuando lloraba, pero sin querer ponerse á su diapasón, lo que desesperaba á la señora de Armaillac, porque hubiera querido que su hija tuviese todas sus alegrías y sus dolores.

Cuando la señorita de Armaillac se vió arrojada del cuarto de su madre, se preguntó si realmente era culpable. ¿Culpable de qué? ¿Culpable de amar á Marcial? Pero la cosa había sido tan rápida, que no podía decir:

—Culpa mía es.

Entró en su aposento, encendió luz y se miró en el espejo de la chimenea.

Estaba tan pálida, que casi la espantó su palidez. Desde la víspera era aquello una metamórfosis: sus ojos eran más grandes y estaban más inflamados; su rostro se había, por así decirlo, impregnado del profundo sentimiento que agitaba su corazón.

—No, no soy yo,—dijo.

En su mirada había no sé qué vaga tristeza que le dió miedo.

—¿El amor es, pues, tan triste?—pensó.

Se acordó de su madre y del señor de Briançon; y se sintió desgraciada.

—Ella me rechaza,—murmuró,—y él no me llama.

Juana se echó á llorar y cayó arrodillada junto á la cama.

—¡Oh, Dios mío!—dijo.—¡Salvadmé!

Mas no sintió que Dios estuviera allí para escuchar su ruego.

Oró, no obstante, pero notó pronto que no pensaba sino en Marcial.

Se levantó y se desnudó lentamente, sin saber bien lo que se hacía. Pensó que le sería imposible dormir mientras en la cabeza tuviese llamas. Tomó una novela para acostarse; pero leyó como si rezara: sin poder borrar la imagen del señor de Briançon. Cuando la pasión penetra con fuerza en el corazón, no hay otra novela que la pasión misma.

Contra la mañana, Juana se quedó, no obstante, dormida; pero con uno de aquellos ensueños que agitan más que calman. Así es, que á eso de las nueve, cuando bajó del lecho, tenía fiebre y no podía dominar los latidos de su corazón.

Una buena idea la condujo á la alcoba de su madre; quería abrazarla y volverla á su dulzura de los días felices, resuelta á humillarse, aun cuando al hacerlo sufriera mucho su orgullo indomable, pero no decidida, sin embargo, á casarse con el señor Delamare.

La señora de Armaillac no corría nunca el cerrojo de su alcoba; pero Juana no pudo entonces abrir la puerta; así es, que hubo de llamar suavemente. La madre no respondió, aunque la señorita de Armaillac estuviera segura de que se hallaba despierta, puesto que acababa de llevarse una taza de chocolate.

El orgullo remontó pronto á aquella joven cabeza. Juana volvió á su cuarto diciendo:

—¡Está hecho! ¡Peor para mí, peor para ella!

Acabó de vestirse á toda prisa; púsose un traje negro, se cubrió la cabeza con un sombrero negro,

echóse sobre los hombros su abrigo de pieles y bajó de cuatro en cuatro los escalones.

—¿Va á misa la señorita?—gritóle la doncella.

Juana no respondió.

Cuando hubo bajado dos pisos, poco faltó para que se volviese atrás.

Ya en la calle, hizo seña á un cochero y se encerró en el vehículo cual si se ocultase.

—¿A dónde he de conducir á la señora?—preguntó el cochero.

La señorita de Armaillac vivía en la calle de Malesherbes.

Juana le contestó:

—Muy cerca de aquí, á la calle del Circo, pero por la avenida Gabriel.

—¿A qué número?

Juana no se atrevió á decir cuál.

—Se detendrá usted en la avenida.

¡Y arrea, cochero!

Ya se habrá adivinado á dónde se encaminaba.

En los sueños que la atormentaran mientras estuvo semidormida, habíase ya atrevido á entrar en aquella casa, que á la vez era el paraíso y el infierno. Recordaba que no había tenido fuerzas para subir, pero que Marcial había bajado y la llevaba á su aposento como por encanto. ¿Se realizaría aquel sueño? ¿Quién podía saber, por otra parte, si el señor de Briançon estaba allí? ¿Tendría el terrible valor de franquear el umbral? ¿Encontraría á alguien que la conociese? Además, no sabía en qué piso habitaba. ¿Cómo se atrevería á preguntárselo al portero?

Mientras todas estas ideas la preocupaban, el carruaje iba á buen paso.

—Este coche va muy aprisa,—dijo, cual si sintiera el abismo bajo sus pies.

El carruaje llegó á la avenida Gabriel, á la esquina de la calle del Circo.

Juana estuvo medio minuto sin bajar; el cochero la miraba y parecía no comprender.

—Sí, aquí es,—dijo ella.

Y bajó al fin y echó á andar con paso rápido.

—¡Ah, vamos!—murmuró el cochero, que no había sido pagado.—No quiere que sepa el número. Parece que me había tomado por horas.

Y avanzó su reloj en cinco minutos antes de ponerse á leer el periódico. Menester es que la instrucción sea gratuita.

VII

### *El desayuno de Margarita*

La señorita de Armaillac se equivocó de acera. Poco faltó para que entrara en casa del señor Delamare.

—¡Oh Dios mío!—dijo, atravesando la calle.—¡No había pensado en esto!

Franqueó una puerta y preguntó á la portera en qué piso vivía el señor de Briançon.

La mujer, sin dejar de mirarla al través del velo, contestóla que en el tercero y que había entresuelo, y añadió con aire malicioso:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA HISTÓRICA Y LINGÜÍSTICA  
"ALFONSO CASTELLANOS"  
Año 1625 MONTERREY, N. L.

—Creo que tiene visita.

Juana, que comprendió perfectamente, tuvo ganas de marcharse; pero por una niñería de orgullo quiso desafiar á la portera. Pasó adelante, alta la cabeza, y subió valientemente.

En el segundo piso se asustó, porque uno de los inquilinos, que bajaba, la saludó con sonrisa cortés.

Se imaginó que había sido reconocida; pero ya no podía detenerse en el camino.

Un minuto después llamaba á la puerta de casa del señor de Briançon.

Salió á abrir un negrito.

—¿El señor de Briançon?

—¿El nombre de la señora?

—Una dama desconocida.

El negrito pareció reflexionar; su amo habíale dicho varias veces:

—¡Si dejas entrar á ésta ó á aquélla, te arrojó por el balcón!

Así es, que, hasta después de tomar consejo, el *groom* no se atrevió á dejar pasar al salón á la señora, para ir á avisar al señor conde.

—¿Es que tiene visita?—preguntó Juana, bajando la voz.

—Sí y no,—respondió el negro, que conocía el idioma diplomático.

Apenas estuvo fuera, Juana oyó decir al señor de Briançon:

—¿Una señora vestida de negro, á las diez de la mañana? Señal es de mal agüero.

—Sin duda,—pensó Juana,—habla con uno de sus amigos.

Hubiera querido, como en los cuentos de hadas,

hacerse invisible, para ver y oír; pero ya sentía haber dado aquel paso.

Entró Marcial; ella le esperó sin moverse.

—¿Es usted?—dijo sonriendo, para ocultar su sorpresa.

Y le cogió una mano.

—¡No, no soy yo!—exclamó ella, arrancándose el velo.

Estaba pálida como el mármol; tenía grandes ojeras y rostro trágico.

—No, no es usted,—repitió él.—¿Qué ha pasado?

—¿No lo adivina usted?

Marcial miraba á Juana con ojos que no comprendían.

—Hable usted: ¿qué hay?

—Hay que quisiera estar á mil pies bajo tierra.

Marcial, que no podía menos de bromear, aun en los momentos más dramáticos, murmuró:

—Sí: conozco eso. Se quisiera estar á mil pies bajo tierra, mas no á seis pies bajo tierra.

—No se ría usted,—añadió Juana, más triste aún.

—¡Quisiera estar muerta!

Marcial tomó dulcemente á la señorita de Armillac en sus brazos, con un sentimiento fraternal. Ella sintió que no era el amor lo que en él hablaba; así es que dijo tristemente:

—Veo que no comprende usted por qué he venido.

Marcial trataba de leer en los ojos de la joven.

—No me atrevo á comprender...—murmuró.

Esta vez le besó la frente, le besó los ojos.

—Esas lágrimas...—dijo.

—No, no lloro,—interrumpióle ella, alzando la cabeza y desasiéndose de los brazos del señor de

Briançon, aun cuando mucho le hubiera gustado permanecer entre ellos.

—Siento bien,—añadió Juana,—que le molesto á usted. He venido muy temprano; mejor dicho: no he debido venir.

—¡Ah! ¡Por fin he comprendido!—exclamó él, volviendo á estrecharla contra su pecho.—¿Qué quiere usted? Jamás tomé en serio á las mujeres.

Marcial abrazó á Juana con más efusión.

—¡Ah! ¡Qué feliz soy!—prosiguió.

—No, no es usted feliz,—dijo Juana, volviendo á huir de su lado;—no es usted feliz, porque no me ama; no es usted feliz, porque no está usted aquí solo: siento que hay una mujer en su aposento de usted.

—¡Qué idea! ¿Quién le ha dicho á usted tal cosa?

—Tengo una segunda vista, no se me engaña. Dígame usted la verdad.

Tanto candor había en los ojos de la señorita de Armaillac, que Marcial no tuvo valor para engañarla.

—Pues bien, sí, hay una mujer. La amo á usted demasiado para no decirle la verdad.

—¿Qué es, pues, aquí esa mujer?

—Ya sabe usted, ó, mejor dicho, no sabe usted que todos somos así, vivimos como compañeros con una multitud de comediantas extraviadas, que no tienen otra familia que los jóvenes con quienes cenán; vienen á nuestras casas sin saber por qué; el horror de la soledad es quien hace estos matrimonios; cuando la mañana llega, se abre la puerta, y los pájaros se echan á volar.

Juana había tomado lo que Marcial decía por pa-

labras del Evangelio. Hablábala con aire tan descuidado, que ella no dudaba que la mujer que se había retrasado en su alcoba fuese una extraña para aquel buscador de aventuras.

—Pues bien,—le dijo,—abra usted la puerta á esa joven ó me voy.

—¡Oh, no! Usted no se irá; pero concédame tiempo para ponerla galantemente en la escalera. No la conozco; pero me ha parecido ser una joven bien educada: es preciso darle un cuarto de hora para hacer su tocado.

Y mirando frente á frente á la señorita de Armaillac,

—Usted no necesita ni un segundo para esto, porque tiene usted la belleza resplandeciente y la resplandeciente juventud.

Juana, quebrantada por las mil emociones de su corazón y de su alma, cayó sobre el canapé y se cubrió el rostro con las manos, mientras Marcial iba á intentar poner á la puerta á su querida.

Porque aquella á quien no conocía era su querida desde hacía seis meses.

Margarita Aumont no era una cualquiera: era linda y tenía encanto. Hacía efecto al entrar en los salones de las mujeres de cierta especie, desde el hotel Rosalía León hasta el hotel Cora Pearl. Esther Guimond hábala enseñado á tener talento; la señorita Soubisse á jugar y á no perder. Había dejado á un príncipe ruso por el señor de Briançon. Se tornaba seria; como tenía una hermosa voz, juraba que había de ser una gran cantante. Mientras tanto, hallábase enamorada de Marcial, que estaba enamorado de ella. No se separaba de la joven sino por la

noche, para ir á pasar unas horas en el mundo, con el secreto pensamiento de encontrar en él muy pronto una mujer más ó menos millonaria. Era, por otra parte, de los que aman los dos mundos; el uno le hacía amar el otro, y recíprocamente, como aquella célebre cómica del Teatro Francés que tenía dos amantes para amarles al uno por el otro; cuando sólo tenía uno, no le amaba.

¡Oh La Rochefoucauld! ¡Oh viajero intrépido en los países inaccesibles del corazón humano! ¡Cuántos bosques vírgenes no atravesaste!

Marcial debía desayunarse con Margarita; uno de aquellos alegres almuerzos de enamorados en que no se comen besos, pero en los que se olvida que la vida es un deber.

¿Cómo el señor de Briançon se desembarazaría de ella por aquel día?

—¿Sabes lo que me ocurre?—dijola al entrar en el gabinete de tocador, donde ella se disponía á darse la última pincelada.—Me ha venido á ver una cuñada.

—¡Una cuñada!—exclamó Margarita.—No sabía yo que tuvieses hermanos.

—¡Pues sí tengo tres ó cuatro! ¿Acaso tengo la costumbre de hablarte de mi familia? No soy como tú, que todos los días me recomiendas á tu padre, á tu madre y á tu hermana.

—Bueno; ¿qué quieres que haga yo de tu cuñada?

—Querida mía, me veo obligado á almorzar con ella.

—¿Y yo?

—Irás á almorzar con tu hermana.

—¡Vaya una broma de mal género!

—No te lo digo en broma. ¿Quieres veinticinco luises para tomar un coche?

Margarita iba á enfadarse; pero, en su pasión por el lujo, la vista del oro solía apaciguarla; dignóse sonreír.

—Mucho me gustaría ver la punta de la nariz de esa cuñada.

—¡No vayas á ser celosa! La tiene rojiza.

—Es que contigo no sé qué pie alzar para bailar; cuando vamos juntos, no podemos dar un paso sin encontrar á una de tus víctimas; si todas se acostumbran á venir á tu casa, esto parecerá una procesión.

—Ya sabes que á nadie más que á ti he dado la llave. Conque vamos, vete pronto.

—Sí. Y no vuelvas nunca, ¿no es verdad?

—Comeremos juntos en el café Riche; encarga un gabinete é invita, si vas al bosque, á uno de mis amigos.

—¿Es que no irás tú?

—No; tengo un caballo cojo.

El señor de Briançon abrazó á Margarita y la empujó suavemente hacia una pequeña puerta que daba á la antesala.

—Querido,—dijole ella,—tu amor es el que cojea. Cuando Marcial volvió á entrar en el salón, Juana se encontraba todavía en la misma actitud.

—¿No es verdad,—dijola él,—que la señorita ha sido pronto despedida?

—¡Ah! Respiro,—murmuró la joven.

Una semisonrisa pasó por su rostro, como para expresar el sentimiento de la victoria; pero en seguida volvió á ponerse triste: veía las tinieblas en los rayos de luz.

Marcial se sentó á su lado; aun cuando fuese un buscador de buenas fortunas, su faz expresaba la inquietud; es que la aventura que se le ofrecía era demasiado inesperada y no era de esperar. A pesar de saber á qué atenerse respecto á la virtud de las mujeres de mundo, no podía dar crédito á sus ojos, viendo á la señorita de Armaillac sentada en su salón, trayéndole su corazón, su belleza, su alma. Cierto que tenía buena opinión de sí mismo, pero no se creía digno de aquel regalo.

Sin embargo, tampoco tenía deseos de sermonear á Juana para volverla al buen camino.

Lo que cae en el foso es del soldado; pero ya le preocupaba el mañana. Era una pasión seria la que había llevado á aquella joven á su casa; después de los momentos de embriaguez, ¿cómo combatir aquella pasión? No cobraba él por predicar moralidad.

Antes de ir más lejos, quiso hablar un rato con Juana para saber cómo ésta entendía el amor, por qué había ido, si tenía ó no deseos de marcharse.

Hay mujeres que no piden más que hacer su confesión; Juana amaba demasiado á Marcial para no contárselo todo; le refirió palabra por palabra lo que en el transcurso de dos días había pasado, cómo él la había transfigurado con su amor, cómo su madre la quería obligar á casarse con un magistrado, cómo, medio loca de pasión y desesperación, había ido allí á decirle: —¡Le amo á usted!

—¿Si almorzásemos...?—dijo de pronto el señor de Briançon.

—¡Ah, sí!—murmuró la señorita de Armaillac.— Hay un desayuno que estaba preparado para esa señorita... No tengo hambre.

—Pero si son las once.

—Pues bien, si usted tiene ganas, iré á sentarme á su lado ante la mesa.

—Comiendo vendrá el apetito.

Marcial llamó. El negrito acudió al punto.

—¿Está servido el desayuno?

—Sí, señor conde.

—¿Hay buena lumbre?

—Una lumbre infernal, señor conde.

Marcial se volvió hacia Juana.

—Enhorabuena, porque aquí se entumece uno.

Tomó la mano de Juana para conducirla.

La señorita de Armaillac no experimentó sorpresa alguna al ver que el desayuno estaba servido en la alcoba; poco faltó para que entrara en el aposento en que se hallaba Margarita un cuarto de hora antes. Pero las cosas habían sido bien hechas; todo había sido puesto de nuevo en orden con mucho tacto; á no ser por la cama, nadie hubiese dicho que aquello fuera una alcoba.

La señorita de Armaillac suspiró y franqueó el umbral; desde que ella misma hiriera su orgullo, parecía dispuesta á soportar todas las humillaciones, con tal de escuchar á su corazón.

Sin mirar nada, fué derechamente á sentarse en un extremo de la chimenea, donde, en efecto, había una lumbre infernal.

—¿Le gusta á usted el vino de Champagne ó el del Rhin?

—Ni uno ni otro; no bebo más que agua.

—Es usted muy mal convidado; ayer no comió usted nada. Recuerdo, no obstante, que le eché á usted de beber y usted bebió seriamente.

—Aquello era la fiebre.

—Es menester, sin embargo, que pruebe usted, aunque no sea más que con los labios, estos huevos con trufas ó esta terrina.

La señorita de Armaillac cogió un gajo de uvas.

—Voy á comerme estos lindos granos de uva.

Marcial, que se había sentado rozando á Juana, tomó otro gajo de uva y lo pasó por la boca de la joven.

—¿Quiere usted saber,—dijo,—cómo los lugareños de cierto país se las componen para saber si el vino será bueno? Desgranan el gajo con un beso.

Al decir estas palabras, el señor de Briançon se inclinó hacia la señorita de Armaillac y le hizo la dulce violencia de abrazarla mordiendo el gajo con un beso.

Y le recordó estos versos del poeta:

*Nous mordimes tous deux; la grappe était si blonde!  
Si fraîche notre bouche et si blanches nos dents!  
jusques au dernier grain, ô morsure profonde!  
ce grain était de pourpre, et nous avions vingt ans! (1)*

Pero Juana no oía versos. ¿Qué le importaba la poesía de los otros, si estaba toda entregada á su poesía?

El beso de Marcial fué tan dulce que casi olvidó sus celos; le parecía que su amor había purificado el

(1) Mordimos los dos á un tiempo (¡era tan rubio el racimo, — tan fresca nuestra boca y tan blancos nuestros dientes!) — hasta el último grano, ¡oh mordedura profunda! — ¡Este grano era de púrpura y teníamos veinte años!





ambiente de aquel aposento, en el que ya no quedaba un átomo de la que acababa de salir de él.

Marcial, que hubiera comido como cuatro con Margarita, estaba también demasiado conmovido para tener hambre. Y apenas probó el desayuno, en el deseo de alcanzar pronto á Juana, que había empujado por los postres.

—Tomaré café,—dijo la joven, cuando el *groom* llevó un lindo servicio japonés.

—¡He aquí lo que son las mujeres!—dijo Marcial.

—Todo ha de entrarles por los ojos; porque ¿qué le dice á usted que el café será bueno?

—Será bueno en esta linda taza,—dijo Juana, admirando las finas pinturas.

—¿Le gusta á usted el arte japonés?

—Sí, porque estoy por los coloristas.

No sólo Juana tomó una taza de café, sino que se echó la segunda; el resplandor del fuego, el beso de Marcial y la alegría del café, la habían ligeramente embriagado.

—¡Qué bueno es el café!—exclamó, mirando á Marcial con pasión.

—Sí,—dijo él,—nunca he olvidado este verso del abate Delille, que aprendí en el colegio:

Je bois dans chaque goutte un rayon de soleil (1).

—¡Oh, qué lindo verso!—dijo la señorita de Armaillac.—Parece de Víctor Hugo.

—Tiene usted razón. Leyendo á Delille, uno se pregunta qué fué ese verso á hacer allí.

(1) Bebo en cada gota un rayo de sol.

—Los poetas son como las mujeres: pasan de moda cuando se hacen viejos.

—Pues bien: yo no tengo necesidad de tomar café para beber rayos de sol; me basta mirar á usted.

—Se burla usted de mí, porque yo he venido aquí como un día de lluvia, llenos los ojos de lágrimas.

—Sí, pero ya no llora usted.

Marcial hablaba por antifrasis, porque á partir de aquel momento fué cuando Juana sufrió todos los dolores; había ido á arrojarse en la boca del lobo, y no salió de ella sino magullada y desesperada.

Y sí embargo, como la alegría está cerca de la pena, fué feliz aquel día. Marcial no era un enamorado vulgar; hábiale dicho: «—¡Te amo!» con una dulzura irresistible; la había rodeado con sus brazos como con cadenas rosadas.

Hábiala elevado hasta aquel séptimo cielo de que se cae siempre para no ver más que tinieblas.

¡Cuántas, entre las más puras, prefieren afrontar las tinieblas, las tormentas, las tempestades, á meditar siempre bajo el cielo azul!

### VIII

*Por qué Juana lloraba en un extremo de la chimenea de la alcoba de Marcial.*

¿Por qué? No lo sé. La señorita de Armaillac estaba toda despeinada, se ruborizaba y palidecía sucesivamente; de vez en cuando alzaba la cabeza para

verse en el espejo, mas apenas si se atrevía á mirarse de cara. Hubiérase juzgado, por lo extraviado de sus ojos, que no sabía bien dónde estaba, ni cómo era que estaba allí. Las dulces quietudes de la inocencia no se veían ya en la limpidez de la mirada. Acababa, con un solo paso, de salvar aquellas puras y serenas estaciones de la juventud en que se es toda de Dios, si no se es toda de la familia; en que se aspira sólo á horizontes azulados, en que en la tormenta se ve sólo el arco iris. ¡Mas ya estaba hecho aquello! Las grandes nubes iban á obscurecer la frente de la señorita de Armaillac; tocaba á las estaciones de las lágrimas; no podía volverse hacia el pasado, porque el pasado era un camino cerrado. Se quisiera volver á ser dueño de lo que en el camino se ha perdido; mas, como Orfeo, no se tiene derecho á retroceder.

En vano las jóvenes de la Biblia lloran por su virginidad, virginidad de corazón, virginidad de alma, virginidad de cuerpo; el traje de la inocencia no se compone; el cinturón de Venus no se reanuda; la aureola del candor no se reconquista.

La señorita de Armaillac no había mirado ni la grandeza de su sacrificio, ni la profundidad del abismo; se había locamente lanzado á lo desconocido, sin escuchar más que á su corazón, perdido de amor. Sabía, no obstante, que iba á caer de muy alto; pero hubiera querido caer de más alto aún, para probar á Marcial que era mucho lo que le amaba.

Su pasión había sido tan rápida que obedecía al vértigo; no había tenido tiempo de mirarla con los ojos de la conciencia; el amor por sorpresa es el más terrible de los amores.

Quando las jóvenes tienen tiempo de combatir,

cuando se ponen al abrigo de su abanico, de su coquetería, mejor dicho, tienen una coraza de acero; mas, en las primeras horas de la pasión, ellas mismas se arrojan, desarmadas, en donde mayor es el peligro.

He ahí, tal vez, por qué la señorita de Armaillac lloraba en un extremo de la chimenea de la alcoba del señor de Briançon.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 "ALFONSO" IX  
 1625 MONTARRÉY, MEXICO

*Los dramas del corazón*

Marcial no se encontraba al otro lado de la chimenea; se paseaba por el aposento, silencioso casi, mirando por el balcón, mirando á Juana; parecía que no se atrevía á hablarla.

Inclinóse sobre ella para besar sus cabellos. La joven se estremeció.

—¡Qué adorable olor á heno segado!—dijo, alzando un mechón de los hermosos cabellos negros de la señorita de Armaillac.—¡Nada hay como los cabellos rubios! ¡No me gustan más que los cabellos rubios!

—¿Desde cuándo?—preguntó la joven esbozando una sonrisa.

—Desde que la vi á usted.

Ella levantó el brazo para rodear con él la cabeza de Marcial.

—¡Ameme usted, Marcial, porque es usted para mí la vida ó la muerte!

Marcial levantó á la joven, diciéndola:

—¡Te amo!

Ella volvió á guardar silencio y Marcial se puso de nuevo á pasear por la habitación.

—¿Qué diablos va á hacer?—se preguntaba él, frunciendo las cejas.

En efecto, no podía decir á Juana que se marchase, y tampoco podía decirle que se quedara allí, no sólo porque Margarita Aumont armaría un escándalo, sino también porque él creía demasiado en sus deberes de hombre de mundo para culparse ante la opinión de vivir, sin el sacramento del matrimonio, con una joven que tenía todos los títulos—antes de amarle—para llegar á ser una madre de familia.

El señor de Briançon permitía que se le acusase de vivir á la aventura, tan pronto con esta como con aquella, porque los pecados de juventud son perdonados casi; pero perder á una joven de mundo era un crimen de alta traición social.

Comenzaba á reconocer que era algo tarde para hacerse aquellas reflexiones. ¿Por qué no había tenido el valor de resistir al impulso de su embriaguez, porque aquello era embriaguez más bien que amor? ¿No hubiera sido más bella su victoria estrechando á Juana contra su corazón, llevándola ante su madre y diciéndola:—La amo á usted, mas no vuelva?

Podía intentar aún esta prueba—*después de la letra*—si se le permite la mala frase; pero desde el momento en que la joven no era digna del amor de su madre, ¿no se negaría á volver á verla? Y él presentía esto por algunas palabras que la joven había dejado escapar.

Por otra parte, ¿podía proponerle, como á una aventurera, llevarla á un hotel ó alquilarle un piso, sin contar con que no era rico y sería aquelló comprometerse demasiado?

¿Qué hacer? Continuó mirando el reloj. La misma Juana no sabía bien qué hora era. Se preguntaba sin cesar qué pensaría su madre; su cólera contra ella había desaparecido; había llegado muy pronto al arrepentimiento. Delante de una «lumbre infernal», se acordaba de los encantadores momentos pasados al amor de otra lumbre, en dulces charlas con la señora de Armaillac, que era insoportable en la tormenta, pero adorable en el buen tiempo.

—Es menester que escriba á mamá,—dijo de pronto al señor de Briançon.

Esto rompió el hielo.

—Escribir...—dijo Marcial, aventurándose, sin saber bien lo que á decir iba.—Escribir es siempre una necedad, aun cuando se hace con talento; si hubiera usted de escuchar mi consejo, le diría que fuese buenamente á ver á su madre...

Juana se había vuelto y miraba á Marcial fijamente; él continuó, tartamudeando un poco:

—Le contará usted un cuento: hoy predica el padre Félix. Por otra parte, había un concierto espiritual, yo no sé dónde...

—¿Y qué más?—le interrumpió Juana con voz dramáticamente breve.

—¿Qué más? La cogerá á usted en brazos y comerán ustedes juntas.

Juana se puso en pie, casi terrible.

—¿Qué más?

—¿Qué más?—continuó Marcial acercándosele.—

Esta noche se presentará usted en un salón con su madre, pensará usted algo en mí, yo la tendré á usted en mi corazón hasta mañana, á la hora en que venga usted á desayunarse en mi compañía.

—No me atrevo á comprender,—dijo Juana con la sonrisa más amarga y desolada.—¿Sabe usted por qué me arroja usted en brazos de mi madre? Pues porque ya soy un embarazo para usted. Esa señorita que aquí estaba le espera, tal vez, para ir al Bosque, comerá con usted, sin duda, cenará con usted... y se propone usted que mañana por la mañana vuelva á encontrarla aquí...

Marcial quiso interrumpirla; pero ella le rechazó con la mano y prosiguió:

—Una querida por la noche y otra de día, hasta el momento en que la tercera reemplace á las dos.

La señorita de Armaillac estaba soberbia; alta la frente, temblonas las ventanas de la nariz, los ojos inflamados, indignados los labios, la garganta temblorosa.

Nunca la señorita Rachel, en los furores de *Fedra*, había expresado tan bien la pasión irritada.

—Vamos, vamos, mi hermosa acalorada,—dijo el señor de Briançon,—no tome usted las cosas por lo trágico. Quiero arreglarlo todo y se figura usted que todo lo quiero romper; es usted la dueña de mi suerte; mande y obedeceré.

La mujer no obedece nunca más que á sí misma; el gran arte en amor consiste en procurarle la inspiración; en cuanto Juana no fué aconsejada por Marcial, se aconsejó por cuenta propia.

Y pronto volvió á caer en sus brazos esclava de su amor.

—Sí,—dijo de pronto, como si la idea saliera de ella,—iré á ver á mi madre.

Y mirando á Marcial con ojo interrogador,

—¿Y si no volviera?

—¡Ah! Entonces yo sería quien fuera á buscarla á usted. Haga una prueba, si quiere usted ver si le amo. ¿Quiere que le coja la palabra? ¿No sabe que me sería imposible vivir una hora sin usted?

El señor de Briançon respiraba; una avalancha de besos cayó sobre los cabellos, sobre las mejillas, sobre los ojos y sobre los labios de la señorita de Armaillac.

—Mira,—murmuró,—no sé decirte más que esto.

—Y yo,—añadió Juana con voz ahogada,—no entiendo otra cosa.

## V

*Así va el mundo*

La señorita de Armaillac volvió, pues, á casa de su madre; eran las cuatro cuando llamó á la puerta.

—¡Ah, señorita!—dijo la doncella que salió á abrir.—¡Si supiera cuánto ha llorado la señora y qué feliz será al verla!

En efecto, apenas la joven había dicho estas palabras, la señora de Armaillac, que desde por la ma-

ñana estaba en acecho, salió como una loca al encuentro de su hija.

—¡Eres tú!—exclamó con gran alegría.

Y la abrazó mil veces, acusándola al propio tiempo.

—¡Ah, mi querida Juana!—dijo á continuación.—No te defiendas. Yo soy quien tuvo la culpa. ¿Qué quieres? No puedo dominarme; se hace la felicidad de las gentes causándoles mucho daño; he querido que ese matrimonio se hiciera demasiado pronto. Y, después de todo, no creas que piense ponerte un puñal en la garganta.

Juana enloquecía viendo á su madre tan encantadora en su efusión; y la abrazaba, diciéndole que aquellas nubes no eran nada en el cariño que le profesaba.

—Ya sabes, añadió la madre, que soy exagerada; se habla tanto de suicidios en los periódicos, que me imaginaba, ¿lo creerás?, que habías tenido la locura cruel de querer castigarme mortalmente. ¡Porque hubiera muerto!

—¿Quién sabe,—pensó Juana,—si yo no moriré?

—¿Y qué has hecho tantas horas?—añadió la madre, que estaba á mil leguas de dudar de la virtud de su hija.

Juana no había mentado nunca, seriamente al menos. Su rostro se coloreó de rojo; aun cuando llevaba una historia preparada, no pudo responder sencillamente. Habló de una visita lejana á una de sus amigas.

—Pero ya te contaré todo esto más tarde. Y tú, ¿qué has hecho?

—Yo, te he esperado para desayunar, sin com-

—Sí,—dijo de pronto, como si la idea saliera de ella,—iré á ver á mi madre.

Y mirando á Marcial con ojo interrogador,

—¿Y si no volviera?

—¡Ah! Entonces yo sería quien fuera á buscarla á usted. Haga una prueba, si quiere usted ver si le amo. ¿Quiere que le coja la palabra? ¿No sabe que me sería imposible vivir una hora sin usted?

El señor de Briançon respiraba; una avalancha de besos cayó sobre los cabellos, sobre las mejillas, sobre los ojos y sobre los labios de la señorita de Armaillac.

—Mira,—murmuró,—no sé decirte más que esto.

—Y yo,—añadió Juana con voz ahogada,—no entiendo otra cosa.

## V

*Así va el mundo*

La señorita de Armaillac volvió, pues, á casa de su madre; eran las cuatro cuando llamó á la puerta.

—¡Ah, señorita!—dijo la doncella que salió á abrir.—¡Si supiera cuánto ha llorado la señora y qué feliz será al verla!

En efecto, apenas la joven había dicho estas palabras, la señora de Armaillac, que desde por la ma-

ñana estaba en acecho, salió como una loca al encuentro de su hija.

—¡Eres tú!—exclamó con gran alegría.

Y la abrazó mil veces, acusándola al propio tiempo.

—¡Ah, mi querida Juana!—dijo á continuación.—No te defiendas. Yo soy quien tuvo la culpa. ¿Qué quieres? No puedo dominarme; se hace la felicidad de las gentes causándoles mucho daño; he querido que ese matrimonio se hiciera demasiado pronto. Y, después de todo, no creas que piense ponerte un puñal en la garganta.

Juana enloquecía viendo á su madre tan encantadora en su efusión; y la abrazaba, diciéndole que aquellas nubes no eran nada en el cariño que le profesaba.

—Ya sabes, añadió la madre, que soy exagerada; se habla tanto de suicidios en los periódicos, que me imaginaba, ¿lo creerás?, que habías tenido la locura cruel de querer castigarme mortalmente. ¡Porque hubiera muerto!

—¿Quién sabe,—pensó Juana,—si yo no moriré?

—¿Y qué has hecho tantas horas?—añadió la madre, que estaba á mil leguas de dudar de la virtud de su hija.

Juana no había mentado nunca, seriamente al menos. Su rostro se coloreó de rojo; aun cuando llevaba una historia preparada, no pudo responder sencillamente. Habló de una visita lejana á una de sus amigas.

—Pero ya te contaré todo esto más tarde. Y tú, ¿qué has hecho?

—Yo, te he esperado para desayunar, sin com-

prender por qué te habías marchado; me he sentado á la mesa, me he comido un racimo de uvas, he tomado una taza de te y luego he cogido un coche y he ido en tu busca. He pasado por casa de la duquesa, por la de la señora de Tramont, por la de tu amiga Angela; naturalmente, no he dicho en ninguna parte que te buscaba.

En aquel momento, alguien llamó á la puerta. La señora de Tramont entró armando gran ruido, según costumbre.

—¡Ah, amigas mías, qué confusión á orillas del lago! Decididamente, hay allí demasiadas personas que van sin invitación. Si yo fuera el prefecto de policía, haría con los coches de ciertas señoritas lo que se ha hecho con los ómnibus de los Campos Elíseos: les condenaría á pasar por otro camino. Aquello es un escándalo. Así es que mientras íbamos como tortugas, mi coche se ha rozado con el de esa señorita Margarita Aumont, la querida de nuestro amigo Briançon. Le complimentaré esta noche. Aquella señora me ha mirado con su lente como hubiera podido mirar á una de sus iguales.

—¿Es linda acaso?—preguntó Juana con aire distraído y sin parecer esperar contestación.

—¿Si es linda? Es muy linda. He ahí por qué se perdona al señor de Briançon el ser tan loco. Después de todo, no es él quien paga sus caballos y sus diamantes; es una mujer en comandita.

—¿Qué le paga él?—preguntó la señora de Armaillac.

—Parece que le paga la casa y la mesa. Lo cual es también muy lindo; porque ¡son tan glotonas y viven tan anchas esas señoritas!

Juana, que tenía miedo á comer á solas con su madre, quiso retener á la señora de Tramont, que hacía siempre sus visitas de pie en el umbral de la habitación, siempre deseosa de ir á hablar á otra parte.

—¿Están ustedes solas?—dijo.

—Sí,—espondió la señora de Armaillac.—Y ofreceré á usted un faisán dorado de la caza de Chantilly.

—¡Ah, sí! No me acordaba ya de que ustedes son orleanistas desde el 4 de septiembre; yo comparto todas las opiniones; he ahí por qué acepto un alón de su faisán de ustedes. Mande usted decir á mi cochero que vuelva por mí á las nueve.

La comida fué alegre, porque la señora de Tramont siempre tenía el diablo en el cuerpo.

A las nueve se llevó á Juana consigo, diciendo á su madre que se la devolvería en su carruaje antes de las once.

Quería que la señorita de Armaillac sirviera el te en su casa. Debía tener tres ó cuatro amigos íntimos, tal vez un príncipe ruso que podía abrigar la idea de contraer matrimonio.

—Y á buen seguro,—dijo,—que Juana tendría más trazas de princesa que él de príncipe.

La señorita de Armaillac acompañó, pues, á la señora de Tramont. Su madre se quedó en casa, porque no quería arreglarse por tan poco. No se ofrecía al mundo sino en las grandes ocasiones.

El príncipe ruso fué de la fiesta; hizo algo la corte á Juana, que jugó con el abanico sin divertirse gran cosa, por no dejar de pensar en el señor de Briançon. ¿Dónde estará? ¿Qué hará? ¿Pensará en mí?

Cuando servía él te con su gracia un tanto altiva, un lacayo anunció á Marcial. Tenía una hora que perder; la señora de Tramont estaba en su camino, y le divertía mucho aguzar frases con ella.

—¡Ah!—dijo al verle aparecer.—¡Segura estaba de que vendría usted esta noche!

—¿Por qué?

—Por la fuerza de las afinidades, ó del magnetismo ó de los átomos engarzados: ha venido la señorita de Armaillac, había usted de venir.

Mientras Juana vertía el te sobre el mantel, Marcial se preguntó seriamente si no habría hecho alguna confidencia á la dueña de la casa.

Un minuto después, el príncipe ruso hubiera podido decirle:

—Caballero, retírese usted de mí sol.

Porque, aparentando conocerla apenas, se había acaparado á Juana.

—¡Oh, cuán feliz soy volviendo á ver á usted!—dijole enviándole dos besos con sus dos ojos, á los que ella respondió con dos miradas húmedas.

—¿Sabe usted en qué pienso?—le dijo.

—¡Quién sabe! En mí tal vez.

—Eso, desde luego; pero pienso en que es extraño que después de lo andado esta mañana pueda encontrarme aquí esta noche, como si nada hubiese pasado. Me pregunto si es un sueño. ¡Cómo! ¡Soy su querida de usted, y todo el mundo me saluda y me habla con respeto! Lo que va á sorprenderle á usted es que esto me choca. ¿Dónde está el castigo?

—Pero si el mundo se encuentra lleno de esas cosas. ¿Se cree usted menos digna de admiración que la mayoría de las mujeres adúlteras que presumen en los más bellos salones?

—Me creo tan digna de lástima como esas señoras; pero, mire usted, Marcial: lo que me desespera es que el mundo me estime, cuando yo he dejado de estimarme. Si no fuera por la embriaguez de su amor de usted, me miraría con horror.

—Ya sabe usted que la adoro, que sólo á usted amo, que sólo á usted amaré.

Marcial hablaba con toda sinceridad. Aquel encuentro imprevisto le había conmovido profundamente; los aires de enamorado del príncipe ruso le daban celos. ¡Y era Juana tan bella, tan altiva, tan majestuosa!... ¿No era aquél un triunfo brillante? Saboreaba misteriosamente su dicha.

—Tengo noticias de usted,—dijole la joven.

—¿Quién me ha encontrado?

—No es que se le haya encontrado á usted, es que una señorita Margarita Aumont que escandalizaba en el bosque, y según se asegura no con caballos de usted, tiene, gracias á usted, me lo ha dicho la señora de Tramont, casa y mesa.

—¡Qué calumnia!

—No, es la verdad.

Y, mirándole con expresión de profundo amor,

—Y es una verdad que me matará.

La señora de Tramont miraba entonces á Juana y á Marcial.

—¿Qué se dicen de tan serio? ¡Vaya una palidez la de Juana!



## XI

*El amor del abismo*

Se despidieron como si no se hubieran de ver en mucho tiempo, aun cuando estaba bien decidido que se volverían á ver al siguiente día por la mañana.

La señorita de Armaillac habló un buen rato á solas con la señora de Tramont, quien le aconsejó no se dejara engatusar por el bello Marcial.

—Mire usted, querida niña; el príncipe ruso está por usted; usted ha nacido princesa; de ese lado es, pues, necesario inclinar el abanico; estos señores no creen hacer mal matrimonio cuando se casan con cómicas; testigo el príncipe Koutchoubey, que ha dado su nombre á la bella Alix Bressant. Muy natural es, pues, que este se case con una joven como usted.

Juana se acercó al fuego, como si sobre los hombros hubiera sentido el frío de las nieves de Rusia.

—El príncipe es encantador,—dijo,—mas no quiero desterrarme.

—¡Nada de eso, mi querida pequeña! La verdadera patria de los rusos es París; pregunte usted á Basilewsky por qué tiene su museo en la calle Blanca.

—Nadie escapa á su suerte. No tengo la pretensión de tener una estrella; pero creo que, por mu-

cho que haga, me veré obligada á obedecer á lo que está escrito allá arriba.

—¡Cuidado! Esa es la razón de los insolentes que se someten á la corriente de la vida. Con esas ideas, acaba una por dejarse arrebatarse, diciéndose: «¡Estaba escrito allá arriba!» ¡Piense usted bien lo que hace, mi querida pequeña!

«Mi querida pequeña» era un contrasentido cómico, puesto que la señora de Tramont era pequeña y la señorita de Armaillac abultaba doble que ella.

El carruaje de la señora de Tramont esperaba á Juana para conducirla á casa de su madre; abrazó á su buena amiga y la prometió volver á comer con ella al siguiente día.

Cuando puso la botina en el estribo, el cochero la preguntó si iba á casa de la señora de Armaillac.

—Sí,—le dijo ella.

Y añadió, después de un segundo:

—Pase usted por la calle del Circo.

El cochero hizo notar, como hombre que conoce la geografía parisiense, que no era aquél el camino recto. Pero obedeció.

¿Por qué la señorita de Armaillac quería pasar por la calle del Circo? ¿Es que iba á aventurarse á hacer una visita nocturna al señor de Briançon? ¿Quería interrumpirle en una entrevista á solas con Margarita Aumont?

—Estoy loca,—se dijo al entrar en el carruaje.— ¿Cómo me he atrevido á decir al cochero que pase por allí? ¡Si llegase á contar qué camino elegí para volver al lado de mi madre!...

Pensó que aquello era tanto más absurdo cuanto que Marcial no la habría dejado para encaminarse

desde allí á su casa; el joven no se acostaba nunca hasta las dos de la mañana, y no tenía la costumbre de leer la *Vida de los Santos*.

El cochero pasó tan rápidamente por delante de casa de Marcial, que Juana apenas tuvo tiempo para saludar al paso al edificio. A dos casas de allí cruzó con otro su carruaje; en aquel coche había una mujer, y aquel coche se detuvo á la puerta de casa de Marcial.

—Es su querida,—dijose Juana, después de asomarse por la ventanilla.

A punto se halló de decir al cochero que parase; todos los demonios de los celos se apoderaron de su corazón.

—¡Esto es el infierno! murmuró.

Una vez en casa, fué á despedirse hasta el siguiente día de su madre, que estaba acostada; creía con aquello tranquilizar su corazón; pero pasó una horrible noche, como la víspera. Hasta la madrugada no cayó en un semisueño con todas las alucinaciones de la fiebre. Rogaba á Dios y jurábase á sí misma no volver á ver al señor de Briançon.

—No,—decía,—no le volveré á ver; él es un hombre de honor y olvidará lo que ha ocurrido.

Y, apoyando las uñas sobre el corazón,

—¡Mas no le olvidaré!—añadía.

Y pronto, presa de la desesperación,

—¿Acaso puedo arrancar este amor de mi corazón?—concluía.

A las diez se vistió, se arregló, recobró su sonrisa y corrió á casa de Marcial.

Cuando llamó á la puerta, prometíase no entrar si había alguien; haría pasar recado al señor de Brian-

çon, y no le diría más que una palabra: ¡adiós! Sin duda él se esforzaría para detenerla; mas ella le significaría su desprecio por aquella traición.

El negrito salió á abrir; sonrió al ver á Juana, como se sonríe á una amiga de la casa.

—Si hay alguien,—dijo ella,—no entro.

—Estamos solos,—manifestó el negrito;—el señor conde espera á usted.

La señorita de Armaillac respiró y franqueó el umbral; el señor de Briançon salió á su encuentro y la estrechó en sus brazos, como después de una larga ausencia.

—¡Hace un siglo que no he visto á usted!—dijo al abrazarla.

—No tanto, pero hace más de doce horas.

Fué aquella la segunda edición. Se almorzó más alegremente que la víspera; ya no había los goces de lo imprevisto, pero hubo las alegrías mejor saboreadas de las horas conocidas. Juana no sentía tan cerca á Margarita Aumont, Marcial reconocía que nunca había amado de boca, sino de corazón, á una tan bella criatura como la señorita de Armaillac. La dominaba por el amor que ella le profesaba, pero á la vez se sentía dominado por ella. No se explicaba cómo la víspera habíase atrevido á precipitar la aventura; le parecía aquello un sueño; ¿era posible que hubiese triunfado de aquella joven altiva como de una cualquiera?

Durante diez días, Juana fué á la misma hora á casa de Marcial. Se vió precisada á mentir diez veces á su madre; y por necesidad hubo de tomar una semiconfidente que le sirviera de pararrayos; era ésta una antigua amiga de Juana, apasionada por la música.

ca: la señorita Angela Harry, una americana muy conocida. Juana, mala música, era la desesperación de su madre; dijola que se hallaba en buena vena musical, y que tomaba lecciones todas las mañanas en casa de su amiga, donde desayunaba en un descanso. Sabido es que la señora de Armaillac no salía casi nunca. Juana no temía, por esta razón, que á su madre se le ocurriera ir á sorprenderla en casa de su amiga.

No esperaba, por otra parte, que aquella hermosa existencia pudiera durar mucho: todas las mañanas se prometía hablar seriamente con Marcial, es decir, ofrecerle su mano; pero hubiera querido que la idea partiese de su amante. Y el señor de Briançon hablaba mucho de amor, pero nada de matrimonio.

Por último, un día, el décimo, la señorita de Armaillac decidióse á abordar aquel delicado capítulo.

—He pensado en ello, — contestó Marcial, — pero ¿cómo han de unirse dos miserias doradas? Porque ni uno ni otro somos ricos. Yo soy secretario de embajada con 1,800 francos de sueldo; su madre de usted no le dará en dote más que diamantes: ¿qué cara haríamos á través del lujo inusitado de las gentes á la moda?

—El lujo, para mí, — dijo Juana tristemente, — es el amor. ¿Acaso se cree usted que yo ambiciono los ocho resortes y los trajes de cola? Venderé mis diamantes; créame usted, la dicha no va nunca en coche arrastrado por cuatro caballos.

—Tampoco va en fiacre, — dijo Marcial.

Juana, que tenía su mano en la de su amante, retiróla con súbita indignación.

—¿Qué le da á usted?

—No me perdono, — respondió ella, — el haber descendido hasta discutir con usted; si usted me amase, ya hubiera ido á casa de mi madre, para pedirle mi mano; pero es menester que yo vaya de desilusión en desilusión.

Juana había cambiado por completo de fisonomía. Miró á Marcial, como si esperase de él la última palabra de su destino.

—Ya sabe usted que la amo, Juana; porque la amo no he querido hacer su desgracia; y porque no quiero hacer su desgracia no quiero casarme con usted.

Una amarga sonrisa se dibujó en la boca de la señorita de Armaillac.

—La verdad es, caballero, que es usted demasiado bueno; hasta hoy no le había comprendido: le he arrancado á usted por algunas horas de sus bellas costumbres de la vida parisiense.

El conde de Briançon volvió á coger la mano de la señorita de Armaillac.

—¡Adiós, caballero! Olvide usted; olvidaré...

Marcial hizo cuanto pudo para detenerla, hasta le ofreció vagamente ser su esposo; mas todo fué inútil.

—He dicho que olvidaría, — murmuró ella cuando estuvo en la calle. — ¡Olvidar!... Sí, olvidaré en la tumba.

Aquel día, su madre debía conducirla á casa de la señora de Arfeuil, que daba una comedia en su salón.

—Me vengaré, — añadió Juana. — El señor Delamare estará en casa de aquella señora; le diré que le amo.

Comprendió que era aquello vengarse de sí misma. Por la noche, cuando estuvo vestida para acompañar á su madre, fué presa de un desmayo. Su fuerza le hacía traición; caía bajo las emociones del día. No tardó en reponerse; pero suplicó á su madre que fuera sola á la comedia.

Cuando la señora de Armaillac hubo partido, Juana se acostó y tomó una novela. Pero su camisa de noche era el traje de Dejanira; las llamas de los celos la abrasaban; se admiraba de que Marcial no le hubiese escrito. ¿Era posible que estuviese tan tranquilo después de tan brusca separación? ¿Cómo no la había detenido por fuerza? ¿Cómo no la había seguido escalera abajo?

—¡Oh! ¡No me ama!—suspiró.—Pertenece por completo á esa joven; yo era un embarazo para él; y yo, á pesar de todas sus culpas, á pesar de que mi orgullo ha sido herido, á pesar de mi cólera, siento que le amo hasta morir. Se ha apoderado de mi vida; mi vida es suya.

Bajó de la cama y fué á abrir un cajón con escondrijo de su *secréter*, donde removi6 algunas perlas.

—¡Oh mis queridas perlas!—dijo.—¡Vosotras me consolaréis de todo!

En aquel momento, sus ojos extraviados detuviéronse en el retrato de su padre.

—¡Oh padre mio!—exclamó juntando las manos.

—¡Soy una de Armaillac, y he manchado ese hermoso nombre!

XII

*Las horas de locura amorosa*

Juana se revolvió veinte veces en su cama, sin poder calmar su frente volcanizada, sin poder apaciguar los latidos de su corazón.

Se inclinó hacia el reloj; eran las once; se echó al suelo y visti6se á toda prisa. Púsose la ropa que acababa de quitarse, á fin de poder decir á su madre que había querido encontrarse con ella en la comedia.

Mas no era allí á dónde ella quería ir. Corrió á la calle del Circo, siempre á la calle del Circo, decidida á todo, hasta á armar un escándalo. Llegada á casa de Marcial, subió la escalera sin hablar al portero. El pequeño *groom*, que jugaba á las cartas en la garita, en el salón, quiero decir, la siguió escalera arriba y le dijo que el señor conde no estaba.

—Quiero esperarle; ábrame usted la puerta.

El negrito obedeció.

El frío era vivo, la joven tiritaba; así es que se alegró de encontrar lumbre.

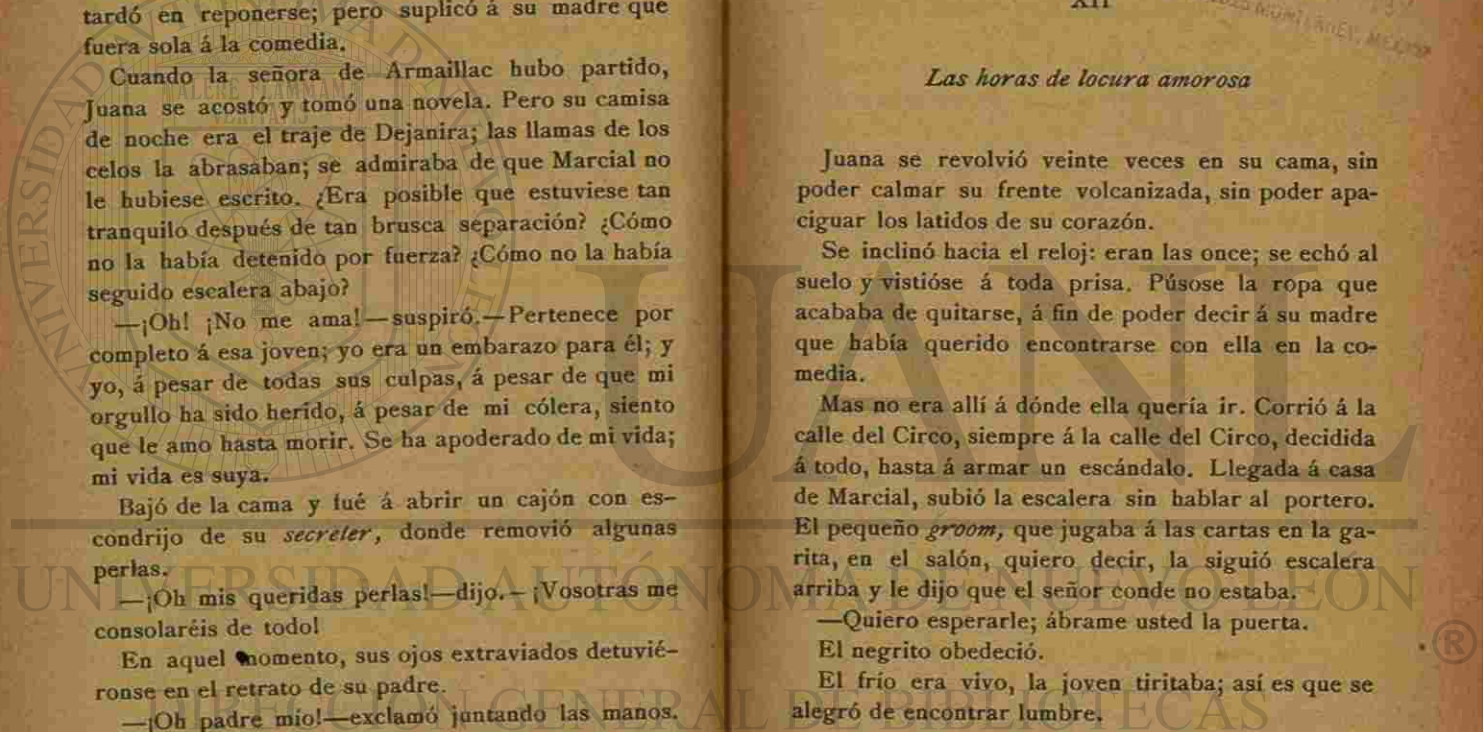
—¿A qué hora volverá el señor de Briançon?

—¿Lo sabe él mismo acaso?

El *groom* decía esto con aire filosófico; parecía tener ganas de reprender á su amo, como los antiguos lacayos de comedia.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ALF. No. 1000  
Año. 1925



—¿Y esa señorita,—preguntó Juana,—vendrá antes que él?

—No se confía á mí.

—¿Viene todas las noches?

—¡Oh, no! Viene cuando tiene miedo en su casa.

—¿Vino ayer?

—No me acuerdo.

La señorita de Armaillac encontró indigno de ella interrogar al negrito.

—Está bien,—le dijo, despidiéndole con el gesto.

—Esperaré un cuarto de hora.

El negrito murmuró entre dientes:

—Si el señor conde vuelve con la otra, esto será divertido.

En su ceguera, la señorita de Armaillac había prescindido de toda dignidad; pero, una vez en casa de Marcial, avergonzose de sí misma.

—¡Cómo!—exclamó.—¡Me he humillado hasta venir aquí!

En cuanto se vió sola, Juana interrogó á los muebles, aquellos mudos testigos de todo, que tienen asimismo su fisonomía indiscreta. Por ejemplo, en una copa que se hallaba sobre la chimenea, Juana vió un medallón que no estaba la víspera. Le cogió y le abrió: encerraba un retrato. Era, naturalmente, el de Marcial. Margarita Aumont era demasiado lista para dejar en casa de su amante un medallón que encerrará el retrato de otro.

—¡Cuando pienso,—dijose Juana, arrojando á la lumbre el medallón,—que ese retrato ha estado pendiente del cuello de esa joven...!

Margarita Aumont había dejado otras huellas de su paso por la alcoba. Sobre la mesa, una novela

abierta tenía por señal una horquilla; sobre una consola, bajo un espejo de Venecia, había un ramillete de flores artificiales, que la joven se había quitado al peinarse.

La novela y el ramillete fueron á reunirse entre las llamas con el medallón.

Mientras tanto, Marcial no volvía.

Y Juana no quería que su madre le preguntase en qué empleaba el tiempo. Podía haber salido para ir en su busca; podía también decir que una vez á la puerta se había decidido á no entrar, temerosa de estar demasiado pálida; pero todo aquello no podía durar más de media hora; así es, que se decidió á volver á casa.

Al pasar por el comedor, llamó al negrito, que estaba medio dormido.

—Hijo mio,—le dijo,—si me juras guardar secreto, te daré uno de estos días cinco luses; es menester que el señor de Briançon no sepa que he estado aquí esta noche.

El negrito juró por sus grandes dioses.

La joven llegó á casa antes que su madre; volvió á su cama, que no encontró más dulce que una hora antes.

Al siguiente día, durante el desayuno, dijo á la señora de Armaillac:

—Mamá, estoy decidida á todo. Si el señor Delamare quiere casarse conmigo, le doy mi mano.

—¿Y tu corazón?—le preguntó su madre, interrogándola con la mirada.

—¿Mi corazón?—dijo.—No sé qué es eso.

Pero mientras hablaba, el corazón latía hasta rompersele.

—¡Qué infeliz soy!—murmuró.—¡Hablo de matrimonio y me estoy muriendo!

## XIII

*En el que se ve bailar á la señorita de Armaillac*

La señora de Armaillac era de aquellas que creen que todo se arregla aun cuando no se trabaje para ello. Encontró, pues, muy natural que su hija volviese al señor Delamare, porque en su concepto aquello debía ocurrir.

Decía que, habiendo la sociedad moderna suprimido los matrimonios por amor, porque dos y dos son cuatro, no quedaban ya sino los matrimonios de conveniencia.

Hizo advertir al joven magistrado, el cual no desesperaba, por tener de su parte á la familia. El señor Delamare pasó al día siguiente por la casa, siendo invitado á comer con el tío de la señorita de Armaillac.

Se habló de literatura y de política. El magistrado fastidió á Juana, aun cuando ésta reconociera que no hablaba peor que otro; lo único que tenía de malo es que se había acorazado con una vieja moralidad que le hacía pronunciar sentencias como el señor Prudhomme. Y tanto las prodigaba, que uno llegaba á dudar de que hablara seriamente. Se había, por otra parte, amoldado al espíritu moderno. Si el amor

al traje negro no le hubiera cogido al salir del colegio, sin duda habría llegado á ser un hombre agradable.

Una vez recibido en la casa, descubrió sus baterías; hizo entrever á Juana la dicha futura, tal como él la veía al través de su ambición. Ella no escuchaba sino á medias. Aun cuando él hubiese hablado del paraíso perdido, que ella debía encontrar al unirse á él, hubiera hallado muy fastidioso aquel paraíso, habiendo de habitarle en su compañía. ¿Qué podía ser para aquella joven desilusionada el ideal de un magistrado que comienza por la vida de provincia? Pero la señorita de Armaillac tuvo valor para dejar creer al señor Delamare que su horizonte era también el de ella.

Las cosas fueron de prisa. El tío, que sin embargo no era rico, añadió 50,000 francos á los diamantes que daba la madre.

En el contrato de matrimonio se dió un te á los íntimos de la casa. Se bailó al piano.

La señora de Tramont, que estaba presente, preguntó á Juana por qué tenía el mirar extraviado.

—No sé,—respondió ella con una extraña sonrisa.—¡Me han dicho que es necesario bailar, y bailo!

La señora de Tramont se inclinó al oído de una de sus amigas.

—He aquí una que no va á ello alegremente.

La señora de Tramont no había nunca aprobado aquel matrimonio. Para ella era indudable que una joven bien nacida como Juana, bella entre las bellas, debía encontrar un príncipe encantador ó un príncipe cualquiera, como su amigo el príncipe ruso, que no había dicho ni sí ni no.

Dos corrientes se disputaban el espíritu de Juana. La primera, más impetuosa, la rechazaba siempre sofocada y quebrantada hacia el señor de Briançon; ésta era la rebeldía, era la pasión. La segunda, más suave, la llevaba á los brazos de su madre. Ésta era la resignación, era el sacrificio.

Hacia el fin de la velada, la señora de Tramont dijo bruscamente á Juana:

—¿Ha repartido usted sus invitaciones?

—Eso incumbe á mi madre,—respondió la joven.

—No olvide usted á sus amigos el príncipe ruso y el señor de Briançon, porque los dos me hablaron de usted ayer mismo.

—Y ¿qué le dijeron?

—El príncipe está desesperado, pero le hará feliz su dicha de usted.

—Es muy bueno.

Juana escuchaba con ansiedad, esperando que la señora de Tramont la hablara de Marcial.

—En cuanto al señor de Briançon, me ha dicho que para sí quisiera el lugar de su esposo de usted, pero que no tenía las virtudes necesarias para ser marido; le gustan demasiado todas las mujeres para amar á una sola.

—¿Así es, que mi matrimonio no le ha sorprendido?

—¡Oh, Dios mío, no! Creo, entre nosotros, que si hubiera usted tenido 500,000 francos de renta, hubiese pedido su mano. ¿Qué quiere usted? Hoy sólo importa el dinero.

—¡Oh corazón mío!—dijo Juana, apartándose de la señora de Tramont para ocultarle su palidez.

## XIV

*Dios y Salán*

Tiempo le faltó al negrito para hacer traición á Juana; cuando su amo volvió, á la una de la mañana, en compañía de la señorita de Aumont, hizole seña de que tenía algo misterioso que decirle.

—A ver, habla,—ordenóle Marcial, mientras su querida pasaba á la alcoba.

—Es un secreto, señor conde; se me ha hecho jurar por mi parte de paraíso que no diría nada.

Marcial no sospechaba que aquel secreto se refiriese á la señorita de Armaillac.

—¡Habla ya!—dijo con impaciencia.

—La señora ha vuelto,—continuó el negrito.—Ha estado aquí un cuarto de hora y ha echado á la lumbre cuanto ha encontrado á mano; conque no hay que acusarme.

Al hacer traición á Juana, el negrito se exponía á perder su alma, puesto que por la salvación de ésta había jurado; pero más quería salvar su empleo que su alma.

—¿Qué ha echado á la lumbre?—preguntó Marcial con viva curiosidad.

—No lo he visto bien, porque miraba por el ojo de la llave; pero noté, sin embargo, que arrojó al fuego un libro, un ramillete y un medallón. Así es, que

en cuanto se marchó procuré salvar lo que pude; pero, por favor, señor conde, no le diga usted que se lo he contado todo, porque tiene unos ojos terribles, y temo que me pegue.

El negrito no confesó que esperaba cinco luises.

Marcial escribió á Juana lo siguiente:

«No he cesado de esperarla, pero usted ha olvidado el camino que á mi casa conduce. No me consuelo á la idea de perder á usted para siempre.

»¿Ha podido usted imaginarse que no está siempre en mi corazón? ¿Puedo yo olvidarla un momento, después de las horas inesperadas que he pasado con usted?

»Toda mi vida me acordaré de ellas. Por favor, Juana, vuelva usted, aun cuando no sea más que una vez, aun cuando sólo sea para decirme adiós.

»Mi corazón la espera á usted, mi alma la espera á usted, mis brazos la esperan á usted...

»*Marcial.*»

—¿Qué hace usted ahí?—gritó Margarita Aumont al señor de Briançon, porque la joven se había ya acostado.

—Es un asunto de dinero, querida,—respondió él.

—Escribo esta noche para no pensar más en ello.

Diciendo estas palabras, cerró la carta y la dió al negrito.

—Ve pronto á acostarte,—le dijo á media voz,—y mañana, á las siete de la mañana, está delante de la iglesia de San Agustín; verás pasar á esa señora, que va á misa de ocho, y le entregarás esta carta si va sola, y lo mismo si va con su doncella.

Marcial sabía que los domingos Juana iba á misa de ocho á San Agustín.





El negrito pensó que aquello venía divinamente, porque sin duda la señora no olvidaría darle los cinco luses.

Contaba sin la huésped. Al siguiente día vió, en efecto, pasar á la señorita de Armaillac; corrió á ella, pero la joven tomó la carta y limitóse á darle las gracias con un movimiento de cabeza.

En la iglesia, sobre un libro de misa, fué donde Juana leyó aquellas líneas satánicas. Había palidecido á las primeras palabras; ruborizóse al leer las últimas.

Aun cuando aquel billete fuera de un hombre más apasionado que enamorado, sintióse por un instante presa de todas aquellas embriagueces.

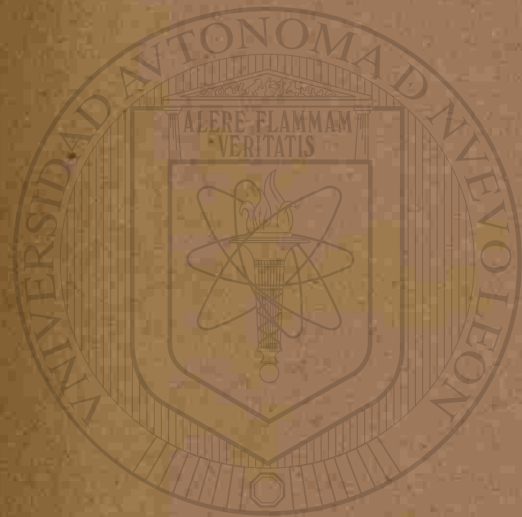
—¡Quién sabe!—dijo.—Tal vez, si quisiese, le hiciera olvidar á aquella joven que le mantiene en su ociosa vida. Me ama, y no se atreve á romper con ella.

Pero poco á poco se fué desgarrando el velo; se confesó que el amor de Marcial era el amor de boca y no de alma, el amor que vive de voluptuosidades, no el que se alimenta con sacrificios.

La vista del Cristo mostróle la verdad; contemplando al Hijo de Dios, que no había llegado al cielo sino después de todas las estaciones de la cruz, sino después de todos los heroísmos del dolor, traicionado, azotado, coronado de espinas, murmuró:

—Yo me sentía capaz de andar ese camino para llegar á Marcial, porque le amaba hasta la profanación y hasta la blasfemia; ¡y él no ha tenido valor ni aun para sacrificarme esa joven!

La señorita de Armaillac empujó su alma hacia Dios con religiosa efusión.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES Y SERVICIOS

—¡Oh, Dios mío, Dios mío! ¡Salvadme de este hombre!—dijo, ocultando sus lágrimas en el devocionario.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA  
ALFONSO...  
1665 MONTE...  
XV  
*El vaivén del corazón*

De regreso en su aposento, Juana sentóse en seguida delante de un pequeño pupitre de laca de China, para escribir á Marcial:

«Quiere usted un adiós. Mucho me sorprende, en verdad, que se acuerde usted tanto de mí, puesto que mi deber es olvidarle, puesto que su deber de usted es borrar mi nombre en el libro de su vida.»

La señorita de Armaillac dejó aquí caer la pluma.  
—¿Pues no estoy haciendo frases?—dijo.

Pensó que lo más elocuente era el silencio; pero las mujeres no comprenden bastante esta elocuencia: los tormentos del corazón las obligan á atormentar la pluma. Juana continuó:

«¿Por qué venir á ponérsese delante, á desanimarme, cuando de obrar bien tengo deseos? Su corazón de usted es malo y sólo quiere el mal. Se imagina usted que los accesos de pasión son expresiones de amor; pero, gracias á Dios, no soy ciega: todas sus doradas palabras nada conseguirán.

»Adiós, pues, ya que usted quiere un adiós; queme usted esta carta; es menester que en su ceniza se extinga el recuerdo de esa novela empezada, en la cual

no creo. Con su mal corazón es usted un hombre demasiado galante para que yo me vea nunca obligada, en el mundo en que nos encontraremos, á inclinarme bajo su saludo... ó á decir que no le conozco á usted...»

Cuando la señorita de Armaillac hubo escrito estas últimas palabras,

—¿Para qué?—dijo, comprendiendo que el silencio era la mejor respuesta.

Marcial de Briançon estuvo aquel día, más que nunca, enamorado de Juana, porque ésta no iba á su casa ni le escribía; esperábala primero con alguna fatuidad, convencido de que obedecería á su voluntad amorosa; poco á poco se impacientó y fué apoderando de él la fiebre.

A las dos aún no se había desayunado, siempre esperando á la señorita de Armaillac, cuyo sitio en la mesa miraba. Concluyó por almorzar solo, no desesperando de que llegara ella. El recuerdo de la señorita de Armaillac tenía para él un encanto más penetrante. Hasta entonces aquello no era sino una pasión superficial; por primera vez sintió que amaba profundamente; no en vano había ella pasado tan cerca de él con todas sus llamas: le había quemado un poco.

—Ni aun tengo su retrato,—dijo, tratando de recordar toda la magia de aquella belleza altiva, dulcificada por el amor.

Por primera vez le hizo un sacrificio. Sobre la chimenea había un retrato de su querida: le tomó, le desgarró y lo echó á la lumbre.

—¡Cómo!—añadió.—¿No viene? ¡Cómo! ¿Ha de haber concluido ese amor apenas comenzado? ¡Cómo!

¿Tenía la dicha en la mano, y la he quebrado como en un juego infantil?

En vano iba hasta la antesala, en vano se asomaba al balcón. Juana no llegaba.

Pasaron ocho días. El tiempo no calmó su corazón; cada hora le separaba de Margarita y acentuaba en él el recuerdo de Juana. Las distracciones de nada le servían. Aquella hermosa imagen iluminaba su alma.

En aquella turbada atmósfera en que vivía, érale dulce volverse hacia Juana, con yo no sé qué virginales aspiraciones. Había empezado la vida por la tormenta, gustaba de alzar los ojos por encima del arco iris y mirar el espacio azulado. Le parecía verse en la aurora de la juventud luminosa de Juana; lo que no encontraba en Margarita, lo encontraba en aquella joven que no había amado á nadie más que á él; en vano se decía que no se ama sino á una mujer á la vez: en secreto se confesaba que por ambas sentía amor. Era aquello como un concierto ideal en que el violín alternaba con el violoncello. Creía, por otra parte, no amar profundamente; pero, en cuanto descendía en sí mismo, reconocía que era imperiosamente dominado por aquellas dos figuras, simbolizadoras de los dos amores. Quería abandonar á la una por la otra, pero temía rechazar á la más amada.

En aquel impulso perpetuo hacia dos mujeres, sentía la fatalidad que ha hecho rimar tantas tragedias antiguas.

Un día que el señor de Briançon no sabía á dónde ir á comer, se atrevió á subir á casa de la señora de Tramont, esperando vagamente encontrar allí á la señorita de Armaillac.

Se encontró con un pianista á quien aquella adorable charlatana había convidado á comer por no perder la costumbre de hablar; verdad que, cuando «la linda lengua de hacha» comía sola, hablaba en alta voz á los cuatro retratos de familia que decoraban las paredes del comedor.

Marcial pidió un sitio en la mesa.

—Sí, con la condición de que no comerá usted.

—En buena ocasión; aun no me he desayunado. Se habló de varias cosas; naturalmente, pronto se pronunció el nombre de Juana.

La señora de Tramont hizo saber á Marcial que la señorita de Armaillac se casaba; ya estaban publicadas las amonestaciones.

—¿Sabe usted,—dijo Marcial para ocultar su turbación,—que si las cosas no estuvieran tan adelantadas le haría la corte?

—Sí, pero nada conseguiría usted: conozco á las mujeres.

—¿Está usted segura de que las conoce?

—Como conozco á los hombres. La señorita de Armaillac no es de aquellas que caen en la boca del lobo.

—La haría la corte con buen fin.

—¿Alguna vez la hace usted con fin malo?

Marcial no contestó á esta pregunta; tan entregado estaba á sus pensamientos.

—Por desgracia,—prosiguió,—no tengo un sueldo.

—Ni ella tampoco; estarían ustedes en paz y harían buena pareja en el mundo. Si el corazón se lo pide á usted, probable es que aun sea hora. ¿Quiere usted ponerse en guardia? Porque resultaría de ello una especie de duelo entre usted y el señor Delama-

re. El martes vendrá Juana á pasar aquí la velada de la víspera de la ceremonia. Tendré también tres ó cuatro jóvenes inglesas, lindas como inglesas; además vendrán por lo menos dos parisienses y dos americanas; se podrá bromear, cosa que á usted no le disgusta; conque no falte. Por otra parte, contaba con usted, y no me hubiera olvidado de mandarle un aviso mañana por la mañana.

A los postres, el pianista tomó parte en la conversación, sentándose al piano; fué aquella una ocasión para Marcial despedirse de la señora de Tramont, so pretexto de que no le gustaba la música.

—Lo que me haría adorar á la señorita de Armaillac,—dijo mirando al pianista,—es que nunca ha cantado una romanza y que jamás hizo daño á un piano.

## XVI

*Del peligro de escribir cartas*

El martes hubo, pues, una pequeña fiesta más ó menos bailable en casa de la señora de Tramont.

El primero que llegó fué el conde de Briançon. Y, sin embargo, se había detenido para repasar una carta que acababa de escribir á Juana y que debía tener alguna resonancia en el mundo.

El segundo en llegar fué el señor Delamare. Y, sin embargo, éste habíase detenido en un rodeo que hi-

ciera á fin de ofrecerse á la señora y señorita de Armaillac para acompañarlas. Juana había rehusado, juzgando que bastante habría de acompañar á su marido después del matrimonio. Aun cuando llegara solo, el señor Delamare, al entrar, miró al señor de Briançon y le hizo con la cabeza una pequeña señal de triunfo.

—¡Pobre hombre!—pensó Marcial.—Si supiera la historia de su mujer, ya sería un poco más humilde.

Mientras tanto, todo el mundo había llegado, excepción hecha de Juana y su madre. Por fin fueron anunciadas y aparecieron, la señora resplandeciente, como una madre que casa á su hija, mientras que la hija parecía avanzar en una nube melancólica. Saludó á derecha é izquierda sin ver á nadie, imaginándose que era saludada al pasar. Vió, no obstante, ó sintió mejor dicho, que Marcial estaba allí.

La señora de Tramont salió á su encuentro y dijo-le mil monadas.

—No hay fiesta sin usted, hermosa amiga; es usted el alma de un salón y la alegría de los ojos; si no llevara en los labios colorete, la abrazaría á usted y la besaría.

Marcial, que parecía extraño á cuanto pasaba en el salón, no perdía de vista á la señorita de Armaillac; encontrábala aún más bella en su palidez hija de una pasión traicionada; porque, por mucho que quisiera defenderse de ella, no podía rechazar la expresión de sus penas del corazón.

La velada empezaba á animarse. El pianista, que había vuelto, sentóse al piano para hacer ruido. Después de la primera pieza, la señora de Tramont rogó á una de las jóvenes inglesas que cantara.

Miss Jenny Ramson cantó una romanza francesa. Juzguen ustedes si aquello sería hermoso. Cuando acabó, Marcial aprovechó el ruido de los aplausos para saludar á la señorita de Armaillac.

Ésta inclinó fríamente la cabeza, cual si no le conociera sino de hacía mucho tiempo; él insistió y quiso hablarle, pero ella pareció no comprender. Marcial perdió el juicio; como se encontraba solo con ella, oculto por un grupo, quiso darle la carta de que hablamos; no había escrito sino para el caso en que no pudiese conversar con Juana. Y juzgaba por su frialdad que no le sería posible cambiar con ella una palabra en toda la velada. Tomó, pues, la carta enrollada en un guante y la puso en la mano de Juana... pero la joven, decidida á no volverle á ver, rehusó la carta.

Luego se levantó con su dignidad acostumbrada y huyó al salón vecino, para escapar á las obsesiones de Marcial: la carta cayó á sus pies sin que el señor de Briançon la viera caer, tan fijas estaban sus miradas en el rostro de la joven; hasta se imaginó que no iba al salón vecino sino para leer aquella carta ó á fin de obligarle á seguirla. He ahí por qué la siguió.

Apenas salieron ambos del salón, cuando una de las jóvenes americanas, que había visto el juego, recogió la carta y exclamó:

—¿Quién ha perdido un billete dulce?

Era una de aquellas jóvenes que gustan de hacer mucho ruido para nada. Alzó la mano con el papel.

—¿Qué billete dulce?—dijo otra.—Hay que leer eso.

—¡En voz alta, en voz alta!—gritó la tercera.

La cuarta pidió una voz baja.

Se encontró aquello divertido, y se hizo círculo en torno de la americana.

—Señoras y señoritas,—dijo ésta con aire misterioso,—la carta está cerrada; mas como no hay nombre en el sobre, el secreto nos pertenece á todas igualmente.

—Lea usted, lea usted,—dijo otra.

—Lea usted si quiere; yo me lavo las manos.

Y la americana pasó la carta á la que acababa de hablar.

Era precisamente la inglesa de la romanza

Había sido aplaudida como cantante; quiso hacerse aplaudir como lectora.

Así es, que no hizo remilgos para romper el sobre.

—Escuchen ustedes,—dijo.

Y leyó:

«Es esto un adiós, puesto que un adiós quiere usted. ¿Por qué no volvió usted cuando yo la esperaba con todas las alegrías y todas las ansiedades? ¡Ah! ¡No hubiera usted salido esta vez de esta alcoba, que siempre estará habitada por su recuerdo!...»

—¿Qué es eso?—dijo la señora de Tramont, que acababa de acercarse y nada de aquello comprendía.

Un malicioso dijo á la dueña de la casa que era prosa amorosa, á la que miss Ramson ponía música.

Reinó un profundo silencio: todos empezaban á comprender que la lectura de aquella carta no era tan alegre como se esperaba, puesto que descubría un secreto.

Pero miss Ramson no pensaba sino en el efecto que producía; y continuó, como si aquélla hubiera sido la lectura de un trozo de literatura:

«Me acusa usted, porque como usted no tomo el amor por lo trágico; pero en mi corazón destrozado siento bien que yo soy el que más ama de los dos; para usted aquello fué sólo curiosidad; vino usted á mi casa un día de ensueño novelesco, se marchó usted, porque para usted aquello había sido una distracción; ahora que sabe usted que la amo, ya no me quiere ver. Pues bien: yo no puedo resignarme á no volver á verla. Siento que mi alma ya no me pertenece; en vano reprendo á mi corazón: se rebela y la quiere á usted, porque usted es su vida.

»Por favor, vuelva usted, aunque no sea más que por una hora, por un instante: es menester que le diga aquellas dulces palabras que se dicen en un beso.»

—¡Basta!—exclamó la señora de Tramont, arrancando la carta de manos de la inglesa.—No quiero que se diga que estamos en una casa de locos. Esta carta es, sin duda, un juego.

Todos los semblantes, tan alegres al comenzar, se habían tornado serios; el señor Delamare estaba en primera fila.

—A menos,—añadió la señora de Tramont, tan imprudente como las más jóvenes,—á menos que alguna de estas señoritas reclame esa obra maestra de pasión.

Había visto que la carta no estaba firmada.

—A ver, señoritas, ¿de quién es la carta?... ¿para quién es la carta?

Todas se pusieron á gritar, diciendo que no recibían papeles semejantes.

Después del silencio se había hecho tanto ruido,

que todos los que estaban en el segundo salón acababan de entrar en el primero.

—¡Es una cosa inusitada!—dijo el señor Delamare á la señorita de Armaillac.—Parece que una de estas señoritas ha perdido una carta que le estaba dirigida; y esa carta encierra una acusación en regla contra su virtud.

—Sí,—dijo la señora de Tramont, volviéndose hacia Juana.—Y he hecho una necedad dejando leer esta carta; porque los repórters contarán mañana esta historia, un tanto escandalosa: hay aquí una joven que tiene un amante, que ha ido á su casa más de una vez.

Juana guardó silencio.

—A ver, hermosa amiga, usted que tiene unos ojos tan grandes, dígame cuál es, de estas señoritas, la que tiene un amante, para yo hacerla conducir á su mamá.

—Confieso á usted,—dijo Juana,—que no veo ni una sola á quien esa carta pueda acusar.

—Pues bien, querida amiga: lea usted misma ese billete.

Y la señora de Tramont presentó la carta de Marcial ante el rostro de Juana.

—He ahí el acta de acusación,—dijo á su prometida el sustituto del procurador de la república.

Juana, al ver la letra de su amante, no fué dueña de contenerse; cayó casi desmayada en brazos de la señora de Tramont.

Marcial entró en este instante en el salón.

—¿Qué ocurre aquí?—preguntó al ama de la casa.

—¿No sabe usted que se ha encontrado una carta que ha puesto á todo el mundo en conmoción? Tome usted, vea esa obra maestra.

Tuvo Marcial más presencia de ánimo que Juana; se echó á reír.

—¡Ah! ¡Qué linda historia!—exclamó.—¡Reconozco la letra!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO MARTEL"  
No. 1625 MONTERREY, MEXICO  
XVII  
*La víspera del matrimonio*

El semidesmayo de la señorita de Armaillac duró más que siete ú ocho segundos. Aunque la desesperación hubiera hecho presa en ella desde hacía algún tiempo, todavía encontró fuerzas para dominarse; aunque el amor le hubiese dado toda su locura, el sentimiento del deber para con su madre y para consigo misma volvióle á la razón. Al abrir los ojos, vió en primera fila á Marcial que, todo agitado, se guardaba la carta.

—¡Conque me ama!—se dijo.

Sus ojos se encontraron, ahogándose en el mismo rayo de amor. Juana llevóse la mano al corazón y se apartó agitando su abanico. Marcial iba á seguirla, cuando el señor Delamare se acercó á ella para hablarle.

—¿Sufre usted?—le preguntó el magistrado.

—No sé qué tengo,—respondió ella.—Vamos al jardín á respirar, porque aquí no hay aire.

Se cogió de su brazo. Más que nunca sintió que aquel hombre no era carne de su carne, porque con

sólo tocar la ropa de su prometido con su guante tuvo un movimiento de repulsión.

—Y sin embargo,—pensó,—es un hombre galante; tiene todas las virtudes que yo quisiera ver en Marcial; luego el amor ha de ser un crimen para ser amor.

En el jardín, el señor Delamare dirigió á Juana toda clase de juiciosas palabras, que la irritaban en vez de calmarla. Aun hay gentes que se imaginan que se triunfa de las mujeres con la dulzura. Mas, como decía Stendhal, para el corazón que sufre, una copa de coñac es preferible á una garrafa de agua de cebada.

—Veo bien,—dijo el señor Delamare á continuación de sus argumentos,—que no se divierte usted en la fiesta; son más de las once. ¿Quiere usted marcharse?

—Sí; adviértaselo usted á mi madre y acompañenos.

Cinco minutos después, la señorita de Armaillac, su prometido y su madre estaban en un carruaje especial que el señor Delamare había alquilado al efecto. Habló el magistrado mucho de los preparativos del matrimonio: todo se hallaba dispuesto, en la alcaldía como en la iglesia. Al día siguiente, jueves, se casarían civilmente; el viernes se comería en familia. No se casaban aquel día eclesiásticamente por superstición; pero el sábado recibirían la bendición en San Agustín.

Juana escuchaba la historia de aquellos preparativos sin creer por un solo instante que la casada sería ella; así es, que no hubo discusión sino entre su madre y su prometido; por su parte, encontraba que todo estaba bien.

Cuando el carruaje llegó delante de la puerta, el joven magistrado quiso coger á Juana en sus brazos para bajarla; pero la joven escapósele como un pájaro.

Él la cogió una mano.

—¡Oh, Juana!—díjola dulcemente, tomando aires de adoración.—¡No me pondrá usted siempre á la puerta!

Le besó la mano con ternura, estrechando al propio tiempo la de su madre.

—¡Hasta mañana y hasta siempre!—dijo.

—¡Hasta nunca!—pensó Juana.

Y le pareció que sí el señor Delamare iba al día siguiente para llevarla á la alcaldía, no encontraría una mujer, sino un cadáver.

En cuanto Juana se halló sola en su aposento, escribió al magistrado lo siguiente:

«Es usted un hombre demasiado galante para que yo no sea franca con usted. Creía que llegaría algún día á amarle; pero nos encontramos en visperas de casarnos, y sólo profunda estimación siento por usted. El amor no ha venido, y yo soy de aquellas que sueñan con el amor en el matrimonio.

»Dios me es testigo de que no es por falta de voluntad si no le amo. Por usted quise forzar mi corazón. He fracasado; es menester, pues, que renunciemos á casarnos: fuera esto la prisión de los dos.

»Soy demasiado leal para representar una comedia; busque usted una mujer que sea suya en cuerpo y alma. No habíamos enviado invitaciones más que á los íntimos; véalos usted mañana y dígales lo que quiera; dígales, por ejemplo, que estoy atacada de una enfermedad mortal. ¿Quién sabe? Las esquelas

de participación pueden muy bien tornarse esquelas de defunción.

»Adiós; ocurra lo que ocurra, no guarde de mí un mal recuerdo.

»Juana de Armaillac.»

Cuando acabó de escribir esta carta, Juana llamó á la doncella, que esperaba en su gabinete de tocador.

—Tome usted, Emma; mañana, á las siete, ha de hallarse esta carta en poder del señor Delamare. ¡Ni una palabra á mi mamá! No le diga usted tampoco que voy á salir, y tráigame pronto mi traje negro.

Y cuando el traje negro estuvo allí, la señorita de Armaillac, después de mirarlo, dijo:

—¿Y por qué no he de ir con mi traje de boda?

Y se vistió de blanco.

Una extraña expresión pasó por su rostro. Tomó un abrigo de pieles, se envolvió en él, se puso el capuchón, y salió sin volverse, pero lanzando un beso en una mirada hacia el aposento de su madre.

—¡Vaya, vaya!—murmuró la doncella.—La señorita vuelve á empezar.

Juana, que había salido, tornó á entrar en el aposento.

—Lo había olvidado,—dijo.

Y abrió su secreter para tomar tres ó cuatro perlas de un cajón con escondrijo.

—Esto es singular,—dijo la doncella, cuando Juana hubo partido.—Ganas tengo de poner al corriente á la señora.

Y, cambiando de idea,

—Pero más ganas tengo, á fe mía, de dormir.



## XVIII

*Y, sin embargo, era bella*

¿A dónde iba la señorita de Armaillac?

Lo han adivinado ustedes: la calle del Circo la atraía como el abismo.

Eran las doce y media de la noche cuando entró en casa de Marcial. El eterno negrito seguía en su puesto.

—¡Oh, señora!—dijo á Juana.—Creo que hace usted mal en venir esta noche, porque el señor conde ha mandado preparar cena. Miré usted, si no, el comedor.

Juana no quiso mirar; una vez más sintió un golpe en el corazón.

—¡Cómo!—se dijo.—¡Aun no ha acabado esto! Esa mujer me hará sufrir mil muertes.

Se figuraba que era una cena á solas. Si hubiera visto una mesa con seis cubiertos, habríase marchado. Pero la idea de que Margarita iría á pasar la noche con su amante no le impidió entrar en la alcoba.

—Será el ramillete de la fiesta,—pensó.

Viendo la palidez de Marcial, en casa de la señora de Tramont, habíase al pronto imaginado que decididamente había vencido á su indigna rival; que el señor de Briançon sacrificábale, al fin, aquella joven;

que le encontraría, si no dispuesto á casarse, al menos pronto á vivir con ella...

¿Y qué fué de su último sueño?

—¡Estoy maldita!—dijo.—¡No puedo hacer bien ni mal!

Sentóse á la mesa en que el joven conde escribía, tomó una pluma y la hizo correr como el fuego sobre el papel con las armas de su amante.

«Marcial,—escribió,—lo que está usted haciendo es indigno. Por vez postrera me arranca usted á mi resignación para arrojarne en la muerte y en el infierno. Su amor es, pues, una venganza. ¡Cómo! ¡Usted es quien me castiga por haber cometido el crimen de amarle! ¡Ah! ¡Es usted cruel! ¡Nunca, nunca una joven fué así herida por un arma envenenada! Marcial, ¿no ha sufrido usted nunca, ó venga usted en mí las heridas que las otras mujeres le hicieran? Me ha escogido usted para víctima, porque yo era la más blanca, la más pura, la más altiva. ¡Oh Marcial! Es éste el suplicio de los suplicios. Antiguamente se descuartizaba con cuatro caballos que tiraban en otras tantas direcciones: me parece que cuatro caballos se llevan mi corazón hecho pedazos. Y, sin embargo, su rostro de usted no parecía hoy el de un bárbaro. Pero aquello no era otra cosa que la máscara del sentimiento; era para mí engañarme cuando había jurado no creerle. ¡He ahí el refinamiento de la crueldad! ¿Qué quiere usted que sea de mí después de tantas miserias? He violado todos mis deberes de hija y de joven soltera, no soy más que una cristiana maldita, no tengo refugio sino en la muerte, y en la muerte sin perdón. ¡Oh Marcial, Marcial!

»¿Por qué no decírselo? Había roto el matrimonio; había venido á entregarme á usted por completo; pero noto al entrar que no se me espera.

»Nosotras no servimos sino para los entreactos.»

La señorita de Armaillac dejó aquí caer la pluma, preguntándose qué más iba á decir.

Al tomar en su casa las tres ó cuatro perlas, que habían llamado la atención de la doncella, no estaba decidida á morir en cuanto entrara en casa de Marcial, pero quería tener la muerte á mano.

En efecto, aquellas perlas, que eran perlas falsas, encerraban un veneno muy violento, el veneno de los indios, que fué el veneno de la Edad Media, y que en la actualidad se ha puesto al alcance de todo el mundo, á condición siempre de conocer á un químico. Juana, que toda su vida había sido novelesca, díjose cuando dejó de ser niña que nunca estorbaba un puñal y veneno. Metió las perlas en su portamonedas y, con amarga sonrisa, dijo:

—Se han puesto perlas en mi canastilla de boda.

Volvió á coger la pluma y acabó la carta.

«También tengo yo mi venganza. Cuando vuelva usted, Marcial, cuando regrese usted en compañía de esa mujer, le dirá usted que su sitio está ocupado.»

La señorita de Armaillac no firmó esta carta; tiró la pluma y se acercó á la chimenea. Al verse en el espejo, no pudo menos de dejar escapar este grito:

—¡Y, sin embargo, era bella!

## XIX

*El lecho nupcial*

El señor de Briançon había invitado á cenar á algunos amigos entre los cuales yo me contaba. La señorita Aumont quería cantarnos aires de ópera, á fin de darnos una alta idea de su voz y de su método.

Los dos amantes, que se habían encontrado en el café Riche, regresaron de él aquel día más enamorados que nunca, aun cuando el conde de Briançon guardara en su corazón la pálida imagen de la señorita de Armaillac.

Eran las doce de la noche. La cena estaba dispuesta para la una. Era una cena fría; así es, que los que habían de servirla aun no habían llegado.

El negrito encontrábase en la cocina con el cocinero.

Esta vez no se había dormido, porque presentía una tormenta entre las dos queridas de su amo.

Cuando oyó el llavín de Marcial en la cerradura, se presentó delante de la puerta para decir al conde que se encontraría con alguien; mas no se atrevió á hablar.

Margarita Aumont fué la primera en pasar, antes de que el señor de Briançon pudiera detenerla.

No sé si tendría hambre y si estaba dispuesta á

hacer honor á la cena; lo cierto es que al entrar entonó un aire de *Madama Angot*.

—Vamos, vamos,—dijo Marcial.—Diez veces te he multado ya hoy; te prohibo que sigas tocando el organillo.

Peró Margarita, que había comido alegremente, cantó más y más, y ya á grito pelado.

—Cuidado, querida, que vas á despertar al perro de mi vecina.

—¿Por qué tu vecina acuesta á su perro tan pronto? Peor para ella. Cuando estoy en mi casa, estoy en mi casa.

Diciendo esto, Margarita Aumont entró en el comedor.

—Me muero de sed,—dijo.

Y se precipitó hacia un cubo de agua, en que se bañaba, en hielo ya derretido, una botella de champagne.

Peró antes de beber entró en la alcoba, para dejar su abrigo y su sombrero sobre la cama.

Un espectáculo imprevisto hizole apartar de allí sus ojos.

Vió á la señorita de Armaillac tumbada en la cama, doblada la cabeza, colgantes los brazos y en traje blanco, todo lleno de sangre.

Pronto se halló Marcial en presencia de aquel espectáculo.

Y como no era un hombre flemático, creyó que se volvía loco y que era aquello una ilusión.

Se arrojó sobre la cama, apartando con violencia á su querida, que estaba delante de él.

—¿Qué viene á ser esto?—dijo Margarita, cuya embriaguez había disminuido.

Marcial estrechaba la mano de la señorita de Armaillac.

—¡Juana! ¡Juana!—gritó.—¿Qué ha hecho usted? ¡Y yo tengo la culpa! ¡Juana! ¡Juana! ¡Dígame usted que no está muerta!

Y besó en la frente á la joven.

Margarita Aumont se había acercado nuevamente.

—¡Pues buenos estamos! Se toma nuestra cama por un lecho nupcial ó por una piedra de la Morgue (1). ¿Por qué esta señora no se ha muerto en su casa?

Marcial se volvió, dió un golpe en el suelo con el pie y dijo á su querida:

—¡Calla!

El tono de su voz hizo palidecer á Margarita más aún que el horrible cuadro que acababa de mirar.

Sin embargo, atrevióse á añadir:

—Díla que te hable.

—Oye,—agregó Marcial, rechazando á Margarita lejos del lecho,—he cometido por ti todas las vilezas, pero ésta sería demasiado grande. Debes comprender que, muerta esta mujer, has de marcharte de aquí para siempre.

Margarita Aumont quiso defender su derecho de asilo.

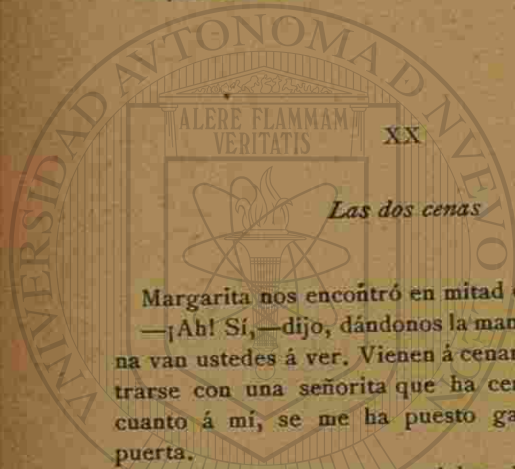
—¡Ni una palabra! ¡Ni una palabra!—prosiguió el señor de Briançon, empujándola fuera de la alcoba.—No tienes ni corazón ni alma, si no comprendes que ante esta desgracia espantosa debes marcharte de aquí. ¡Tú has matado á esa mujer!

Ante la sombría energía de su amante, Margarita

(1) Depósito de cadáveres de París.

Aumont se resignó á marcharse, murmurando al salir con dignidad:

—¡No volveré!



Margarita nos encontró en mitad de la escalera.

—¡Ab! Sí,—dijo, dándonos la mano,—bonita escena van ustedes á ver. Vienen á cenar, y van á encontrarse con una señorita que ha cenado veneno. En cuanto á mí, se me ha puesto galantemente á la puerta.

No comprendimos una palabra. Margarita bajó y nosotros subimos.

El señor de Briançon no había vuelto á cerrar la puerta; de manera que entramos en la casa y avanzamos hasta la alcoba.

¡Qué espectáculo! Marcial cubría de besos á la señorita de Armaillac, cuyo rostro se hallaba cubierto de mortal palidez. Cuando nos oyó el dueño de la casa adelantóse á nuestro encuentro. Su rostro expresaba todas las desolaciones.

—Es verdad,—dijo,—les había invitado á cenar. Pero acabaron para mí aquellas fiestas.

Nos arrastró hacia el salón, no queriendo que pudiésemos conocer á la que estaba tumbada en su lecho, envenenada y herida de arma blanca.

—Son ustedes,—nos dijo,—hombres de corazón. Por eso no creo preciso pedirles secreto.

Y para extraviarnos,

—Por otra parte, es una mujer desconocida en París. Se ha figurado que la amaba y ha venido á morir á mi casa.

Pero todos habíamos reconocido á Juana.

Conforme nos hablaba, Marcial nos condujo á la puerta. Esta vez, cuando nosotros hubimos salido, la cerró con llave.

Apenas estuvimos en la calle, uno de mis amigos se me acercó y me dijo:

—Ya estoy vengado. Con razón suponía yo que esta joven acabaría mal.

—¿Se halla usted seguro de que está muerta?

—¿No la ha visto usted? Tiene ya los colores de la tumba.

—He aquí una buena suerte trágica.

—Tienen la culpa de esto las pasiones. No es uno dueño de sí mismo.

—Menos de sí mismo que de los otros.

—Hay destinos. Mas no matemos nuestros nervios en las emociones. Esto no nos impedirá cenar.

—¿Y á dónde iremos á hacerlo?

En el momento en que yo formulaba esta pregunta, nuestros ojos se fijaron en una viva luz que se veía al través de las ventanas de enfrente.

—¡Buena historia y buena comedia!—dijo mi amigo, acentuando su eterna sonrisa.—Allí vive el prometido de la señorita de Armaillac, el señor Delamare, que en este instante entierra su vida de soltero.

—¡Cómo! ¡Tan cerca de esa joven que acaba de morir!

—¿No sabía usted que vivía enfrente del señor de Briançon?

—La casualidad hace bien las cosas.

—Ya saben ustedes que podemos ir á cenar á su casa. No sólo me ha invitado, sino que además tengo allí un amigo español que habrá ido al festín con su querida, la señorita Rosa la Rubia; porque hay mujeres.

Pour être magistrat, on n'en est pas moins homme (1).

—Si está usted seguro de que seremos bien recibidos, vamos allá.

—Veo que no le disgusta á usted ver este contraste. Vamos.

Se nos recibió cordialmente. Acabábase de tomar asiento en torno de la mesa. La alegría chisporroteaba ya en las copas y en los espíritus. El señor Delamare era el único que tenía las vagas inquietudes propias de su gravedad. Pero quería que todos se divirtiesen en aquella fiesta, que era su adiós á la juventud. No tenía la menor idea de lo que enfrente acababa de pasar. Creía que la señorita de Armaillac había profesado una simpatía algo viva al conde de Briançon, mas no dudaba que fuese la criatura más honesta del mundo. Juzgaba que con ella sería feliz. Estaba orgulloso de su bondad y de su nombre. Uno de sus amigos habíale dicho que la señorita de Armaillac, se había comprometido algo con Marcial. Hasta se había atrevido á darle á entender que tal vez había ella estado en casa del conde. Pero

(1) El ser magistrado, no impide que se sea hombre.

el señor Delamare habíale interrumpido diciéndole:

—Eso no es verdad, porque yo vivo enfrente y nada he visto.

La verdad es que la señorita de Armaillac no solía asomarse al balcón cuando iba á casa de Marcial.

Se divirtió mucho todo el mundo en casa del magistrado. Uno de los invitados brindó por la juventud, otro por el matrimonio.

—¿No bebe usted?—dije á mi vecino.

—Querido amigo,—me respondió éste,—es que viendo estas fiestas no creo en la juventud; es que nunca creí en el matrimonio.

## XXI

*El puñal*

Mientras tanto, Marcial había vuelto junto al lecho; contemplaba, lleno de desesperación y de vértigo, á aquella adorable Juana en su mortal palidez.

Vió entonces, bajo un pliegue del vestido de la señorita de Armaillac, un puñalito con el que ella había jugado varias veces en su casa; hasta le había dicho en su primera entrevista:

—Nunca me gustaron las alhajas; pero comprendería que las mujeres llevasen un puñalito en la cintura, si no en la liga.

Sin duda en el último instante se había decidido á morir de una puñalada, prefiriendo esto al veneno.

—¡Sangre!—exclamó Marcial.

No se atrevía á mirar la herida. Abría extraordinariamente los ojos, mas no veía.

—¡Juana! ¡Juana!—dijo, alzando la cabeza de la señorita de Armaillac.—¡Perdóneme usted su muerte!

Y miró sus bellos ojos abiertos que nada le decían. Cayó luego de rodillas y murmuró por segunda vez:

—¡Juana, Juana! ¡Perdóneme usted su muerte!

Después de una pausa, después de una suprema oración, oración de alma desolada, mucho más elocuente que la de los labios, se dirigió mil imprecaciones.

—¡Cómo! ¡Esta joven purísima, que no había conocido sino á Dios y á su madre, ha venido á mi casa, me ha dado su corazón y su alma, y yo he tomado su cuerpo como una bestia hambrienta, y he traicionado al corazón y he perdido el alma! Me traía todas las alegrías: yo le he dado todos los dolores. ¡Cuán bella era, cuán hermosa es aún!

Marcial, que había tenido en la mano el puñal ensangrentado, le volvió á tomar para clavárselo á su vez.

Era aquél el precio del perdón que pedía á Juana: si en vida no le había perdonado, perdonaríale difunto.

Antes de herirse, el joven fué al extremo de la chimenea á descolgar una pequeña miniatura que representaba á su madre. Posó en ella sus labios y murmuró:

—Tú también me perdonarás.

Su muerte era, en su mente, una buena acción; con su muerte, creía salvar el honor de la señorita de Ar-

maillac. Se la encontraría en su casa; pero ¿qué mal podía decirse después del suicidio de ambos? Iba ella á casarse con un hombre á quien no amaba, porque su amor era del conde de Briançon; y fué á casa de éste, y le abrió su corazón, para morir inmediatamente. Y él, no pudiendo decidirla á vivir en su compañía, quiso morir con ella. ¿Quién se atrevería á dudar de su virtud ante la muerte de ambos?

—Sí, es menester que yo muera,—dijose Marcial, apoyando con mano valiente la punta del puñal sobre su corazón.

Pero en aquel momento llamaron á la puerta.

Era el doctor Robin, no el médico de la muerte, sino el médico de la vida.

Dijo á Marcial:

—No salvará usted á esta joven, cuyo estado es grave, sino á fuerza de amor.

Fué necesario vivir.

El señor de Briançon en persona fué á decir á la señora de Armaillac:

—Toda esta noche he cuidado á su hija de usted, que está casi muerta; he rezado á Dios por ella, y Dios la salvará.

Tuvo todas las penas de este mundo para hacer comprender á una madre que su hija estaba en su cama, pero que continuaba digna de su nombre.

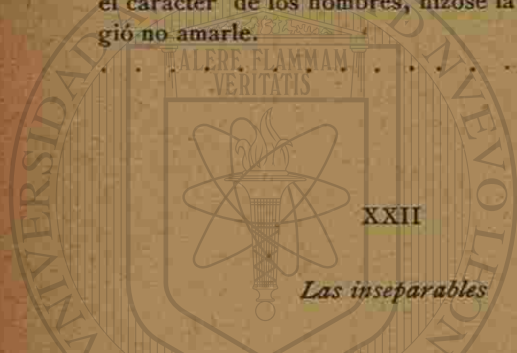
Fué menester que la madre, después de una crisis nerviosa, fuera á cuidar á Juana en casa de Marcial.

Naturalmente, el conde de Briançon prometió cuanto le pidieron, hasta casarse con ella en cuanto Juana pudiera ir á la iglesia.

La señorita de Armaillac sufrió mil muertes, aun cuando le consolara la dulce idea de que algún día

sería la señora de Briançon; pero todavía dudaba de la palabra de Marcial, porque sabía que estaba loco por su querida.

Cuando recobró la salud, sorprendió cartas de Marcial que la desesperaron. Así, conociendo bien el carácter de los hombres, hizose la altanera y fingió no amarle.



La señorita de Armaillac fué conducida una noche, por la duquesa de \*\*\*, á casa de la célebre duquesa del lunar, más conocida con el nombre de princesa que con el de duquesa; su marido, que era príncipe, habíase vuelto duque; pero ya la fama de su mujer había recorrido ambos mundos, hasta el extremo de que la duquesa continuaba siendo «la princesa del lunar» ó «la princesa Carlota».

Todo París ha visto á la duquesa en acción: cómo olvidó á su primer amante por el segundo; cómo por un refinamiento de voluptuosa crueldad, había abrazado á éste en el momento en que aquel se suicidaba. Un filósofo poco amante de las mujeres ha dicho que todas tenían en sus venas una gota de sangre de víbora, y que por eso se ha de temer todo de una mujer ociosa.

La princesa fué muy simpática á la señorita de Armaillac. Era en cierto modo su contraste. Ella, que tenía el carácter altanero y el espíritu imperioso; ella, que tenía la belleza escultural, severa, casi terrible, admiraba en la princesa todas las argucias de la mujer que oculta su juego. La que recibiera el nombre de «Angel de la tierra», no tenía más que una máscara; la princesa tenía mil, mientras que la señorita de Armaillac no tenía ninguna. La princesa se abandonaba á todas las descuidadas actitudes de las mujeres vaporosas y novelescas; tan pronto era caña inclinada como caña que levanta la cabeza.

En sus ojos profundos leíanse los libros más contrarios; poseía la ciencia de la sonrisa como la ciencia del abanico. Delante de ella hubiera cantado el rey Francisco I su canción:

Souvent femme varie;  
bien fol est qui s'y fie (1).

Semejante á un espejo que pasa por la calle, su alma no conservaba siempre las mismas imágenes. Estaba hambrienta de amor, pero despreciaba á los amantes. Los encontraba necios y fatuos, y se divertía, como en el teatro, con las serenatas con que la obsequiaban. Supo decir un día á su segundo amante: *Caballero, no le conosco á usted...* Y después de romper con él, habíase jurado no recomenzar lo que ella titulaba ridícula tarea. Tenía, como aquella otra

(1) Con frecuencia la mujer varía; — loco es quien en ella fía.

gran señora que todos conocemos, la altivez de la epidermis; no podía resignarse á ser de alguien, ni aun de su esposo, que se resignaba á hacer la dicha de la señorita Flor de Melocotonero.

Hablábase en el mundo de la princesa poco más ó menos como se hablaba de la señorita de Armaillac: se las creía un tanto extrañas; se las trataba de espíritus fuertes; se las tenía por grandes coquetas; pero no se llegaba á acusarlas de haber pasado el Rubicón del amor. En cuanto se vieron, fué aquélla verdadera pasión de la una por la otra; al cabo de quince días no sabían separarse. Sabido es que la señorita de Armaillac tenía también un lunar; se acabó por llamarlas en el mundo «los dos lunares». No dejó de decirse que estaban demasiado apasionadas la una por la otra, como se dijera diez años antes de la canonesa roja y la mesalina rubia.

Un moralista que se llama como yo ha dicho en alguna parte:

«No es el hombre quien pierde á la mujer; es la mujer misma.»

La señorita de Armaillac se había perdido ella sola; pero, al menos, el corazón había dominado á la cabeza. El amor, cuando es verdadero, está semiperdonado. Poco faltó para que la princesa arrastrara á Juana hacia el amor que no se perdona: el amor por dinero, ó, si lo prefieren ustedes, por perlas. ¡Cuántas virtudes no resistirían á un collar de perlas de diez mil luisés! Fué el caso que un día, la princesa, harta de oír á Juana lamentarse en las tristezas de su primer amor, púsola delante de un grande de España, que no encontraba en París muchas rebeldes.

Era el duque de Obáñez.

## XXIII

*Las dos venganzas*

La princesa dió un baile; Juana asistió á él con la señora de Tramont, porque su madre tenía una violenta jaqueca por haberse teñido los cabellos.

Aquella noche, Juana triunfó en toda línea.

La señora de Tramont, siempre aturdida y no menos distraída, se marchó á las doce y media de la noche, olvidándose de la joven.

Juana también se olvidó de la señora de Tramont, porque bromeaba con el duque de Obáñez, mirando al soslayo al conde de Briançon, que sufría mil muertes.

Era aquél el primer festín de su venganza.

¿Por qué hacia las tres la señorita de Armaillac se dejaba acompañar sin hacer remilgos por el duque? Tal vez fuera por divertirse á costa de él.

Quizá fuera también por desafiar á Marcial, que no la perdía de vista y que la vió partir al mismo tiempo que el grande de España, si no con el grande de España.

En el trayecto de la calle de Morny á la Avenida de la Emperatriz se representó una corta comedia.

El duque de Obáñez, para salvar las apariencias, había dicho que prestaba á la joven su carruaje para que la llevara á casa de su madre.



Y subió en un fiacre mientras Juana montaba en su coche. A todo señor, todo honor; el carruaje en que iba la joven pasó delante.

Y fué el caso que al fiacre seguía un tercer carruaje, que detrás llevaba otro.

En éste iba Marcial. Se habría ya previsto.

Pero ¿quién iba en el cuarto coche? Era una celosa. Era una mujer casada que había sido por un instante la querida del duque de Obáñez y que encontraba abominable que una mujer... no casada... se dejase hacer la corte por aquel bello don Juan.

Al llegar al Arco del Triunfo, el primer carruaje, cuyo cochero tenía ciertas órdenes, se detuvo. El duque bajó de su fiacre y subió al lado de la señorita de Armaillac.

—Estoy asustada,—dijole ella.—Nuestra marcha parece la de un convoy. Mire usted esos fiacres.

El duque ordenó al cochero que apretara el paso; los otros le imitaron.

Cuando este fúnebre cortejo llegó á la puerta del hotel, Marcial bajó casi al mismo tiempo que el duque de Obáñez. Estaba desesperado y furioso: quería arrojarle entre el duque y la señorita de Armaillac.

Feliz ó desgraciadamente, la mujer casada, no menos furiosa que el joven, llamó á Marcial.

—Caballero, ¿dónde estamos?—le preguntó para ocultar su juego.

—No lo sé.

La cólera y los celos de la dama concluyeron con los celos y la cólera del señor de Briançon. La encontraba muy linda á la luz de la luna, y, como el amor en él no ahogaba el libertinaje, propúsole gra-

vemente mostrarle su camino. Ella, que sabía cómo Marcial se portaba con las damas, no rechazó la ocasión de vengarse del duque.

Y, por otra parte, él no estaba seguro de que la joven que acompañaba al grande de España fuese la señorita de Armaillac, tanto menos cuanto que la dama furiosa y enclada había creído reconocer, en los últimos instantes, á una condesa amiga suya.

XXIV

*El museo de las tentaciones*

Mientras tanto, el duque de Obáñez, que no se apuraba aunque hubiese muchos coches cuando guiaba en los Campos Eliseos, se vió, al entrar en su casa, en un apuro por causa de las mujeres. Aquel grande de España, que había huído de su país un día de revolución, no tenía más ambición que ser buen capitán en las batallas de mujeres ó buen político en las aventuras galantes. ¿Quién no le conocía en París en el mundo de las fiestas y de los vestidos de cola? Tiene entrada en todas partes. Las señoritas, como las señoras, le aman por sus cabellos negros, por su barba heroica, por sus ojos de águila, por su buen humor diabólico, por su corazón de oro, y tal vez también por su dinero contante. Tiene tanto, que podría sufragar los gastos de los tres ó cuatro reyes que veranean en París. Adora á las mujeres rubias,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO HOTES"  
Año 1955 MONTERREY, MEXICO

mas no aborrece á las morenas, y menos aún á las de pelo castaño; con tal que una mujer sea mujer por la belleza, por el encanto ó por el talento, es amiga suya. Se expondrá á que lo maten por una palabra malsonante dichá contra una de ellas, porque la espada es en él tan valiente como el corazón. Tiene otra virtud: en él todo es misterio; no cuenta sus aventuras, ni permite que se calculen aproximadamente; es, en una palabra, un hombre galante de la cabeza á los pies. Habita, en la avenida de la Emperatriz, el hotelito del duque de Sarisis, que le ha alquilado la duquesa, desde que la pobre Violeta refugiárase en Borgoña. No tiene la pretensión de hacerse el don Juan como Octavio; no se cree tan virtuoso, pero sabe apañárselas; es algo distraído y olvidadizo; tiene tantos asuntos amorosos entre manos, que no sabe nunca hacia dónde volver la cabeza. He ahí por qué la noche del baile de la señora de Tramont se encontró en un apuro por causa de mujeres. Sin duda había probado á la señorita de Armaillac que el camino más corto para ir á casa de su madre estaba pasando por la avenida de la Emperatriz. Le sorprendía, por otra parte, que Juana se le resistiera tan poco: parecíale se le abandonaba como si el amor la impulsara hacia él. Y él se imaginaba que iba á caer en su mano como un melocotón maduro.

Pero estaban iguales de juego; la señorita de Armaillac no escuchaba á su corazón como la primera vez. ¿Quería vengarse de su primer amante haciéndose la querida del duque de Obáñez? No.

¿Quería vengarse del dinero por dinero? Había pasado mucho tiempo sin él; su radiante belleza pedía un marco de oro; Dios no le había dado derecho

á los diamantes y las perlas. Sentíase humillada yendo en fiacre como una burguesa, hasta le había ocurrido subir á un ómnibus como una planchadora. Con una mirada rápida y segura, comenzaba á juzgar al mundo por lo que vale. ¿Qué es la virtud? Una mujer que no sabe vestirse, una joven que renuncia á todo excepto al confesonario. El corazón había arrastrado á Juana tan lejos en el pecado, que la joven no podía ya estimarse á sí propia. ¿Qué le importaba la estima de los demás, si podía vivir como quisiera? Y, por otra parte, ¿no salvaría las apariencias por su nombre y su orgullo? ¿Quién se atrevería á acusarla en aquel bello mundo en que las tres cuartas partes de las mujeres no se atreven á tirar la primera piedra, en que los hombres no son encantadores sino con las pecadoras?

Mas, para llevar cierta vida, es necesario poder soportarla; he aquí por qué Juana se aventuraba aquella noche con el duque de Obáñez, no queriendo confesarse que estaba en venta, pero decidida á aceptar en el canastillo de aquel matrimonio á izquierdas un río de diamantes ó mejor un collar de perlas de cinco vueltas que el grande de España habíale ya prometido.

Era, según él decía, por amor al arte. ¿No se le ven las alhajas á la Virgen? No se consideraba nunca tan feliz como cuando colocaba bien sus diamantes y sus perlas. Embellecer á una mujer ya bella, ¿no es obra de artista? De manera que la señorita de Armaillac podía figurarse que el duque de Obáñez no se iba de ella sino el arte por el arte. Y ella, que se traía dado por nada, no quería darse por dinero. El siti grande de España no penetraba en el alma de

la señorita de Armaillac; era algo fatuo, pero se admiraba, no obstante, de vencer tan pronto á aquella linda desdenosa. No podía creer que la cuestión de dinero entrase por algo en la inclinación de Juana. En el fondo, era un filósofo práctico; tomaba á las mujeres como son, sin quererlas pasar por el laminador de Platón ó de La Rochefoucauld. Sabía perfectamente que el moralista que dijo:

*Todas las mujeres son iguales,*

no había conocido más que una mujer. Todas las mujeres son iguales para hacer traición, mas no para dejarse seducir.

Mientras tanto, el carruaje del duque había atravesado la verja y llegado al vestíbulo; un ayuda de cámara se acercó á la portezuela.

—El señor duque es esperado,—murmuró á media voz.

—¡Ah, diablo!—pensó el duque.—¡Ya no me acordaba!

—Señorita,—dijo á Juana, ofreciéndole la mano para bajar.—Parece que hay en mi casa un conciliábullo político. Pido á usted cinco minutos para poner de acuerdo á todo el mundo. Voy á conducir á usted al salón.

—Todo lo adivino,—dijo la señorita de Armaillac.—Me ha ofrecido usted una taza de te con el propósito de mostrarme sus riquezas; pero parece que sitio está ocupado; me voy.

Juana quiso subir de nuevo al carruaje; como duque la detuviera,

—No,—dijo ella, recobrando su aire imperioso ponga usted á la puerta á sus mujeres, ó me voy

El duque obedeció, diciéndose:

—Esas volverán.

Se imaginaba que pronto sería dueño del corazón de Juana, quien, según la princesa, sólo buscaba ocasión de vengarse; pero todo pasó en vagas conversaciones. Cuando el duque pronunciaba una palabra galante, la señorita de Armaillac adoptaba su aire altivo. No quiso él dejarla partir sin atravesar los salones y aposentos de su hotel.

Era aquello el Vaticano iluminado. El duque daba un poco en lo teatral; no estaba orgulloso de su fortuna, pero lo estaba de aquel pequeño palacio en que había amontonado por valor de tres ó cuatro millones de mármoles, de bronces y de muebles rarísimos.

—¿Por qué me hace usted ver todo esto?—le preguntó la señorita de Armaillac.—¿Es que trata usted de cogerme en sus dorados lazos? Piense usted que si vine aquí es porque no le tengo miedo.

—No es con ese fin, pero todas estas cosas se fastidiarían si no se las mirase. Cuando tengo la buena suerte de encontrar una mujer de gusto refinado, la paseo por aquí, si es hermosa, para ser agradable á mis antigüedades.

Juana admiraba á su paso, pero pasaba aprisa, diciendo:

—Ya sabe usted que le esperan esas señoras.

Iba á bajar la escalera, cuando el duque la detuvo con estas palabras:

—Hemos olvidado las alhajas.

Ante esta palabra, la mujer no es ya dueña de sí misma; he aquí por qué la señorita de Armaillac retrocedió, encaminándose hacia un pequeño gabinete situado junto á la alcoba del grande de España.

—Mire usted,—dijo el duque de Obáñez,—que bien he vestido este escondido gabinete.

La habitación estaba cubierta de damasco rojo púrpura que realzaba el brillo de las joyas, encerradas en tres armarios negros y de un severo dibujo. El cuarto armario albergaba las condecoraciones del duque: el Toisón de Oro y demás atributos de la vanidad.

La señorita de Armaillac se detuvo primeramente ante aquel armario.

—Confiese usted,—dijo al duque,—que son ustedes más mujeres que nosotras. Todas esas cruces no son sino un pretexto para vestir mejor.

—Por eso las llamamos *condecoraciones*. Está usted oficiando de espíritu fuerte; pero ¿qué escogería usted para ponérselo al cuello, si le diera á elegir entre una de esas cruces y una sarta de diamantes?

El duque arrastraba á Juana hacia el armario en que se hallaban éstos; mas ella se detuvo en el contiguo.

—¿Que qué escogería? Pues escogería ese collar de perlas de cinco vueltas.

—¿Le gustan á usted más las perlas que los diamantes?

—Mil veces más. Piense usted que las perlas, si se ha de dar crédito á la leyenda, cayeron vivas del seno de Venus. Son hijas del mar que no piden otra cosa que vivir en el cuello y en el brazo de las mujeres.

El duque abrió el armario de las perlas.

—Sí,—dijo tomando el collar,—estas hijas del mar serían muy felices, las golosas, si pudiesen vivir en su seno de usted. ¡Cuán bellas se tornarían, si usted las alimentase con su suavísima carne!

Diciendo estas palabras, el grande de España puso el collar de perlas á la señorita de Armaillac. No se habrá olvidado que la joven iba escotada, pues acababa de salir del baile de la duquesa de \*\*\*. El duque desabrochó su abrigo para que las perlas lucieran en toda libertad.

—Mire usted,—dijo.—Parece que son felices viéndose en tal festín.

—Cuidado,—replicó Juana, volviendo á abrocharse.—No estoy aquí en el baile; estoy en su casa de usted.

—Las mujeres son verdaderamente ilógicas; van al baile medio desnudas, mas no quieren mostrar lo más mínimo de su persona cuando están á solas con un hombre.

—¿Qué quiere usted? Las mujeres en el baile son como las estatuas en los jardines públicos.

La señorita de Armaillac se miraba por segunda vez al espejo, para ver si estaba linda con las perlas.

—Sí, sí,—dijo.—Me sientan bien. ¡Y cuán dulce es llevarlas!

—Es dulce y casto. Una mujer sin perlas está demasiado escotada.

—Tal vez no le falte á usted razón; por este motivo me llevo su collar para mañana.

—Sí,—dijo el duque con efusión,—háganos usted ese favor, á mí y á mis perlas; duerma usted con ellas esta noche: serán mucho más hermosas cuando me las devuelva usted.

El duque había cogido la mano de la señorita de Armaillac, inclinándose sobre sus cabellos.

—Un beso por cada perla,—dijo.

—¿Nada más? Pero considere usted que no podría-

mos llevar la cuenta. ¡Es usted muy goloso, querido duque! ¿Y si le cogiera á usted la palabra?

—Cójamela usted.

Y, sonriente,

—No la cogeré yo á usted del cuello para recobrar mis perlas.

—Tranquílcese usted: mañana me atreveré á volver aquí para traérselas; pero después de las doce de la noche, luego de haber maravillado á todo el mundo en la Ópera.

—No haga usted esa locura; las envidiosas se cebarían en usted.

—¡Nada de eso! Dirán que tengo perlas falsas. Y eso me divertirá.

El duque había abrazado á la señorita de Armaillac. Ella se indignó á medias y le dijo:

—Eso está muy mal hecho. ¡Qué! ¿No me conoce usted?

—Vamos, vamos, mi querida soberbia, que apenas he llegado á los cabellos. Creía que era cosa convenida, una perla por beso.

Juana se sonrió.

—Entonces, ya es mía una parte del collar.

—Ciertamente. Y sepa usted que mi mayor dolor consistiría en recuperarle; porque se lleva usted mi corazón y mi collar, y al devolverme el collar no me devolvería el corazón.

—Frases, frases,—dijo Juana, ganando la puerta.

El duque la acompañó hasta el coche; tomándole la mano delante del estribo, apoyó en ella sus labios.

—Cuidado,—díjole la joven,—que con ésta son dos perlas.

—Sí, sí,—replicó el duque, volviendo á subir las

escaleras del vestíbulo.—Pero la última es la que cuesta.

## XXV

*El collar de perlas*

Eran las cinco y media de la mañana cuando la señorita de Armaillac volvió á su casa. Su madre dormía sin inquietud; no dudaba que Juana estuviera en lo sucesivo en guardia contra los enamorados. Por otra parte, la señora de Tramont había dicho que Juana se quedaría en su casa si el cotillón se bailaba demasiado tarde.

Naturalmente, la señorita de Armaillac no despertó á su madre para decirle que eran las cinco y media.

A las seis, no estaba acostada todavía.

Era, sin duda, un espectáculo encantador verla semidesnuda delante de un armario de luna mirándose y admirándose con el collar puesto. Vestida ó por vestir, nunca se había encontrado tan hermosa. Las jóvenes de veinte años no están, en su mayoría, en la flor de su juventud; los brazos son demasiado flacos y las manos demasiado encarnadas; los hombros no están llenos de carne como algunos años después. Pero la señorita de Armaillac pertenecía al corto número de las jóvenes que han entrado en la exuberancia de su belleza.

mos llevar la cuenta. ¡Es usted muy goloso, querido duque! ¿Y si le cogiera á usted la palabra?

—Cójamela usted.

Y, sonriente,

—No la cogeré yo á usted del cuello para recobrar mis perlas.

—Tranquílcese usted: mañana me atreveré á volver aquí para traérselas; pero después de las doce de la noche, luego de haber maravillado á todo el mundo en la Ópera.

—No haga usted esa locura; las envidiosas se cebarían en usted.

—¡Nada de eso! Dirán que tengo perlas falsas. Y eso me divertirá.

El duque había abrazado á la señorita de Armaillac. Ella se indignó á medias y le dijo:

—Eso está muy mal hecho. ¡Qué! ¿No me conoce usted?

—Vamos, vamos, mi querida soberbia, que apenas he llegado á los cabellos. Creía que era cosa convenida, una perla por beso.

Juana se sonrió.

—Entonces, ya es mía una parte del collar.

—Ciertamente. Y sepa usted que mi mayor dolor consistiría en recuperarle; porque se lleva usted mi corazón y mi collar, y al devolverme el collar no me devolvería el corazón.

—Frasas, frases,—dijo Juana, ganando la puerta.

El duque la acompañó hasta el coche; tomándole la mano delante del estribo, apoyó en ella sus labios.

—Cuidado,—díjole la joven,—que con ésta son dos perlas.

—Sí, sí,—replicó el duque, volviendo á subir las

escaleras del vestíbulo.—Pero la última es la que cuesta.

## XXV

*El collar de perlas*

Eran las cinco y media de la mañana cuando la señorita de Armaillac volvió á su casa. Su madre dormía sin inquietud; no dudaba que Juana estuviera en lo sucesivo en guardia contra los enamorados. Por otra parte, la señora de Tramont había dicho que Juana se quedaría en su casa si el cotillón se bailaba demasiado tarde.

Naturalmente, la señorita de Armaillac no despertó á su madre para decirle que eran las cinco y media.

A las seis, no estaba acostada todavía.

Era, sin duda, un espectáculo encantador verla semidesnuda delante de un armario de luna mirándose y admirándose con el collar puesto. Vestida ó por vestir, nunca se había encontrado tan hermosa. Las jóvenes de veinte años no están, en su mayoría, en la flor de su juventud; los brazos son demasiado flacos y las manos demasiado encarnadas; los hombros no están llenos de carne como algunos años después. Pero la señorita de Armaillac pertenecía al corto número de las jóvenes que han entrado en la exuberancia de su belleza.

Así, desde el punto de vista del arte como desde el punto de vista del amor, debía ser un festín de los dioses ver á aquella hermosa joven de frente, de perfil y de espalda, como ella se miraba en los reflejos de la luna de su armario y la de la chimenea. Tenía movimientos adorables para cambiar el cuadro, tan pronto doblando la cabeza con aire provocativo como inclinándola con aire soñador. Tomaba todas las actitudes de la gracia púdica y la gracia desenvuelta. En su cuerpo no quedaba más que una camisa de batista, una nube transparente que pasara suavemente por el cielo. Y además, el nudo del cordón que retenía aquella prenda estaba tan flojo que uno de sus senos aparecía en toda su altivez radiosa, como el seno de Diana aparecióse á Endymion por encima de los ramajes que la ocultaban.

De vez en cuando, Juana daba unos pasos, arrastrando adorables y diminutas pantuflas, más pequeñas que sus pies, porque, como ya dije, el único defecto de aquella obra maestra que se llamaba la señorita de Armaillac, eran unos pies y unas manos que pasaban con algunos milímetros de la medida ordinaria. Pero ¡cómo el contorno, la figura, lo atrevido de la curva de la pierna y el elegante dibujo de sus brazos hacían desaparecer aquel defecto imperceptible! Mas no era ni en su belleza ni en sus atractivos donde se detenía la mirada de la señorita de Armaillac: las trescientas perlas del collar eran trescientos ojos que la fascinaban; los diamantes despiden reflejos y deslumbran, las perlas tienen la dulzura voluptuosa de los ojos azules; la mirada es menos viva, pero más dulce. No sólo la señorita de Armaillac estaba cogida por los ojos, sino que lo estaba igual-



mente por la garganta y por el cuello. El collar se le rodeaba y le oprimía.

Como tenía mucha imaginación, no dudó que la leyenda fuese verdad; las perlas viven, pero no viven más que en un seno joven y bello. Es menester que una sangre generosa cubra de azul aquellas venas de mármol sonrosado. Juana sintió que las perlas del duque de Obáñez eran ya felices en su cuello; las tomó dulcemente en su mano y las besó.

—¡Oh, mis queridas perlas, cuánto os amo y cuánto me amaréis!

Pero una nube cruzó la frente de la señorita de Armaillac.

—¡Por desgracia,—exclamó,—no son mías! Y me costarían tan caras, que nunca tendría valor para llevarlas.

Pero, después de un instante de reflexión, se preguntó si tendría valor para devolverlas.

Hay algo de fantástico en las joyas. Un filósofo ha hablado de la malicia de las cosas; el que hable del alma de éstas no será ni más ni menos filósofo. ¿No tiene un libro amado alma como una casa, como un retrato? Trátese de probar á una joven que los diamantes, los rubíes, las esmeraldas, los ópalos, las turquesas y los topacios no tienen un alma, como en otro tiempo su muñeca. Besan aquellas piedras preciosas como si estuvieran vivas; al regresar del baile, las acuestan dulcemente en su estuche, como en una cuna. Y á las perlas las tratan aún mejor; no las acuestan, se acuestan con ellas; es el suyo el mismo sueño, las mismas agitaciones, las mismas pesadillas, los mismos estremecimientos.

La señorita de Armaillac se acostó con sus perlas, me engaño, con las perlas del duque de Obáñez.



Durmió hasta las once y con todas las embriagueces del sueño.

Al despertarse besó las perlas.

—¡Por desgracia,—dijo,—esta noche ya no las tendré!

## XXVI

*El «espejo de las alondras»*

Aquel día, el duque de Obáñez escribió un lindo billete á la señorita de Armaillac, para decirle dulzuras y para llevar á cabo un acto de alta galantería, cerrando el sobre con una corona de diamantes.

Había siete de éstos, que le habían costado veinticinco mil francos.

La señorita de Armaillac encontró aquello del mejor gusto, pero quiso probarle que no le seducían tales extremos. Le respondió:

«Mi querido duque: Es usted de lo más galante; pero para probarle que prefiero los diamantes de su estilio á los de su estuche, he desmenuzado las siete piedras que echara usted en mi jardín y se las devuelvo en esta carta. No dirá usted que no tengo la tinta de la gran virtud.

»Hasta esta noche. Le estrecha la mano sin rencor  
»JUANAS»

En efecto, aquellas once líneas deslumbraban: la señorita de Armaillac había secado la tinta con el polvo de los diamantes.

El duque metió la carta en un estuche, después de escribir en él:

*«Veinticinco mil francos de polvo.»*

Pensó que Juana era una mujer digna de él.

—Hay ahí,—dijo,—un temperamento de reina... zurda. Pero si continúa de ese modo, todas mis alhajas desaparecerán antes que ella.

Se prometió no jugar de aquella manera con su «espejo de las alondras».

## XXVII

*Historia de una inocencia*

Por la noche, cuando la señorita de Armaillac fué á las once y media, según había prometido, á casa del duque, éste aún no había vuelto. Pero una doncella, misteriosa por su silencio de estatua, salió á abrir la portezuela de su coche para acompañarla al salón, á aquel pequeño salón que tan bien Juana conocía y que podía llamarse el salón de las mujeres, no sólo porque allí se respiraba un vago olor de polvo de arroz, sino también por haber un espejo especial, jardineras, ramilletes, la *Vida parisiense* y todos los periódicos femeninos. Juana se paseó, miró las flores y se miró.

De repente oyó abrir una puerta.

—¡Ah! el duque,—se dijo.—Hace bien en no retrasarse, porque ya me iba á marchar.

No era el duque, era una joven, que, pálida como el yeso, entró en el saloncillo, poniéndose á mirar á la señorita de Armaillac, con aire asustado.

Juana notó que la joven era muy linda; la naturaleza en el arte, diez y seis años escasos, cabellos negros y brillantes, ojos azules, perfil rafaelesco y una expresión de ingenua que no ha aprendido la inocencia en el Conservatorio; ni alta ni baja, vestida como una modista; lo que llevaba encima podía haber costado noventa francos; no muy malo el sombrero, no muy malo el calzado; el labio superior, ligeramente remangado, parecía una coquetería de la naturaleza, puesto que descubría admirables dientes bajo un principio de sonrisa.

Poco tiempo bastó á la señorita de Armaillac para adivinar lo que la joven iba á hacer á aquella hora en casa del duque de Obáñez. Cuando un rico extranjero está en París desde hace algún tiempo, y aun desde hace mucho tiempo, la gran ciudad se torna serrallo para él; se multiplica para despacharle sus más lindas sultanas, ó sus más bellas odaliscas; no tiene más trabajo que el de tirar el pañuelo.

—¡Pobre joven!—murmuró Juana.—Late su corazón como el de una cómica el día de su presentación.

Volvió á mirar á la recién llegada, como para interrogarla.

—Siéntese usted, señorita; el duque no tardará en venir. ¿Piensa usted encontrarle aquí?

—¡Sí, señora! mi tía me ha dicho que el duque me esperaría esta noche á las once.

Después de una pausa, Juana aventuró otra pregunta.

—¿No se habrá engañado su tía de usted? ¿No sería á las once de la mañana y no de la noche?

—¡Oh! no, señora; mas si la señora también es aguardada, me iré y volveré mañana.

—No, no se me espera; no detendré al duque sino cinco minutos, después de los cuales se hallará á disposición de usted. Pero es usted muy linda para permanecer á solas con él á las once de la noche. ¿No tiene usted miedo?

Juana se admiraba de atreverse á hacer aquellas preguntas.

La joven alzó los ojos hacia la señorita de Armaillac, como para preguntarle con qué derecho la interrogaba de aquel modo; pero se sometió á la voluntad de Juana y respondió dulcemente:

—No, no tengo miedo.

Y con voz ahogada,

—Pero no vengo por divertirme.

—Eso se ve en seguida, señorita. ¿Hace mucho tiempo que conoce usted al duque?

—No le conozco; parece que él me ha visto en casa de una señora amiga suya á quien un día fui á llevar un sombrero.

—¿Quiere, según eso, que le haga usted los suyos?

La joven se ruborizó.

—No es mi intención ofender á usted, señorita.

—Y hace usted bien, señora, porque no soy lo que usted cree; así es que no hay que quererme mal, porque vengo aquí bien á pesar mío.

—¡Yo querer mal á usted! La encuentro encantadora y siento por usted viva simpatía.

La modista pareció dar las gracias á Juana con una dulce mirada.

—Mire usted, señora: la pobreza es una mala es-

cuela. No hablo por mí, porque yo no necesito todos los bienes del mundo para vivir. A Dios gracias, gano lo que me como; mi ama me da treinta francos mensuales. Con esto como mal y vivo en mala habitación; pero es igual: otras hay que no poseen tanto y no piden limosna.

—El duque tiene buen corazón.

—Eso me han dicho; por eso vine.

—¿Y ha venido usted sola?

—Con mi tía, que me espera en un fiacre.

—¿Qué es su tía de usted?

—Es la hermana de mi madre.

—Lo creo.

—No es eso lo que quiero decir. Como cuando llegué á París fui á parar á casa de mi tía, mi madre nos ha escrito que estaba en un grande apuro; sus muebles han sido vendidos, y se le amenaza con venderle su casita, por haber firmado por mi hermano, que es un mala cabeza.

—¡Ah, sí! Comprendo. Y el duque ha de salvar la casa de su madre de usted.

Sin querer, indudablemente, la modista hizo un juego de palabras.

—Sí, la casa se salvará, pero yo me perderé.

—¡Ah! ¡Si yo fuera rica!—pensó Juana.

Preguntó á la joven cuánto necesitaba para pagar las deudas de su hermano.

—Mi madre estaba loca, señora. Imagínese usted que ha firmado por once mil francos en billetes.

—¿Y espera usted del duque once mil francos?

—Once mil no, pero sí diez mil.

Y la modista añadió á media voz:

—He ahí un dinero que me costará caro.

La señorita de Armaillac la oyó.

—¿Quién sabe,—pensó,—si esta pobre joven, que viene aquí á sacrificarse, no ha tenido ya amantes?

Se acercó á ella y hablóle de su arte de hacer sombreros. Le prometió ser su parroquiana. Le dijo que era necesario que el duque la diese veinte mil francos, diez mil para su madre y diez mil para ella establecerse de modista.

—Sí,—dijo la joven,—aun cuando el oficio no sea tan bueno como parece. Mire usted, señora: en los sombreros, como en los vestidos, no hay más que tres ó cuatro casas que hagan negocio; tres ó cuatro casas que venden al día cientos y miles.

En aquel momento, el duque se anunció por el rodar de su carruaje en el patio del hotel.

—¡Oh, Dios mío! ¡Segura estoy de que es el duque!—exclamó la modistilla.

Su corazón latía con más fuerza, su rostro estaba más pálido. Muchas otras, en su lugar, hubiéranse alegrado de ir á probar fortuna en aquel hotel maravilloso, con un grande de España acostumbrado á todas las prodigalidades. Pero Juana veía bien que aquella joven alma no se dejaba seducir por el lujo ni por la curiosidad; no era todavía una hija de Eva, aun no había salido del círculo de la vida familiar para aventurarse en el primer círculo de la vida amorosa.

## XXVIII

*La señorita Aubepine*

Juana avanzó al encuentro del duque.

—Querido amigo,—le dijo,—no se puede venir á su casa de usted sin encontrar en ella mujeres. Hay ahí, en el saloncillo, una joven muy linda que le espera.

—¡Ah! sí, una modistilla,—dijo el duque, que no la había olvidado por completo.—Es una modistilla á quien llaman Aubepine, porque es blanca y primavera.

—No vaya usted tan aprisa; tengo un favor que pedirle.

—Concedido,—dijo el duque en un instante de aturdimiento.

—¿Me jura usted que hará lo que le pida?

—Sí, sí no me pide que la ponga á usted á la puerta.

—Pues bien, querido duque: le cojo á usted la palabra; á quien va usted á poner á la puerta es á Aubepine.

El duque pareció reflexionar.

—Eso no es jugar, amiga mía; á menos, sin embargo, que ocupe usted su puesto.

—¡Oh, no! Me ha prometido usted no hablarme nunca de amor.

—Entonces, ¿á qué despoblar mi hotel? Ya le he dicho á usted que tengo miedo de noche á los fantasmas cuando estoy solo.

—Pues bien, ¡por mi alma y por la de usted, le juro que no tocará usted á esa joven!

—¿Qué le importa á usted eso?

—¡Oh! Dios mío, no soy celosa, y no pienso en mí en este asunto; atiéndame usted, señor duque: usted es un hombre galante; se le entrega á usted esa joven porque le da usted diez mil francos...

—Parece que está usted bien informada.

—Lo sé todo; esa joven se sacrifica por su madre; dele usted los diez mil francos y no la toque. Experimentará usted, si lo hace, más placer.

El duque tomó la mano de la señorita de Armaillac.

—Habla usted como Octavio de Parisís: «Se ha de pagar á las mujeres por sus virtudes, no por sus vicios».

—Esa es su opinión de usted como es la mía.

—Por la mañana, pero por la noche no tengo opinión, sino que todas las mujeres son buenas para el caso. Además, es necesario que viva todo el mundo, hasta las cortesanas. Pregunte usted á los hombres políticos.

—Pregunte usted á don Juan.

—En fin,—dijo,—no tengo más que una palabra. Dé usted libertad á ese pájaro azul.

Estaban todavía en la antesala. El duque arrancó una hoja de papel del librito en que se inscribían sus amigos, tomó una pluma y firmó un bono de diez mil francos contra la casa Rothschild.

—Tome usted,—añadió, dando la preciosa hoja de papel á Juana.—Cumplido está el sacrificio.

La señorita de Armaillac se arrojó á su cuello y le abrazó.

—Tres perlas,—dijo el duque.

—En seguida hablaremos del collar. Lo que acaba usted de hacer es digno de un buen hombre.

—Sí,—dijo él,—porque esa muchacha es una obra maestra de belleza. Pero tranquilícese usted, soy más virtuoso que usted piensa. Me gusta perseguir. Nunca tomo mujeres que se dan. Lo que me gusta es lo imprevisto y lo imposible: no hubiera tocado á esa joven.

—Le permito á usted que la abrace cuando pase por aquí.

—No, abrácela usted en mi nombre; yo no corro nunca detrás de mi dinero.

XXIX

*Un himno á la virtud*

¡Juana resplandecía! Corrió al saloncito y abrazó á la modistilla antes de hablarla.

—Querida niña,—le dijo,—he salvado su alma de usted; pero júreme que me visitará siempre que corra peligro.

La muchacha no comprendía y no contestaba. La señorita de Armaillac le dió el bono de diez mil francos.

—Ahí tiene usted los diez mil francos del duque;

desconfíe de su tía y lléveselos usted misma á su madre.

La joven abrazó á Juana con vivísima efusión.

—¡Oh, señora, cuánto la amo á usted! ¡Y yo que le tenía miedo!

—Váyase usted, hija mía, y Dios la guarde. Visíteme con frecuencia.

La señorita de Armaillac acompañó á la modistilla hasta el vestibulo, diciéndole dónde vivía.

El duque saludó á la virtud que pasaba por delante de él.

Y cuando la puerta se hubo cerrado tras de la muchacha,

—¡Es sorprendente!—dijo.—Estoy tan contento como el día que no voy al teatro después de alquilar un palco.

—Mire usted, mi querido duque, el deber es un sacrificio, pero el sacrificio es una alegría del alma, porque es un paso hacia el cielo.

—Confieso á usted que no me inquieta mucho ese país. No fué por mí, sino por la chiquilla, sino por usted, por quien puse freno á mi pasión.

—Es usted un estoico. Hace usted el bien por hacerle.

—Soy un filósofo de Sibaris. Creo que la naturaleza me ha convidado á todas las fiestas...

—Querido amigo, si usted hubiera visto la palidez y la emoción de la pobre niña, no hubiera negado la fuerza de la virtud.

—Pero la virtud está en mi presencia. ¿Quién tiene más derecho que usted, Juana, á llamarse la virtud?

La señorita de Armaillac se volvió para ocultar una lágrima.

—La virtud que he salvado,—pensó amargamente, —no es la mía.

Se pasearon un poco, hablaron luego.

—¿Por qué esa inquietud en su frente?—preguntó de pronto el duque.—¿No es usted aquí sagrada é inviolable, mi querida Juana?

—Sí,—dijo ella, esbozando una sonrisa;—inviolable y sagrada.

Aventuróse el duque á probarle que no creía mucho en aquellos dos adjetivos; pero como, la víspera, Juana fuese inatacable, no porque quisiera hacerse pasar por estatua de Diana ó de Juno, sino por el arte con que supo atemperar los deseos del duque con una palabra glacial ó con una carcajada, dábales algún crédito. Así es que sentía que cuanto más avanzaba hacia ella más desesperaba de alcanzarla, lo cual le irritaba mucho, pues adivinaba su aventura con el señor de Briançon. Naturalmente, su gusto era demasiado refinado para hablarle de esto último ni aun lo más indirectamente; por otra parte, conocía demasiado á las mujeres para no saber que la que se ha dado una vez no se consigue por esto más fácilmente.

Si hubiera cometido la necedad de recordar á Juana su primer pecado, su causa hubiese estado perdida para siempre. Y él amaba á la señorita de Armaillac.

No la amaba con toda la pasión triste de Marcial, que desde hacía algún tiempo amaba á Juana á causa de Juana, pero también á causa de Margarita Aumont. La viva se había adornado para él con todas las poesías de la muerta. Había amado á las dos mujeres, y aquellos dos amores habíanse unido, forma-

ban uno. Dios sabe si el corazón le latía al oír el nombre de Juana. Todo el pasado estaba allí para él, que no veía otro porvenir.

El duque de Obáñez se había imaginado que aquella noche triunfaría de la señorita de Armaillac; mas en vano sitió aquel extraño corazón, con todos los ataques conocidos y desconocidos, desdeñoso y suplicante, burlón y desesperado, cambiando de táctica á cada momento, siempre imprevisto y siempre irresistible: ella le resistía.

La razón triunfó también aquella vez. Y Juana se marchó como había ido.

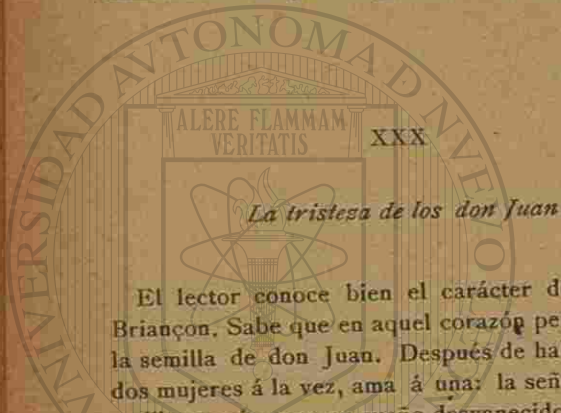
La señorita de Armaillac había depositado el collar de perlas en uno de los vasos de pórvido de la chimenea, con la lealtad de la mujer que no quiere venderse, porque no quiere darse; pero al siguiente día por la mañana, el grande de España le devolvió las perlas en una cajita japonesa que encerraba además esta carta:

«Señorita, esas perlas se fastidian en mi casa hasta morir; no tenga usted la crueldad de rechazarlas, de arrebatarlas de su cuello, donde tan bien están. Beso sus uñas sonrosadas.»

Juana hubiese tenido valor para devolver la caja si no la hubiera abierto; pero en cuanto volvió á ver sus queridas perlas, las besó y se las volvió á poner.

Su madre, que entró en la alcoba en aquel momento, le dijo entonces que hacía mal en adornarse con «perlas falsas»; pero se confesó á sí misma que su hija estaba bella con aquel collar. Era una mujer llena de ilusiones. Había vuelto á dar su confianza á Juana y no tenía inquietud alguna, aun cuando Juana saliera todas las noches.

—¡Pobre madre mía!—pensaba Juana.—Cometería la locura de entregarme otra vez, pero no me siento con valor para engañarla nuevamente.



*La tristeza de los don Juan*

El lector conoce bien el carácter del conde de Briançon. Sabe que en aquel corazón pervertido hay la semilla de don Juan. Después de haber amado á dos mujeres á la vez, ama á una: la señorita de Armaillac es siempre su sueño desvanecido. Ha mantenido la mano encima de su ideal, ha estrechado su dicha entre sus brazos. Pero esto no es más que la niebla de Ixio; su corazón sufre por haber perdido á un tiempo dos mujeres adorables: Margarita Aumont ha muerto para él; Juana de Armaillac vive; pero ¿qué hace de su corazón? Un velo de melancolía cubre de sombra aquel rostro tan alegre. Aquel hombre que reía sin cesar, sonríe todavía con la sonrisa del escéptico; mas ¡qué amarga expresión de tristeza en el extremo de sus labios!

Un alma más viril buscaría ásperos consuelos, un hombre tres veces hombre se reanimaría en el trabajo y el deber. Pero él es más bien un hombre tres veces mujer. Se ha afeminado corriendo en busca de aventuras, jamás se detendrá. Será necesario que la mujer le consuele de la mujer. Pero ¿dónde encontrar

la mujer que consuela, cuando se ha perdido la mujer que encanta? Marcial nos decía un día, en la Ópera, que pasaba el tiempo buscando en vano. En el mundo, nada había encontrado que le recordara, ni aun remotamente, á la señorita de Armaillac; en el «demi-monde», era todavía más difícil encontrar una Margarita Aumont. Ésta, como decía él mismo, había esparcido en su vida un dulce perfume de violeta y lilas, las verdaderas flores de la juventud. En vano había buscado entre todas las amigas de su querida una mujer que tuviera algo de su encanto; no había encontrado más que criaturas ocupadas de sí mismas, hablando del amor como quien no conoce otra cosa que el oro. Recordaba que la pobre Margarita había hecho prodigios á fin de que entre ellos no se hablase nunca de dinero.

Mientras tanto, como no era él un hombre que llorase en las soledades por las mujeres que no tenía, cierta mañana, conforme se dirigía al Bosque, detuvo su caballo al ver que por la avenida de los Campos Elíseos atravesaba una muchacha que era un milagro de belleza en la frescura de sus diez y ocho años.

Viendo que el caballo se detenía, la joven alzó los ojos, luego siguió su camino, después de semiesbozar una sonrisa.

Y él, en lugar de ir al Bosque, volvió bridas, de modo que el caballo y la joven bajaron los Campos Elíseos al mismo paso.

Cien veces, en sus paseos de por la mañana, la linda joven había sido seguida por hombres de todas las edades y de todas las naciones, sin dignarse, por otra parte, contestar á sus provocaciones, sin escu-

char, como ella decía, ni con los ojos ni con los oídos.

Pero, si había desdenado á los hombres de á pie, la halagó que le siguiera un hombre á caballo.

Cuando llegaron á la plazuela, la joven pudo perderse bajo los árboles, plantando allí al conde de Briançon; pero le pareció que no debía desanimar á aquel paseante matinal.

Siguieron andando al mismo paso, ella por la acera, el caballo por la arena, cubriendo el ruido del casco el chirriar de la botina.

Marcial, que había empezado por idólatras ojeadas, buscaba en vano frases elocuentemente concisas, para bien demostrar su admiración, ¡qué digo!, su adoración, porque se había prendado súbitamente.

—En verdad,—se decía,—se parece á la vez á Juana y á Margarita.

Era esto una ilusión; pero el alma vive de ilusiones.

Frente el teatro Folies-Marigny, aventuró una palabra.

—Señorita, ¿cómo se atreve usted á salir sola?... ¿cómo no ha sido usted víctima de un rapto?

La joven pareció no oír y sobre todo no comprender.

Pero Marcial no era hombre que abandonase el juego sin haber perdido ó ganado.

—Señorita, ¿por qué se levanta usted tan temprano?

La joven, que no quería responder, dejó escapar estas palabras:

—¡Tan temprano! Aun llegaré tarde.

—¿Quiere usted subir á la grupa, señorita?

Ella sonrió.

—No sería la primera vez; pero ¡qué figura tan rara haría usted si le cogiese la palabra!

—Tal vez,—dijo el conde riendo.—Pero, ¿por qué llegará usted tarde, señorita? ¿Le espera á usted su novio?

—¡Mi novio! A Dios gracias, no sé qué es eso.

—Entonces ¿por qué no permanece usted aquí? Estos Campos Eliseos, en una mañana del mes de mayo, son el paraíso; París es el infierno. ¿A dónde va usted?

—Voy á casa de la señora Ode, que me espera para ir á llevar un sombrero.

—¿Y todo eso á pie?

—¡Diantre! ¿Cree usted que las modistas van á caballo?

Él y ella echáronse á reír.

—Se ha reído; está desarmada,—pensó Marcial.

Y, echando pie á tierra,

—Señorita, es usted encantadora,—dijo á la muchacha.

Ésta, seguía andando; pero él la detuvo.

—No está bien hecho lo que hace usted. ¿No somos compañeros de viaje?

La joven se detuvo para charlar un poco. Encontraba el caballo hermosísimo, aun no había mirado de frente á Marcial. No hizo remilgos para decirle que vivía en la calle de Galileo. Iba todas las mañanas á pie hasta la calle de Rivoli, para regresar todas las noches en ómnibus. Si llevaba sombreros á domicilio, era porque tenía más gusto que las otras para probárselos á las parroquianas de la señora Ode.

Díjole Marcial que si quería ir á la calle del Circo, número..., le encargaría algún sombrero; mas la mu-



chacha no quiso creer en aquella «cliente». Notó el conde que era menester no precipitarse. No quería, por otra parte, ser cogido en flagrante delito, porque había muchos paseantes en la avenida. Se le podía señalar en el mundo como perseguidor de mujeres... á caballo.

—Hasta mañana,—dijo, volviendo á montar.

Sin trabajo adivinarán nuestros lectores que al día siguiente, de madrugada, se encontraba en la esquina de la calle de Galileo y los Campos Elíseos.

La joven se presentó á eso de las ocho menos cuarto, es decir, con quince minutos de retraso, lo que á él le pareció mala señal.

A los dos les latía el corazón. La joven había soñado con él y con su caballo; él había soñado que se la llevaba á la grupa á través de todos los peligros, la madre llorando con los brazos elevados hacia el cielo, la hermana gritando porque no se la llevaba también á ella.

Marcial notó que la joven iba mejor arreglada que la vispera.

—¡Mía es!—dijo.—Quiere ser más bella; está perdida.

Quiso hablarla; pero ella le dijo, pasando delante:

—Cuidado; por aquí se me conoce.

Hasta llegar á la calle de Alba no consintió en ir á su lado.

Mucho tiempo hacía que el conde de Briançon no era tan feliz. Sentíase dos veces en el pasado; el mes de mayo sonriente y los diez y ocho años de la joven, que eran otro mes de mayo.

Marcial tenía demasiado talento para permitir que la conversación decayera. Divertía á la linda madru-

gadora con palabras imprevistas, tan pronto apasionadas como burlonas.

La joven se preguntaba si había de tomar aquello en serio; tenía miedo de ser demasiado amada ó de no serlo bastante. Los extremos inquietan á los jóvenes corazones. No se llega á las grandes pasiones sin haber pasado por las pasiones concentradas.

Marcial no podía creer que la modista fuese digna de la corona de pureza. Y lo era, no obstante, y tanto más cuanto que había resistido á las más galantes proposiciones con todo el egoísmo de la virtud.

Quando llegaron á la plazoleta, Marcial quiso convencer á la joven de que se moría de hambre, para arrastrarla al Pequeño Molino Rojo, donde ambos se desayunarian rústicamente.

—La verdad es que si que tengo hambre,—dijo ella sencillamente.—Imagínese usted que me he levantado á las cinco de la mañana para lavar mi traje de los domingos.

—Decidamente, es usted un ángel.

—¡Oh, no tanto!

—Sí, un ángel, no retiro una letra.

La modista se dejó llevar al Pequeño Molino Rojo. No estaba en el desayuno y no vi la lista de éste. Y, por otra parte, ¿se había puesto en la carta todo lo que se devoró?

## XXXI

*El espectáculo del escenario y el del proscenio*

Lo que está fuera de duda es que tres días después se esparció por París—quiero decir por el Todo París—la noticia de que el señor conde de Briançon tenía una nueva querida que había sacado no se sabe de dónde. Era la juventud, la belleza, el talento, el encanto, la distinción, la gracia, la dulzura, todas las virtudes de la mujer perfecta... imperfecta.

Así es, que el domingo, en las carreras, la modista fué devorada con los ojos, en una linda victoria arrastrada por los dos caballos negros de Marcial.

El ruido fué tan grande en el «demi-monde», que llegó á oídos de la señorita de Armaillac. Ésta supo que el conde de Briançon se mostraba en todas partes con una nueva querida, más bella, se decía, que Margarita Aumont.

Aquel rumor, que llegó á oídos de Juana, ¿fué derecho á su corazón?

Una noche, en un extremo del Vaudeville, estando con la princesa Carlota en un palco proscenio de la derecha, vió aparecer en el de enfrente una figura conocida, pero tan metamorfoseada que no podía reconocerla.

—¡Qué linda es,—dijole la duquesa,—aquella joven que acaba de entrar en aquel entresuelo!

Comenzó la función; mas para la señorita de Armaillac ésta se encontraba en el proscenio.

La joven aquella no había entrado sola. Un hombre la había seguido; pero se ocultaba tan bien en el fondo del palco que era imposible ver su rostro.

Cuando devolvió sus lentes á su amiga, Juana se estremeció; un vago recuerdo conmovió su corazón.

Poco á poco, cual si aquel hombre hubiérase animado, salió más á la luz, de tal modo, que Juana exclamó de repente:

—¡El señor de Briançon!

Él era, en efecto; pero al reconocer á Juana volvió á internarse en la sombra, como si no quisiese que se le viera.

—Mire usted bien,—dijo Juana á la princesa.—¿No es aquél el señor de Briançon?

—Sí,—dijo la princesa,—pero no quería decírselo á usted. ¿Acaso es aquélla su querida?

—Supongo que no será su hermana,—respondió la señorita de Armaillac.

—Pues,—añadió la princesa,—no debe censurarsele, porque es lindísima. La belleza es siempre una excusa.

Juana dirigió el lente hacia la mujer que estaba con Marcial.

—Lo más extraño,—dijo,—es que decididamente no me es desconocida esa joven.

Buscaba, buscaba...

Mientras tanto, la que estaba con Marcial se aclimatava con mucho abandono en el palco.

Las mujeres nunca se admiran de la fortuna ni de la buena fortuna. Parece que con la leche maman las costumbres del lujo. El hombre, por el contrario,

parece haber olvidado que fué blandamente mecido en el seno de su madre ó de su nodriza. En algunos días, la querida de Marcial habíase ido metamorfoseando sin que la cosa le sorprendiese. Era para ella lo más natural del mundo vestir su belleza con lindos trajes, ir al Bosque en una victoria arrastrada por hermosos caballos, estar en un estreno en un proscenio, con flores y bombones, en compañía de uno de los hombres más á la moda.

Así es, que había que ver qué buena figura hacía en el palco.

Y buena figura había de hacer siempre en la vida extramundana, fuese cual fuera el proscenio.

Había encontrado la horma de su zapato, cosa que no sucede nunca á las mujeres.

—¡Oh, Dios mío!—dijo de pronto la señorita de Armaillac, asiendo del brazo á la princesa.

—¿Qué tiene usted?—preguntó la bella Carlota, interesada en el espectáculo del escenario y no en el del proscenio.

—¡Que qué tengol Figúrese usted, querida, que aquella mujer que ve usted allí, aquella mujer que es la querida de Marcial...

—¿Qué?

—Pues bien: aquella mujer es la señorita Aubepine, una muchacha á quien yo salvé de los brazos del duque de Obáñez.

—¿Qué de más natural?—dijo la duquesa.—Menester era que la virtud fuese recompensada y que su buena acción de usted se tuviera en cuenta.

Y la princesa siguió mirando el espectáculo del escenario.

Juana, que sólo veía el proscenio, le contaba cómo



la jovencuela había hecho traición á todas sus creencias en la virtud, cómo obtuviera del duque de Obáñez diez mil francos, para aquella chiquilla que había dado las gracias con lágrimas de alegría.

—¿Creería usted, querida amiga, que esa muchacha me había jurado que recurriría á mí siempre que su virtud corriera algún riesgo, porque yo quería darme el lujo de salvar á una mujer? Pues bien: ahí la tiene usted en brazos de...

Poco faltó para que la señorita de Armaillac añadiese: «de mi amante».

—Y ¿qué le importa á usted eso?—dijo la princesa, ya impaciente.

Juana bajó la cabeza.

—Es verdad,—murmuró ocultando su corazón.

XXXII

*Juana y Aubepine*

Aubepine era una muchacha novelesca. Su viaje nocturno al palacio del duque había sido un suplicio para ella; si hubiera encontrado al de Obáñez en la avenida de los Campos Eliseos como encontró al señor de Briançon, la hubiera indudablemente seducido aquél cual éste, porque en el caso había novela; pero, por hermoso que hubiera sido, no habría querido convertirse en su querida, «porque aquello era cosa acordada».

Así es, que estaba permitido creer que Marcial no era el primer novio de Aubepine; ésta no había llegado á los diez y ocho años, corriendo por París desde por la mañana hasta por la noche, sin tener novelescos encuentros todos peligrosos.

Pero puede afirmarse que era la primera vez que amaba con el corazón y con la cabeza. Marcial era bello, espiritual, encantador. Si no tenía mucho dinero, siempre encontraba lo suficiente para que su querida contara con un lindo nido, un lindo carruaje y un lindo vestido.

Aubepine no pensaba en el mañana; no quería vivir sino al día. Nada le faltaba, pues, con Marcial. Los verdaderos enamorados no atesoran.

El señor de Briañon no había podido prendarse de Aubepine como ésta se había prendado de él. Ella le amaba con todas las fuerzas de su alma, mientras que él no la amaba, por así decirlo, sino al través de la señorita de Armaillac. El primer día, fué aquello en él un capricho; cogió aquel ramillete de juventud como se coge una flor para ponérsela en el ojal, un tanto vanidoso de la belleza de Aubepine, mas no creyendo que aquella distracción de un día sería la distracción de un año.

Muchas veces había querido romper; mas ¿cómo acabar con una joven que tiene para uno la eterna sonrisa, que canta como un pájaro, que no pide otra cosa que ser amada?

Puesto que la señorita de Armaillac no había querido oír hablar de él, necesario era que para de nuevo continuar en la vida amorosa se valiese de aquella linda rama perfumada.

Y así había pasado el tiempo. Sabido es, por otra

parte, que lo que más faltaba á aquel carácter flotante era la voluntad, mejor dicho, que no tenía voluntad sino de amar. Amaba mucho á la señorita de Armaillac, amaba algo á Aubepina. La pasión terrible, profunda, trágica, que le atormentaba por la primera, le impedía ver bien lo que sentía el corazón por la segunda; no era hombre, por otra parte, que analizara sus sentimientos, porque veíase arrastrado por los cuatro caballos de la juventud.

Verdad es que los más sabios analistas se asemejan mucho á aquel extraño holandés que, habiendo comprado por veinticinco mil francos un cuadro de David Teniers, le descompuso, es decir, arrancó el glasis, raspó los colores, tratando de colocar en su paleta, por separado, todos los tonos, para decir, cuando hubo acabado su trabajo á varios amigos: «—Ahí tenéis veinticinco mil francos de rojo, de blanco, de negro, de azul, de amarillo», obteniendo esta respuesta de uno de ellos: «—Es verdad; mas para volver esos colores á su sitio necesitamos á Teniers». Bueno, pues los analistas del corazón humano se parecen mucho á este loco: pueden poner en su paleta blanco, rojo, negro, azul, amarillo, pero les falta alguien para dar vida á estos colores; y ese alguien es Dios.

Bien es verdad que Marcial no perdía el tiempo buscando lo que había en su corazón; mas lo sentía. Aquellos dos irresistibles amores por Margarita Aumont y por Juana de Armaillac habíanle convencido de que el hombre más resuelto no es dueño de sí mismo cuando la pasión se apodera de su alma.

## XXXIII

*Como se burla un destino*

¿Fué éste el motivo por que, deseando vencer á su corazón, la señorita de Armaillac volvió á casa del duque de Obáñez? Siempre había tenido una verdadera pasión por las admirables perlas — aquellas trescientas perlas, ni una menos, quiero decir ni una que no tuviera su brillo y su transparencia, ni una que no viviera la vida de las perlas y la vida de Juana.

La señorita de Armaillac amábalas más aún porque no eran suyas. ¿Cómo no retenerlas, cómo no verlas en su fantasía, cómo no sentir sus caricias divinas y nocturnas?

Era aquél un sacrificio inusitado. Mas, como pensaba en Marcial, el sacrificio tenía su dulzura... si se decidía á llevar á cabo el sacrificio, porque aun no sabía lo que iba á hacer.

Juana se había aventurado más de una vez en el mundo con aquel collar rarísimo, diciendo en voz alta que las perlas eran falsas. Y si se le reprendía por llevar baratijas, decía como aquella ingenua:

—Muérdanlas ustedes para ver si son buenas.

Pero desafiando con sus ojos de lince á que se dijera en qué se diferenciaban de las legítimas.

La señora de Tramont habíale reprochado en más

de una ocasión el que se pusiera un collar de cinco vueltas como una mujer casada; pero Juana le había probado que aquel collar la embellecía.

Volvió, pues, una noche á casa del duque de Obáñez, quien se admiraba de que no hubiese ido antes. La había encontrado más de una vez en el mundo, mas no la hablaba casi nunca, para probarle que no pensaba en su collar.

—Tranquilícese usted,—díjole al entrar;—no he vendido sus perlas.

—Lo sé.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque si las vendiese volverían á mí en seguida, pues los joyeros me ofrecen todas sus alhajas raras. Por otra parte, si las hubiese usted vendido...

—¿Qué?

El duque sonrió con su sonrisa donjuanesca.

—Hubiera usted venido á pagármelas.

—Pues bien: se las traigo á usted.

Diciendo estas palabras, la señorita de Armaillac entreabrió su abrigo.

—Ya sabe usted que no tengo más estuche que éste; las puso usted en mi cuello: puestas se las traigo.

—Es ése el estuche más maravilloso del mundo; y me quedo con él y con la joya.

—No, mi querido duque: el estuche le costaría á usted demasiado caro: habría usted de poner en él á diario nuevas alhajas.

—Ya sabe usted que tengo algunas. Haré de usted una madona, si tal es su deseo.

—Muy lindo fuera eso, mas quiero ser una madona sin ser una caja.

La señorita de Armaillac se había quitado el collar.

—¡Qué desgracia!—dijo el duque.—¡Están tan bien encima de usted! ¡Cómo van á fastidiarse ahora!

Aun cuando el duque dijera esto con cierta expresión, Juana notó un asomo de burla en el extremo de sus labios.

—Si hablar quiere usted francamente,—le dijo,—confesará usted que no le pesa «entrar nuevamente en posesión» de sus perlas; han corrido el mundo á la aventura, cual si no debieran volver. Conozco más de una joven que no se las hubiera devuelto.

El duque, ocultando su juego y su corazón, convino en que la señorita de Armaillac acababa de traducir su secreto pensamiento: había tenido, sí, alguna vaga inquietud cuando pusiera el collar á Juana; se había dicho si no sería pagar demasiado cara belleza tal; pero, desvanecida la primera impresión, se confesaba que cualquiera que sea la belleza de una mujer, no vale tal vez un collar de perlas de un millón de reales. Con las cinco hileras podíanse obtener cinco mujeres del mejor mundo. Por otra parte, la admiración que por Juana sentía había disminuído, quizá por haber sido ella demasiado viva; de manera que, como la joven le dijo, celebraba volver á entrar en posesión de sus perlas.

Y sucedió que, por espíritu de contradicción, la señorita de Armaillac deseó que fueran suyas á cualquier precio; mas no quería humillarse hasta descubrir su corazón. ¿Qué hacer para que la proposición partiera de él?

Comenzó por querer marcharse.

Justamente aquel día el duque era esperado en el

Círculo; la ofreció despedir el horrible fiacre que la había llevado y acompañarla hasta la puerta de su casa en su carruaje.

No estaba en el ánimo de Juana conceder tal favor al duque, cuando éste se quedaba con el collar.

Conservando su adorable sonrisa, la joven se había tornado melancólica.

El duque no tardó en ver que tenía una nube en la frente.

—Cuénteme usted sus penas del corazón,—le dijo,—porque las tiene usted.

—Pero sólo, querido duque, el día que vengo aquí.

—Se burla usted de mí,—dijo el duque.

—No; irrita saber que hay un hombre como usted, presa de todas las mujeres de París: es usted devorado por las fieras. Aun cuando se le ame á usted, gustaría verle con más frecuencia; pero la casa está siempre atestada. No hablo del corazón.

—Y hace usted bien, porque éste se halla siempre vacío. El rey Salomón, que sabía lo que se hablaba, tuvo razón al decir, después de haber probado setecientas mujeres:

*«La mujer es más amarga que la muerte.»*

En Madrid, como en París, he abusado de mi título y de mi fortuna para triunfar de las mujeres á la moda; pero en vano he abierto los brazos, siempre los cerré tras de una decepción. El que ama á una mujer coge más amor que el que tiene setecientas mujeres. Pero no sólo es preciso amar, es menester ser amado. Juguemos á cartas vistas: ¿en alguna ocasión ha amado usted?

La señorita de Armaillac pareció buscar.

—Sí,—dijo ahogando un suspiro;—á mi madre, á mi muñeca y á su collar de usted.

Como el duque, á su vez, se había tornado melancólico, Juana entreabrió coquetamente su abrigo, miró á su seno y murmuró:

—¡Pobres perlas!

Ante aquel cuadro, poco faltó para que el duque se dejara coger de nuevo; pero Juana cerró demasiado pronto el abrigo.

Había quedado en pie á la puerta del salón. El duque, por su parte, iba á salir.

—Es menester que la puerta esté abierta ó cerrada,—dijo, cogiéndole de la mano para hacerla avanzar, pero decidido á acompañarla hasta su fiacre si ella lo deseaba.

Juana se había desenguantado la mano derecha para quitarse el collar, y el duque tenía los guantes en la mano.

Así, cuando tocó los dedos de la señorita de Armaillac, ambos sintieron un estremecimiento magnético, lo que hizo que el duque se atreviera á poner los labios donde habían estado las perlas.

Juana se ruborizó; como quería agarrarse á las ramas, sólo se ofendió á medias.

—Bueno,—dijo;—he ahí un beso que bien vale dos perlas.

El duque había cerrado la puerta del salón.

—Es verdad,—dijo.—¡Y yo que tomaba todo el collar sin dar á usted su parte! Son, si no me engaña mi memoria y cuento bien, siete ú ocho perlas.

La señorita de Armaillac estaba encantada por haber recordado aquel trato leonino.

—Cuenta usted mal,—dijo recordando.—En mi

segunda visita eran dos besos; en casa del ministro, al inclinarse sobre mí en el «buffet», me besó usted los cabellos; tres días después, en casa de la duquesa, me besó usted la mano hacia el segundo botón del guante, lo cual fué demasiado español; valiendo, en casa de la señora de Tramont, me abrazó usted dos veces á pesar de todo el mundo y casi á mi pesar; en nuestro último cotillón...

—¡Ah! Sí, pero esa vez no entra en el trato; era aquél un beso ordenado.

—Sí, pero me abrazó usted dos veces.

Y como al hablar Juana no le mirase, el duque la abrazó nuevamente, y dijo:

—Pongamos doce y no se hable más.

—No basta,—dijo riendo la señorita de Armaillac.

—Todos esos besos robados deben considerarse dobles.

—¡Diablo!—exclamó el grande de España, que empezaba á contar.—Pronto habré de dar á usted una hilera de perlas.

Una de las puertas del salón conducía directamente al jardín, un jardín en miniatura, pero nido maravilloso para los pájaros enamorados. El duque arrastró á Juana con objeto de dar un paseo á la luz de la luna, creyendo que nada hay como los artificios de la poesía para combatir la virtud de las mujeres.

En efecto, bajo los árboles, la mofa, aquel centinela avanzado de la resistencia, no dispara ni un tiro. Las personas menos enamoradizas se enamoran, como si respirasen el amor, en la atmósfera que crean las hierbas, las flores y las hojas.

Juana se había cogido del brazo del duque; dejábase atrastrar con dulce abandono. Hablaron prime-



ramente de la luna y de las estrellas, de la profundidad del cielo, de los misterios del infinito frente á aquellas grandezas inmensurables, de aquellos horizontes inesperados.

¿Qué es el hombre en la tierra si no se lanza en brazos de la mujer? Sólo el amor nos eleva hasta Dios. ¿Qué es el hombre? No es nada; pero si ama á una mujer, lo es todo, porque tiene el amor, esa ascensión radiante que sube hasta el cielo.

Así hablaba el duque de Obáñez, y Juana se decía que hablaba bien. No podía menos de pensar:

—¿Qué soy? Nada. Si el duque me amase y yo amara al duque, lo sería todo.

Mas, por desgracia, el duque decía que el matrimonio no entraba en sus costumbres. Juraba que jamás se casaría.

—¡Oh, si yo quisiera...!—dijose Juana.—Acabaría por casarse conmigo; pero con él hay que empezar por el fin.

Y cuanto más pasión ponía el grande de España en sus palabras, más se cubría Juana con su dignidad. Por milésima vez se repetía que era imposible á una joven como ella ser la querida de aquel extranjero sin fe ni ley. Y, sin embargo, ¿qué sería de ella sin dinero en un mundo en el que tan necesario es el dinero? ¿Consentiría en un matrimonio de tercer orden, que la sujetase para siempre á una vida burguesa?

El primer paso es el que cuesta. Había tenido horas de verdadero arrepentimiento; mas, si después de la primer falta Dios no recoge á las mujeres para meterlas en un convento, la mujer va fatalmente á la segunda falta, si no encuentra un hombre que le dé el perdón y el amor.

—¿No es verdad que es bello amarse?—dijo el duque de Obáñez, abrazando á Juana.

—Sí, es bello... ¡cuando se ama!—respondió tristemente la señorita de Armaillac.

Pensaba en Marcial.

—¡Perlas en sus ojos de usted!

—¡Sí, pero éstas son mías!

Y se arrancó el collar, lo tiró al duque y se marchó.

El grande de España recogió sus perlas murmurando:

—Está escrito allá arriba que su virtud no será del diablo.

En cuanto Juana estuvo de vuelta en su casa, se admiró de encontrarse bella.

—¡Y yo que me imaginaba que no era hermosa sino con el collar!—dijo sonriendo con su adorable sonrisa.

## XXXIV

*La estatua rota*

Al siguiente día, la señorita de Armaillac recibió una visita inesperada.

La señorita Matilde, cortesana y extrapera que había conservado los buenos principios del cesto, fué quien llamó á su puerta.

Como la doncella hiciera remilgos, la visitante matinal se aventuró á decir que era esperada.

Sorprendió á la señorita de Armaillac que, á medio vestir, peinábase delante del espejo.

—¿Qué quiere?—preguntó Juana á su doncella, con aire algo admirado.

—Señorita,—dijo la extrapera,—le traigo á usted un secreto...

Juana alzó los ojos sobre Matilde sin reconocerla, aun cuando la hubiese mirado atentamente en el Bosque en ocasión de estarle dando Marcial una lección de equitación.

La doncella había salido; la extrapera tomó la palabra.

—Escuche usted, señorita. Yo, aun cuando no lo parezca, soy una buena mujer. Sé que ha conocido usted á una joven de mundo que ha sido amada por el señor de Briançon. Ésta no le ha pedido sus cartas; y yo tengo esas cartas. Segura estoy de que será usted feliz, puesto que es amiga suya, devolviéndoselas.

Diciendo estas palabras, Matilde presentó á Juana un sobre abierto.

—¿Y quién ha abierto este sobre?—preguntó la señorita de Armaillac, tomando las cartas.

—¡No he sido yo! ¡Y le juro á usted, señorita, que para mí el sobre ha estado cerrado!

—¿Y quién le ha dicho á usted que yo conozco á la joven que ha escrito estas cartas?

Juana interrogaba profundamente á Matilde con sus grandes ojos negros.

—Señorita, he aquí la historia: Me he encontrado, por mi desgracia, en casa del señor de Briançon

con Aubepine, que es la verdadera querida, puesto que quiere ser también ama de la casa (1). Todo lo hurga allí, arrancando todos los secretos del pasado y del presente. He creído llevar á cabo una buena acción robándole estas cartas, que ella había robado.

Hablaba Matilde con aire tan ingenuo, que Juana no pudo saber si la joven creía que eran suyas ó de una amiga.

—Y ¿quién le ha dicho á usted mi nombre, señorita?

—La misma Aubepine, que está celosa de usted. Pero el señor de Briançon se ha tomado el trabajo de asegurarle que no la conocía á usted sino por haber amado á una de sus amigas, cuyo nombre no dirá nunca.

Juana tuvo la pena de verse obligada á dar las gracias á una de las queridas de su amante.

—Gracias, señorita,—dijo, saludándola en tono algo altanero.—No olvidaré esto.

Matilde salió de allí toda satisfecha. Había avanzado tanto en el pecado, que deseaba desquitarse con una buena acción. ¿No había querido procurarse un espectáculo viendo cómo una mujer de mundo lleva sus pecados, ó compararse y poder decir: —Las condesas no valen mucho más que las traperas?

En la alcoba de Juana se hubiera podido oír, al poco rato, un monólogo digno de los teatros antiguo y moderno.

(1) *Maitresse* significa al propio tiempo *ama* y *querida*; de ahí el juego de palabras.

Fué aquél un grito de indignación de Juana contra sí misma.

—¡Oh mi orgullo!—exclamó.—¡Oh mi pérdida blanca! ¡Oh mi belleza humillada! ¿Qué me resta sino mi caída? ¡He llegado á tener que dar las gracias á esa joven que me traía los pedazos de mi corazón destrozado! ¡Ya no soy una muchacha, soy una mujer! ¡No me queda nada, ni la pureza de mi alma ni el brillo de mi nombre! Llevando el collar de perlas del duque de Obáñez, he hecho caer una á una las perlas de mi corona de condesa. Me he muerto para todo lo bello. Siento que ya el mundo me empuja al «demi-monde». En vano me burlo de los demás, pues no soy mejor por eso. ¡No, no me queda nada, nada, nada, sino el lupanar dorado ó la expiación. Pero ¿me querrá Dios?

Y, después de una pausa, la señorita de Armaillac se dirigió mil imprecaciones más.

—¡Oh mi orgullo!—repetía llorando.—¡Tú á quien amaba como á una bella estatua de mármol, tú que eres la fuerza de mi vida y la luz de mi alma, te he derribado á los pies de ese hombre, te he sacrificado, te he cubierto de lodo, te he despedazado!

Juana sollozaba. Estaba bella en su dolor, porque era aquél un grito de la naturaleza que sube hasta Dios.

—¡Oh mi orgullo!—dijo otra vez.

Cayó de rodillas y oró. Pero era á Marcial á quien suplicaba.

## XXXV

*Un rapto*

¿Quién había huído con la señorita de Armaillac? Porque por París se esparció el rumor de que había desaparecido.

La señorita de Armaillac, toda pasión y entusiasmo, ¿no se divertía en compañía de la princesa? Se iba á todas las curiosidades, pero se volvía de ellas muy pronto, como al final de un espectáculo deficiente, diciéndose:

—¡No valía la pena!

Además, ¿no es siempre la misma comedia, el perpetuo juego de la necedad humana? Cuando se ha visto un fatuo, se han visto todos los fatuos. Cuando se ha visto un necio, se han visto todos los necios. ¿Cuál es el hombre de talento que no deja ver su animalidad original como todo el mundo? Juana había aprendido á reírse de todos con su burlona amiga; había sorprendido la falta de coraza en las mujeres apasionadas, como había sorprendido la ausencia de corazón en las mujeres virtuosas; había juzgado que el sabio no era otra cosa que el loco caído en el especialismo; el adinerado un *debe y haber*, el jurisculto un enemigo del derecho. No tenía la pretensión de entender en filosofía; pero sin querer formulaba terribles juicios acerca de la humanidad;

así, delante de las cosas más serias, echábase á reír como una escéptica, cuando no deseaba más sino creer en el amor.

Una sola cosa parecía digna de respeto y de admiración: la maternidad. Nunca pasaba delante de una madre de familia sin saludarla, delante de una cuna sin hacer la señal de la cruz; envidiaba, paseándose en el Bosque, á la mujer que lleva su hijo de la mano; decía con elocuencia que si la religión católica ha sobrevivido á todas las religiones, no es más que porque empieza por el cuadro de María dando de mamar á Jesús, adorable espectáculo, que es el símbolo de la vida familiar en todas las estaciones ascendentes y descendentes.

Pero este espectáculo, que hubiera hecho su alegría de esposa, no le recibiría de Dios en su casa, si había de creer á sus presentimientos. Hiciera lo que hiciera para probarse que el señor de Briançon no era el único hombre que en el mundo había, siempre acababa por decirse que no podía casarse con otro, en primer lugar porque le engañaría si no le contaba su pasado, y después porque sería desgraciada con un hombre que no fuese Marcial. Pero Marcial, ¿no estaba para ella perdido para siempre? Por otra parte, su orgullo no podía ponerse de acuerdo con su corazón. Sin duda que él pensaba siempre en ella, puesto que, después de un duelo por una palabra mal sonante, habíase batido, también por ella, con el duque de Obáñez; que aunque su nombre no hubiera sido pronunciado, ella sabía muy bien á qué había obedecido todo.

Pero, á la vez, ¿no la desafiaba él á diario con su vida increíble en medio de las mujeres de mal vivir?

Era aquello el escándalo nunca interrumpido; menester fué que Marcial pasara por uno de los príncipes de la *high-life* para que su nombre no se viese comprometido por aquellas locuras. No podía admitir ella que la amase, cuando lo veía con Aubepine y con otras muchas.

—Se bate por mí,—decíase la señorita de Armaillac;—mas yo no tendría fuerzas para apartarle de sus malas costumbres; al siguiente día de nuestro casamiento iría á pasar la luna de miel con esas señoritas. No, no quiero ponerme en ridículo; moriría si mi orgullo recibiera tal herida; prefiero sacrificar mi corazón á mi dignidad.

Pero el sacrificio del corazón recomienza todos los días; no se está más adelantado al siguiente; en vano hiere uno á su corazón, no se le mata: se le irrita hasta conducirlo á la angustia, mas nada se obtiene de él, porque el corazón es más fuerte que la voluntad. La dulce señorita de la Vallière exclamaba, antes de entrar en las Carmelitas:

—¿No triunfaré nunca de esta fiera que llevo en mí?

Sí, el corazón es una fiera que vive de una pasión y que no se doma sino con otra pasión.

La señorita de Armaillac había leído las cartas de la señorita de la Vallière. Las mujeres se imaginan fácilmente que están hechas de la pasta de las heroínas. Cuanto más Juana estudiaba á Luisa de la Misericordia, más creía parecersele.

—Después de todo,—dijo un día á la princesa,—es éste un fin como otro cualquiera. ¿No dijo Santa Teresa que las mujeres enamoradas no encuentran voluptuosidad sino en Dios? La señorita de la Vallière no fué feliz sino abrazándose á la cruz.

La princesa no hizo otra cosa que precipitar á Juana en aquel ensueño al burlarse de ella.

—De modo,—le dijo,—que porque el señor de Briançon se ha portado mal con usted, ¿se enterraría usted en vida? ¿Para eso el Señor la hizo á usted bella? Dios no es tan celoso; y creo que ha de ser muy severo con las que quisieran casarse con Él sin saber si ello le gustaría.

Pero cuando Juana estuvo sola é hizo su examen de conciencia, se confesó que nada era más triste que su vida: su madre debía; por mucho que hiciese para evitarlo, la deuda seguiría en aumento; Juana no tendría el horrible valor de venderse después de haberse dado. Tenía el furor del lujo, y era necesario que vistiese mal su belleza. A cada instante sufría por no tener dinero; cuando se separaba de la princesa para volver á su casa, miraba con piedad aquella alcoba burguesa, donde cada mueble acusaba la vulgaridad. Juana no había nacido para la dulce medianía; hubiera preferido la sombría poesía de la miseria. Lo que la atraía eran todas las peripecias de su gran vida con sus radiantes resbaladeros; más á condición de tener al señor de Briançon por compañero de viaje.

Pero este compañero de viaje viajaba entonces en otra dirección; Juana se enteró de que Marcial, después de pasar ocho días en Trouville, donde se encontraba á todas horas en la playa á la señorita Aubepine, acababa de partir para Venecia.

Si hubiese ido á Londres, á Berlin ó á Roma, Juana no se hubiera sentido herida tan vivamente; pero ¡ir á Venecia, la ciudad de los enamorados! Venecia,

que la atraía desde que era novelesca, es decir, desde que tirara su última muñeca; era, por así decirlo, un ultraje á su corazón y á su amor.

Una noche, Juana no fué á la hora acostumbrada á casa de la princesa; y aquella noche nadie se divirtió; sabido es que Juana llevaba consigo el esplendor, la gracia y el talento. La princesa juzgó que la señora de Tramont, ó la duquesa de \*\*\*, le habian arrebatado á la señorita de Armaillac para ir al teatro; estuvo ruda con todo el mundo, diciendo:

—No hagan ustedes caso de mis modales de cachorro; quisiera aullar tanto como furiosa estoy contra Juana.

La señorita de Armaillac era la mitad de su vida.

Al siguiente día, de madrugada, fué á casa de la joven.

—Me encuentra usted desesperada,—dijole la madre, que lloraba.—Juana huyó ayer á un convento.

—¿A cuál?—preguntó la princesa.

—¿Acaso lo sé? Me dijo que iba á su casa de usted; pero esta mañana recibí una carta en que me notifica que no la volveré á ver. Hace mucho tiempo, por otra parte, que yo presentía este desenlace.

—Peor para mí,—dijo la princesa;—pero peor también para ella, porque estará bien amarrada.

—¡Cúmplase la voluntad de Dios!—dijo la señora de Armaillac.

Alzó los ojos al cielo, y añadió á media voz:

—Lo más triste es que se va á decir que me ha sido robada.

—¡Y nadie querrá creer que Dios es el raptor!—  
añadió la princesa.

XXXVI

*Por qué la señorita de Armaillac fue á Venecia*

Si nunca, señora, fué usted celosa, si no atravesó usted las pasiones, si no penetró usted en ellas, ni aun con la imaginación, cierre usted este libro, porque no comprenderá usted hasta qué grado de locura puede subir ó bajar una mujer, en la lógica de su carácter, cuando está enamorada.

La señorita de Armaillac había huido de su madre y había huido de sí misma, creyendo que olvidaría; he aquí por qué corrió en busca de una amiga, que se encontraba en el convento de Damas de San Andrés.

Esta amiga, que no gustaba del mundo, le había escrito más de una vez que la orilla suspirada estaba allí, al pie de la cruz, en la oración y puesta la esperanza en Dios.

El primer día, Juana creyóse salvada; tuvo hermosas horas de expansión sobre el mármol del altar.

—Sí,—decía á su amiga,—ésta es la orilla, éste es el refugio. No encontré en el mundo sino las estaciones de la cruz; cada estación era una dulzura oculta; en cada esperanza se expía por medio de las lágri-

mas. Tenía sed de vivir, ahora tengo sed de morir; siento que lo único bueno en la tierra es el alma, porque el alma es ya el cielo.

Naturalmente, la amiga de Juana la arrastró aún en el desprecio del mundo, pintándole con los más dulces colores la poesía del convento, las fiestas de la Iglesia, la paz profunda del corazón. Juana abrazaba á su amiga y dábale las gracias por haberla llamado.

Pero llegó la noche; todas aquellas seráficas alegrías se desvanecieron; Juana no durmió. ¡Luego no era aquello la orilla! Era siempre la tormenta; su corazón no quería la calma, no quería vivir sino en la tempestad. Podía luchar contra ella arrodillada ante el altar cuanto quisiera; no podría extinguirla, porque el infierno estaba en su corazón.

Al siguiente día por la mañana, cuando su amiga fué á ver cómo había pasado la noche, la confesó que no se sentía digna de aquel refugio.

—Para tí,—le dijo,—esto es la vida, porque tú estás toda en Dios; para tí, esto es ya el paraíso, mientras que yo, que no tengo fuerza para arrepentirme, estoy aquí como en una tumba. Si pudiera morir en seguida, me envolvería en mi sudario con un último adiós al mundo, con una aspiración hacia Dios; pero tengo la tumba sin tener la muerte; he aquí por qué alzo la losa y me voy.

En vano su amiga empleó para detenerla toda la elocuencia cristiana.

Por la noche, la señorita de Armaillac subía á un fiacre y decía al cochero que la condujese á la estación del camino de hierro de Lyon. En lugar de volver á casa de su madre, quería seguir su sueño y su

locura: quería alcanzar á toda costa al señor de Briançon, quería verle en Venecia.

Pero, al encontrarse en la estación, recobró poco á poco su juicio. ¿Cómo iba á ir allá sola, casi sin dinero, como una fugada de Charentón? En el momento de ir á pagar al cochero, díjole que la condujera á los Campos Eliseos: quería hablar por última vez con la princesa.

—La esperaba á usted,—díjole su bella amiga.—Estaba segurísima de que preferiría usted mi casa á la casa de Dios.

Y, después de abrazar á Juana, la linda Carlota añadió:

—A ver, querida, vuelva usted en sí, torne usted á mí; la lloraba á usted, pensando que no podría vivir sin usted; no nos dé pena, ni á mí ni á su madre; á cambio de esto, haré lo que usted me pida.

—Pues bien,—dijo Juana:—si quiere usted curarme de mi locura, si quiere usted que no me meta en un convento, haga un viaje conmigo.

—¿Y á dónde iremos?

—A una ciudad en que se olvida, á Venecia.

—¿De dónde le viene á usted esa idea de ir á Venecia?

La señorita de Armaillac no confió su vileza á la princesa; se guardó muy mucho de decirle que deseaba ir á Venecia porque el señor de Briançon había ido allá, arrastrado por Aubepine. La princesa no hubiera consentido en aquella partida de placer, porque no había amado lo suficiente para comprender las dolorosas voluptuosidades de un corazón que se inunda en lágrimas ante el espectáculo de la dicha de otros.

Ir á Venecia es un sueño novelesco que todo el mundo llega á abrigar. ¿Por qué no ir á Venecia? ¿No es vivir hasta cierto punto la vida del campo en medio del fastidio de la ciudad? ¿No es ir á beber una hora de embriaguez en las poesías del pasado? El Adriático, San Marcos, las góndolas, las palomas, las leyendas, ¿no es aquél todo un mundo perdido y que puede hallarse de nuevo?

—Pues bien, vamos á Venecia,—dijo la princesa, que no quería volver á Paris sino después de las fiebres del gran premio.

Juana corrió á abrazar á su madre, que fué muy feliz y que le permitió de buena gana marcharse con la princesa.

Cuatro días después, los curiosos de la plaza de San Marcos hubieran podido divertirse con esta pequeña comedia:

Un joven parisiense tomaba un helado delante del café Florián con una joven parisiense que era muy linda y en cuyo rostro leíase su dicha. El hombre no estaba tan alegre: una vaga melancolía pasaba por su frente; sin embargo, parecía participar de la felicidad de la que tan alegremente sonreía. Se hubiera juzgado, al verles, que eran dos viajeros que no tenían prisa por volver á su país natal.

Dos mujeres que llevaban el rostro cubierto con tupido velo acababan de llegar por la Piazzetta. Miraron un instante el palacio ducal; la fachada de San Marcos y la plaza del mismo nombre, donde las palomas volaban aquí y allá. Entraron en la iglesia; no creo que rezaran mucho, porque salieron casi al momento, impacientes en su curiosidad de verlo todo apenas llegadas.

El lector habrá ya reconocido á las dos señoras.

Atravesaron la plaza. La señorita de Armaillac fué la primera que vió á Marcial y Aubepine.

—¡Mire usted!—dijo á su amiga.—¡Esto es increíble!

La princesa no reconoció ni á Marcial ni á Aubepine, porque no tenía las mismas razones para reconocerles.

—Bueno, veo una mujer y un hombre.

—Ese hombre y esa mujer son el señor de Briançon y la señorita Aubepine.

—Pues nos hemos lucido; eso va á amargarnos el viaje; pero confío en que no hará usted caso de tales bagatelas.

Juana sonrió para ocultar los latidos de su corazón.

—Pues bien, querida,—añadió la princesa, que gustaba de los golpes de efecto porque era insaciable de emociones;—ataquemos á la fiera frente á frente: vamos á tomar un helado.

Diciendo estas palabras, arrastró á la señorita de Armaillac.

Marcial, que estaba de espalda y hablaba con su querida, no las vió acercarse; así es que su sorpresa fué grande cuando Aubepine le dijo:

—¡Parisienses!

Volvió la cabeza y vió que se le acercaban Juana y la princesa.

La señorita de Armaillac se había dejado conducir, creyendo que la princesa no sería la primera en hablar. Pero en cuanto su amiga estuvo á cuatro pasos de Marcial, le gritó:

—Buenos días, señor de Briançon; le creía á usted en el bulevar de los Italianos.

Marcial se levantó y saludó á las recién llegadas con jovialidad más ó menos respetuosa, pues nunca era serio completamente.

—¡Cómo! ¿Es usted, princesa? Verdad es que en Venecia está usted en sus tierras.

—Ha dicho usted, querido, una tontería, porque en Venecia no hay tierra, y en segundo lugar, por haber querido compararme á esta ciudad sempiterna que no vive más que de su pasado. Ya sabe usted que aun no tengo los treinta.

—Ni los cumplirá usted nunca, princesa.

La señorita de Armaillac y Aubepine desempeñaban el papel de silenciosas de teatro; la primera agitaba su sombrilla como para pegar, la segunda no sabía qué hacer.

—¿Son esos helados de verdad?—preguntó la princesa, sentándose.—Aquí todo me parecen cuadros pintados.

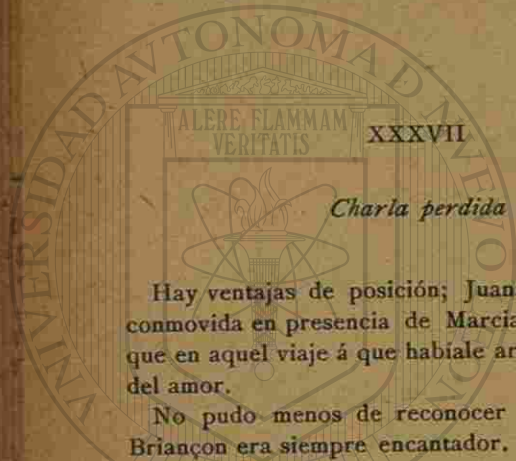
—¡Oh! ¡Cuadros pintados!—respondió Marcial.—Hay aquí muchos metros de ellos; pero á mí me gustan más los cuadros vivos; ya verá usted cuando vaya al *Rialto*; es aquello la fiesta de los ojos.

—Sí,—repitió la princesa,—cuadros por todas partes, pero pocos pasteles á la Rosalba, si no son esas bellas venecianas, que recurren, como nosotras, á todos los tarritos de la perfumería Oriza. Es esto el arte en la naturaleza.

Marcial había corrido su silla y se había acercado á la princesa para alejar á Aubepine de aquel campo de batalla de la pasión, de los celos, de la coquetería y del talento.



Naturalmente, la señorita de Armaillac se había puesto detrás de la princesa; de modo que las rivales no se podían alcanzar.



Hay ventajas de posición; Juana se sentía menos conmovida en presencia de Marcial y de su querida que en aquel viaje á que habiale arrastrado la fiebre del amor.

No pudo menos de reconocer que el señor de Briançon era siempre encantador. Dominaba con su chanza todas las peripecias; así es que, con él, nunca las cosas parecían ridículas; esparcía sobre todo un grano de filosofía que impedía cayera el sentimiento en la necedad humana.

Mientras se estaba en su compañía nada quería tomarse por lo trágico. La señorita de Armaillac había experimentado esto más de una vez; hasta no volver á su casa no se sumía en todas las tristezas de la pasión. Aquel día, sintiéndose tan tranquila en presencia de Marcial, se preguntó cómo había sido bastante loca para perseguirle hasta Venecia. Pero media hora después, cuando le vió desaparecer en una góndola con Aubepine, se dejó de nuevo asaltar por todas las angustias de la pasión y todas las desesperaciones de los celos.

Durante la media hora que juntos estuvieron, fué aquéllo un asalto de armas entre el señor de Briançon y la princesa. La señorita Aubepine habíase puesto á leer un periódico italiano que no comprendía, mientras que Juana, que había pedido «lo necesario para escribir», hacía que escribía.

Habíanse prometido volver á verse, mas sin pedir permiso á Juana ni á Aubepine.

—Está usted loca, querida princesa,—dijo la señorita de Armaillac á su amiga, mientras los amantes desaparecían en el gran canal.—¿Acaso podemos volver á vernos.

—¿Por qué no? Tiene demasiado buen gusto para venir á saludarnos sin esa joven. Sabe que estamos en el hotel Demieli; ya verá usted cómo va antes que anochezca.

—Me parece que no. Por otra parte, puesto que no nos veíamos en París, ¿por qué hemos de vernos en Venecia?

—Vaya, no se haga usted la desdenosa: sabe usted de sobra que, una vez en el extranjero, todos los franceses se ven, sin inquietarse por el pasado ni por el porvenir; eso no compromete á nada para cuando se vuelve allá.

La princesa no se engañó. A eso de las cinco y media, el señor de Briançon se presentó, solo, en el hotel Damieli.

—Viene por usted,—dijo Juana á su amiga.—Me voy.

Pero Carlota detuvo á la señorita de Armaillac.

—No; si viene por mí, es por usted.

Marcial había entrado. Comenzó por hablar de las bellezas de Venecia, apresurándose á decir que no

era aquél para él un «viaje de placer». Se le había hablado de nombrarle cónsul de Venecia, y había ido para ver si podría aclimatarse en la ciudad.

—Sí,—dijo la princesa con su habitual franqueza.

—Y en el temor de no aclimatarse á las mujeres de Venecia, se ha traído usted una de París.

—¡Oh, Dios mío! ¡Ni sé cómo se encuentra aquí conmigo!

—Muy sencillamente: la pondría usted en su equipaje. Espero la deje usted en el consulado para pasarse un rato con nosotras.

—Estoy á sus órdenes, tanto más cuanto que conozco Venecia como un amante á su amada.

—Pues mal conoce usted *Venecia la bella*.

Hasta entonces Marcial no había aún dirigido la palabra á Juana.

—Seguro estoy,—le dijo,—de que ya se ha aclimatado usted en Venecia, porque tiene usted los cabellos y los ojos de las venecianas.

—¿De qué venecianas?—preguntó la señorita de Armaillac.—Tengo el cabello rubio y los ojos negros, y todavía no he visto sino venecianas morenas con ojos azules.

—Respondo á usted de que encontrará muchas caras como la suya.

Y dando á su voz y á sus ojos destellos amorosos, añadió:

—Una hay á la que amo desde ayer... ¿Qué quiere usted?... cuando no se puede amar al original... se ama á la copia.

—¡Tonterías!—exclamó la princesa.—Diga usted la verdad; ya sabemos que nos ama; y usted está seguro de que pierde el tiempo. Hemos regresado del

país del amor, pero no volveremos á él; eso era bueno el año pasado, cuando éramos jóvenes. ¿No es verdad, Juana?

Juana contenía á los mil demonios que agitaban su corazón; sonrió despegadamente y dijo con aire distraído:

—Me acuerdo de mucho antes.

Marcial hubiera querido saber por qué las dos amigas habían ido á Venecia. No tenía la fatuidad de imaginarse que Juana hubiese arrastrado á la princesa para verle allí con Aubepine. Estaba celoso por su parte: se imaginó que habría algunas pasiones ocultas; nada le hubiera sorprendido ver salir de un armario á cualquier príncipe extranjero.

Sabido es que, si Juana le amaba, él adoraba á Juana; pero la fatalidad los separaba, porque nada es más impenetrable que el corazón humano. Ambos parecían jugar al escondite, porque ninguno de ambos creía en el amor del otro.

Separáronse á la hora de cenar; la princesa rogó á Marcial que fuera al día siguiente á buscarla, para ir á la tumba del Veronés, su pintor.

—Probable es,—le dijo,—que la señorita de Armaillac nos acompañe en la peregrinación.

¿Fué por esto por lo que el señor de Briançon no se presentó al siguiente día?

El de su llegada, Juana vió Venecia color de rosa aun cuando estuviera devorada por los celos; pero aquel día la vió de negro: fué en aquellas veinticuatro horas la ciudad de las tumbas; no hubiera podido decir lo que sufrió al saber que Marcial se había marchado á primera hora.

—Mire usted,—dijo á la princesa,—cómo me odia. Ni aun puede verme.

Por uno de aquellos milagros del corazón que ningún filósofo puede explicar, el amor de Juana toróse súbitamente aborrecimiento, la dulzura violencia, la ternura altivez.

—¡Oh mi orgullo!—dijo con aire victorioso.—¡Veo que aun estás en tu puesto. ¡Tú eres lo único que amo, lo único que quiero amar! ¡Acabé con él por completo!

Nada dijo á la princesa, y se afirmó en su odio; tuvo la fuerza de tomar una alegría ficticia para todos sus paseos por Venecia. De noche, su corazón era un volcán; pero de día se imponía á su corazón.

No quiero pasear á usted, señora, con la princesa y la señorita de Armaillac por todos los monumentos de Venecia.

Encontraron allí algunos amigos y amigas de la sociedad parisiense y extranjera: la duquesa Columna, el príncipe Galitzin, la condesa Valeska, Ziem y Díaz, la duquesa de Parisis, Nigra, Saint-Víctor, lord Lytton, dos príncipes de Orleáns y algunos diputados legitimistas que regresaban de Frohsdorff. Venecia es la soledad, mas nunca se está allí solo. Y la ciudad es tanto más adorable cuanto que allí no se encuentran imbéciles. ¿Qué iban á hacer allí?

Un mes después, Juana estaba en Trouville con su amiga.

Otra mar, otro espectáculo. Pero Juana huía en vano de sí misma: no podía huir de Marcial.

## XXXVIII

*Las máscaras y los corazones*

Dióse un baile de máscaras en un castillo próximo á París, en donde se encontró toda la *high-life* de las fiestas de invierno; la señora de Tramont fué con la señorita de Armaillac. Se juraron que no serían reconocidas; las dos iban disfrazadas con adorables dominós blancos guarnecidos de cuchillos impenetrables.

La señora de Tramont no era tan alta como Juana, pero tenía aquella noche su misma estatura, gracias á lo elevado de sus talones. Se presentaron como dos hermanas extraviadas en el gran mundo. Representaron tan bien su papel, que no se las reconoció, tanto más cuanto que la señora de Tramont había dicho que no quería disfrazarse.

La señorita de Armaillac, que no pensaba divertirse, se divirtió mucho; no porque encontrara al marqués de Satanás ni á todos aquellos adoradores de ocasión que se le llevaban el tiempo sin llevarsele el corazón, sino porque allí encontró á Marcial.

Como debía pasar, con la señora de Tramont, una temporada en Brighton, se había perfeccionado en el inglés, y en inglés le habló, aun cuando él no la entendiera, por no saber este idioma.

Persistió en no pronunciar ni una palabra en fran-

Por uno de aquellos milagros del corazón que ningún filósofo puede explicar, el amor de Juana toróse súbitamente aborrecimiento, la dulzura violencia, la ternura altivez.

—¡Oh mi orgullo!—dijo con aire victorioso.—¡Veo que aun estás en tu puesto. ¡Tú eres lo único que amo, lo único que quiero amar! ¡Acabé con él por completo!

Nada dijo á la princesa, y se afirmó en su odio; tuvo la fuerza de tomar una alegría ficticia para todos sus paseos por Venecia. De noche, su corazón era un volcán; pero de día se imponía á su corazón.

No quiero pasear á usted, señora, con la princesa y la señorita de Armaillac por todos los monumentos de Venecia.

Encontraron allí algunos amigos y amigas de la sociedad parisiense y extranjera: la duquesa Columna, el príncipe Galitzin, la condesa Valeska, Ziem y Díaz, la duquesa de Parisis, Nigra, Saint-Víctor, lord Lytton, dos príncipes de Orleáns y algunos diputados legitimistas que regresaban de Frohsdorff. Venecia es la soledad, mas nunca se está allí solo. Y la ciudad es tanto más adorable cuanto que allí no se encuentran imbéciles. ¿Qué iban á hacer allí?

Un mes después, Juana estaba en Trouville con su amiga.

Otra mar, otro espectáculo. Pero Juana huía en vano de sí misma: no podía huir de Marcial.

## XXXVIII

*Las máscaras y los corazones*

Dióse un baile de máscaras en un castillo próximo á París, en donde se encontró toda la *high-life* de las fiestas de invierno; la señora de Tramont fué con la señorita de Armaillac. Se juraron que no serían reconocidas; las dos iban disfrazadas con adorables dominós blancos guarnecidos de cuchillos impenetrables.

La señora de Tramont no era tan alta como Juana, pero tenía aquella noche su misma estatura, gracias á lo elevado de sus talones. Se presentaron como dos hermanas extraviadas en el gran mundo. Representaron tan bien su papel, que no se las reconoció, tanto más cuanto que la señora de Tramont había dicho que no quería disfrazarse.

La señorita de Armaillac, que no pensaba divertirse, se divirtió mucho; no porque encontrara al marqués de Satanás ni á todos aquellos adoradores de ocasión que se le llevaban el tiempo sin llevarsele el corazón, sino porque allí encontró á Marcial.

Como debía pasar, con la señora de Tramont, una temporada en Brighton, se había perfeccionado en el inglés, y en inglés le habló, aun cuando él no la entendiera, por no saber este idioma.

Persistió en no pronunciar ni una palabra en fran-

cés. Y sin embargo llegaron pronto á entenderse; la señora de Tramont, que escuchaba, quedóse maravillada ante aquel gran arte de embrollar las cosas más sencillas.

La señorita de Armaillac había muchas veces encontrado en el gran mundo al señor de Briançon; pero sabido es que no le hablaba. Las miradas eran más ó menos elocuentes; expresaba el orgullo herido, expresando el arrepentimiento doloroso. Para los que saben estudiar la pasión, había todo un misterio en el brillo fugaz de sus miradas, dos espadas que se cruzaban; para los que pasan sin ver nada, había un hombre y una mujer que no se conocían.

Aquel día, en aquel castillo del siglo XVII, en que se había comido y bailado durante todas las locuras de la Regencia y de Luis XV; en aquel parque todavía poblado de ninfas de Coysevo y de Couston que parecían entristecidas desde que no veían más que trajes negros, Juana se paseó por todas partes con Marcial, perdiendo y volviendo á encontrar á su amiga, escuchando las divagaciones de aquel bello promotor de quimeras á quien de sobra había escuchado, pero á quien hubiera querido siempre oír. Se volvía á encontrar como la primera vez que valsara con ella. Era aquél el mismo vocabulario, la misma dulzura en la voz, el mismo arte de embrollar el bien y el mal en una sinfonia amorosa. La señorita de Armaillac se defendía, pues no podía menos de abandonarse con una alegría nueva á todas las seducciones de aquel burlador de mujeres.

—¡Cuando pienso,—dijo,—que no me reconoce y me habla tan dulcemente como hace un año me ha-

blaba...! ¡Luego todas las mujeres son iguales para él!

La señorita de Armaillac se engañaba; el señor de Briançon la había reconocido, pero tenía demasiado talento para decirlo; ella le hubiera detenido á la primera palabra y le hubiera enviado á paseo, mientras que, aparentando no reconocerla, tenía derecho á ser el más apasionado de sus adoradores. Juana se confesaba que aquél era el único, de todos los hombres que en el gran mundo encontrara, el único que hablaba bien de las cosas del corazón, no porque fuera entendido en el tema, sino porque tenía la elocuencia súbita que seduce.

No era sentimental, pero tenía las vivas expresiones del sentimiento. Sentíase que un día podía amar y que amaría con todas las fuerzas de su alma. Había, sí, un asomo de chanza en sus entusiasmos; pero era aquello el grano de sal del guiso del corazón, para hablar como las preciosas de Molière, que no hablaban siempre tan mal aquellas hermosas del hotel de Rambouillet.

La señorita de Armaillac se atrevió á recordar el pasado.

—Dígame usted, señor hombre de la buena suerte, usted, que tan bellas protestas de amor hace: ¿se olvidó ya de sus víctimas, de la señorita Flor de Melocotonero, que se ha consolado, de la señorita Margarita Aumont, que ha muerto, de dos ó tres mujeres del gran mundo que han concluido por la separación de cuerpos, y...? ¿Hay más? Se me ha hablado de una joven de la más alta aristocracia, cuyo nombre no se me ha dicho: ésta, según se me ha contado, se atrevió á entrar en su casa de usted una noche, de regreso de un baile.

—Chismes son ésos de mujer de mundo. No sé de qué quiere usted hablarme: ¡una joven noble, una gran belleza de corazón nada común! Puesto que no sabe usted su nombre, decírla puedo que á ésa, sólo á ésa, amé hasta morir por ella: aun no estoy seguro de no amarla; pero no hablemos más del asunto: no tengo derecho para amarla.

—¿Se ha casado?

—Ocurre algo peor: no me conoce; luego es una extraña para mí.

Juana notó que Marcial se emocionaba.

—¡Y he ahí por qué me hace usted la corte!

—¿Qué quiere usted? La mujer no tiene derecho á estar celosa del pasado, porque todo amor es una renovación: el corazón tiene sus estaciones como la naturaleza.

—Sí, quisiera usted que yo fuese para usted la primavera tras del invierno.

—Sí, quienquiera que sea usted, siéntola bella á mis ojos, me encanta usted al través de su careta. Ámeme usted una hora, un día, un siglo, y le juro á usted por mi alma que no la abandonaré ni por un instante, que moriré á sus pies.

La señorita de Armaillac se había sentado en un banco del jardín. Marcial, de rodillas ante ella, le dijo más dulcemente que nunca, oprimiendo sus manos:

—¡Ah, cómo te amo!

Ella apartó la cabeza para ocultar sus lágrimas; pero había visto que Marcial tenía también los ojos húmedos.

—¿Por qué?—se preguntó.

Y, volviéndose hacia él,

—¿Es que le recuerdo un amor perdido?

—¡Ah! ¡Por favor, no hablemos del pasado! Amémonos por hoy y por mañana, y no por ayer.

La noche había llegado; la luna se mostraba, dulce y blanca, al través de los árboles, cuyas hojas empezaban á brotar; ligeras nubes por estrellas, el viento Este sacudía los ramajes de la avenida. Era aquélla la estación de las últimas lilas y de las primeras rosas; la naturaleza, toda de fiesta, saboreaba aquellas hermosas horas de amor; los ruiseñores alternaban con los mirlos; los ruiseñores mucho más maestros en su sinfonía perpetua, los mirlos mucho más elocuentes en su rústica sencillez. Se oía sobre todo la orquesta que llamaba á los valsadores y valsadoras, y también los gritos de alegría y los llamamientos de los buscadores. Aun cuando hubiese allí quinientos parisienses, la señorita de Armaillac se sentía sola, sola con Marcial; saboreaba una de aquellas horas amorosas que habían encantado sus veinte años. ¡Era posible que él estuviese allí, á sus pies! ¡Era posible que fuese ella quien le abandonaba sus manos con tanta alegría!

Un instante hubo en que pensó en decirle:

—¡Soy yo, tómeme usted, le sacrifico mi orgullo, como le sacrifiqué la virtud mía!

Pero no quiso humillarse hasta aquel punto. Se levantó, Marcial se puso en pie al mismo tiempo, la estrechó contra su corazón y besó, al través de la mantilla, sus cabellos; Juana rechazóle vivamente; tuvo miedo de sí misma: un abrazo más y estaba perdida, tal era el encanto que á su pesar experimentaba.

El recuerdo del marqués de Cornuelles, un joven

que había pedido y alcanzado su mano, acudió á tiempo.

—¡Oh Dios mío!—dijo.—Este Marcial me hace olvidar todo. Pero yo me quiero acordar de que juré olvidarle.

Algunos días después, la señorita de Armaillac estaba en Santa Clotilde en el matrimonio de una amiga del Delfinado, la señorita de Avray, á quien no había visto desde hacía mucho tiempo. Era aquél un matrimonio de la *high-life*; la aristocrática iglesia estaba atestada y se hubiera podido hojear allí todo un libro de heráldica.

Juana había llegado después de empezar la misa: no hubiera tenido sitio donde colocarse si un hombre no se hubiese alzado del suyo al verla.

Aquel hombre era Marcial de Briançon.

Fingió no reconocerle al aceptar su silla. Ocurrió que otro hombre se había también levantado; como éste se marchó después de hacer su acto de cortesía, Marcial quedó junto á su amante.

Se hablaba mucho en torno de ellos, cada uno por sí, Dios por la casada.

No sé si porque se tiene miedo de hacer esposos demasiado felices, nunca vi que nadie pensara en rezar en las misas de matrimonio; en tal día, la iglesia es un salón al que se llevan noticias y en que se discuten modas por la crítica de los vestidos y de los sombreros que figuran en la fiesta.

—¿No es verdad,—dijo de pronto Marcial á Juana,—que es éste un estreno hermoso? Todo París está aquí; la sala se encuentra llena.

La señorita de Armaillac quería no responder;

mas no pudo menos de decir al señor de Briançon:

—Le conozco á usted en eso; he ahí cómo comprende usted el matrimonio.

—¡No se equivoque usted! ¡Si el matrimonio es para mí una ceremonia, también es una fiesta!

Y, después de una pausa,

—Al menos, hubiera sido una fiesta si usted hubiese querido.

—¡No avivemos antiguas heridas!—dijo Juana, mirando su libro de misa.

—¿Qué quiere usted? Yo no vivo sino de lo que pasó y sólo soy feliz con mis heridas.

—Pues bien: yo soy tan desgraciada que no vivo sino del porvenir; es decir, de Dios.

Y la señorita de Armaillac murmuró, leyendo:

«Felices los que temen al Señor y se conducen según su ley.»

—Tal vez se figure usted,—replicó Marcial,—que no comprendo nada de esa gran poesía de la Iglesia. La misa de matrimonio, ¿qué es sino el Cantar de los Cantares?

—No comprendo.

Marcial indicó con el dedo este versículo:

«Vuestra mujer será en lo secreto de vuestra casa como una viña fértil. Vuestros hijos estarán en torno vuestro como jóvenes retoños de olivo.—¡Aleluya!—¡Aleluya!»

—Sí, pero todo el mundo no puede cantar *Aleluya*.

Se llegaba á la Epístola.

«Que las mujeres obedezcan á su marido como al Señor, porque el marido es el jefe de las mujeres como Jesucristo es el jefe de la Iglesia.»

Así traducía Marcial; pero la señorita de Armaillac le dijo:

—No hay más que una Iglesia y usted tiene muchas mujeres.

—Tenía muchas mujeres; y es porque en aquella época me encontraba fuera de la Iglesia.

—¡Y ha vuelto usted á ella!

—Sí, porque he comprendido lo que ahora dice el diácono: «El que ama á su mujer se ama á sí mismo»; porque ya dijo Adán: «He aquí el hueso de mi hueso y la carne de mi carne». Lo que no impidió que Eva escuchase á la serpiente.

—Sí, sí,—dijo Juana,—para usted, la mujer es siempre la culpable.

El diácono seguía:

«He aquí por qué el hombre abandona á su padre y á su madre para ir con su mujer, y de dos que eran se tornan una sola carne.»

—Y yo,—murmuró dulcemente Marcial,—abandonaría á mi padre y á mi madre, mi país y mi fortuna, para ir á vivir con una mujer al desierto, porque llevaría el paraíso en mi corazón.

—¡Oh! ¡Cómo le conozco á usted en esas frases hechas!

Otro diácono habíase puesto á leer el Evangelio.

Y decía:

«En aquel tiempo los fariseos acercáronse á Jesús para tentarle.

»Y le dijeron:

»—¿Puede un hombre abandonar á su mujer?

»Y respondió Él:

»—¿No habéis leído que el que creó al hombre creó á éste y á la mujer para que fuesen dos en una

sola carne? No separe, pues, el hombre lo que Dios uniera.»

—Así,—dijo Juana, con triste sonrisa,—no ha creído usted las palabras del Evangelio. Ha separado usted lo que Dios había unido.

Marcial miró á Juana con sus bellos ojos profundos y luminosos.

—Dios me es testigo,—la dijo,—de que después de haberla perdido, lo único que anhelo es encontrar á usted nuevamente; sea usted buena cuanto es bella; perdóneme usted, puesto que nos encontramos en una iglesia; déjeme usted esperar que lo que se ha separado será reunido.

Las almas más altivas humillanse ante el altar; en cuanto se entra en una iglesia, se siente que Dios es grande y que los acontecimientos de este mundo no son sino infinitamente pequeños. A buen seguro que, de encontrarse en un salón, la señorita de Armaillac hubiera seguido mirando á Marcial desde lo alto de su desdén y desde la cumbre de su venganza; pero allí, á pocos pasos de la amiga que se casaba, sintió derretirse sus nieves inaccesibles; sus ojos habían encontrado los de Marcial; vió su alma: aquella vez no trataba él de engañarla; así es que no le regateó la esperanza, y le dijo:

—Hace mucho tiempo que mi madre nos espera. Cuando Marcial salió de la iglesia, su corazón cantaba *Aleluya*.

—¡Ah!—dijo.—¡Suele ser más difícil triunfar de una mujer la segunda vez que la primera! Juana se dió á mí como querida: me ha sido necesario conquistarla como mujer.

Adelantábase á sí mismo, con la alegría en el alma,



caminando alegremente y dando gracias al cielo; pero se detuvo de pronto, diciéndose:

—¿Y Aubepine?

La señorita de Armaillac había quedado arrodillada después de partir Marcial, sin apresurarse, como todas sus vecinas, por seguir á la ola de curiosos hacia la sacristía.

Aun cuando se encontrara en mitad de la muchedumbre, sentíase sola ante Dios; su corazón estaba tan contento que lágrimas de alegría se desprendían de sus ojos.

—¡Oh Dios mío!—murmuró.—¡Gracias por habernos reconciliado! ¡Sólo Vos, oh Dios mío, podíais hacer milagro tall!

En efecto, era necesario aquel encuentro en la iglesia, para que la señorita de Armaillac prescindiera de su orgullo ante el señor de Briançon. Nunca, en el mundo, hubiérase humillado hasta perdonarle. Le parecía que sólo por Dios había hecho á su amor el sacrificio de su altivez.

Tal fué el imperio que Marcial recobrará sobre ella, que olvidó, hasta salir de la iglesia, su promesa de matrimonio al señor de Cormeilles. Cuando recordó esto, se estremeció y se detuvo en seco, poco más ó menos como el señor de Briançon se detuviera al pensar en Aubepine.

—Es demasiado tarde,—dijo.—Estoy maldita, puesto que no puedo ser feliz. El señor de Cormeilles me ama, y yo no le amo; pero le he dicho que será su mujer, y no puedo casarme sino con Marcial.

Cuando Juana entró en su casa, arrojóse al cuello de su madre.

—¡Oh, mamá! ¡Qué desgracia! Marcial va á venir

á pedirte mi mano; mas no puedo casarme con Marcial, porque debo casarme con el señor de Cormeilles... y no puedo casarme con el marqués de Cormeilles, porque amo á Marcial...

Con estas palabras, Juana destruía todas las esperanzas de su madre.

La señora de Armaillac había experimentado un gran placer al ver que su hija se decidía á dar su mano al señor de Cormeilles, un noble rico y un hombre á la moda; la señora de Tramont había ya propagado este matrimonio por todos los salones como una victoria de su joven amiga: daría lugar á un escándalo la negativa de la señorita de Armaillac.

XXXIX

*Las lágrimas de Aubepine*

Una mañana, la señorita Larochette, apodada Lengua de Hacha, encontrándose á Aubepine, djíjole á quema ropa:

—¡Apañadas estamos, querida! Parece que nuestros dos amantes se casan á izquierdas y á derechas con aquella remilgada que se llama la señorita de Armaillac.

—¿Naestros dos amantes?

Aubepine no comprendía.

—Sí, querida: ni más ni menos. El señor marqués de Cormeilles y el señor conde de Briançon. Pero

tranquilízate, no le saldrá todo como piensa á esa señorita.

La llamada Lengua de Hacha continuó largo tiempo hablando en este tono, deshaciéndose en imprecaciones, mientras que Aubepine, herida en el corazón, no sabía qué decir; conocía la pasión de Marcial por Juana, que era la única mujer á quien temía. Ya había dicho á su amante:

—Tu amor por la señorita de Armaillac es como una herida que se abre á cada momento.

Pasaba esto en el castillo de Madrid, donde aquellas señoras aguzaban su apetito á eso de las seis, antes de ir á cenar al pabellón de Armenonville. Fue el golpe tan terrible para Aubepine, que regresó á casa antes de ir á cenar, no obstante ser esperada. El señor de Briançon habíale dicho que no la vería hasta media noche; pero ella confiaba vagamente en tropezársele, ya en los Campos Elíseos, ya en el bulevar de los Italianos, á donde ordenó á su cochero que la condujese.

No le encontró. A las siete y media franqueó los umbrales de su hotelito con la muerte en el alma. Él no había pasado por allí, no había escrito. Naturalmente, tomó una pluma y papel; tan grande era su dolor. Y escribió:

«Marcial mío:

»¿No es verdad que es imposible? ¿No es verdad que es una mentira? Se me dice que te casas. No lo creo, y, sin embargo, estoy llorando. Es que eso fuera mi muerte: tu amor mata; acuérdate de Margarita Aumont. ¿Puedes tú hacer eso? ¿No has pensado en mí? Cuando me sedujiste en los Campos Elíseos, yo era feliz sin amor; hoy sería la más desgraciada de

las mujeres si tú llegases á faltarme. Tendrás piedad de mí, la tendrás de mi corazón. Por otra parte, el amor tiene sus derechos. Puedo decir que *no quiero*, porque eres mío. ¿Te figuras que yo te abandonaría por un millón? No sé por qué te escribo; estoy loca, puesto que esta carta no te encontrará en casa y vendrás aquí á media noche. Es que tal vez no tuviera valor para decirte todo esto. Además, si tú estuvieras aquí, una sola palabra tuya me desarmaría, mientras que esta carta te obligará á darme explicaciones. ¡Ah! ¡Marcial, no me mates!

»TU AUBEPINE,

»*Rosa ayer y blanca hoy.*»

Aubepine fué luego á abrazar á sus inseparables. —¡Infeliz de mí!—dijo.—¡Ya no somos *él y yo!* ¡Yo he muerto, él se consuela con otra!

Miró de frente su vida sin Marcial. ¿Qué haría? No tendría necesidad de molestarse para encontrar uno ó un par de amantes. Muchos había que no esperaban más que una señal para cubrirla de oro.

—¡Pero es que el dinero no hace la dicha!—se dijo.—Se puede ser feliz con dinero cuando no se ama, pero es un suplicio ser pagada por un hombre á quien se aborrece. Y yo siento que odiaría al que ocupara el puesto de Marcial. ¡Antes morir cien veces!

La mayoría de las mujeres dicen esto; pero son ellas palabras arrancadas por la pena, en la inconsciencia de las lágrimas. Casi todas vuelven en sí de este abatimiento para pensar en la venganza, por amor á la vida, por las ventajas de posición. Pero Aubepine hablaba de buena fe, se atrevía á mirar la muerte de cerca, como un consuelo novelesco.

## XL

*La palabra de Dios*

La señorita Flor del Mal, que tan discreta se había mostrado con Juana, que no la había saludado con la mirada, en el Bosque ó en el teatro, sino cuando la señorita de Armaillac la miraba con simpatía, acudió de nuevo en su auxilio contra el marqués de Cormeilles.

He aquí cómo:

Sabido es que en París los mejores maridos del mañana no abandonan su modo de vivir antes de la ceremonia: continúan por el torrente sin cambio alguno en sus costumbres. Más de una vez el señor de Cormeilles había hecho la corte á la señorita Flor del Mal. Ésta tuvo el arte de hallarse en su camino. Él quedó encantado ante sus ojeadas, á las cuales no resistió, de tal manera que, á una carta de ella, contestó con un lindo billete, que no firmó, pero que valía muy bien lo que un billete de banco. Flor del Mal fué á casa de la señorita de Armaillac, á quien entregó las pruebas del delito.

Cuando el señor de Cormeilles fué á hacer sus visitas cotidianas, Juana le hizo presentar estas pruebas bajo sobre, por medio del ayuda de cámara, haciéndole saber que no podía recibirle.

El marqués comprendió; volvió una hora después,

pero tampoco fué recibido; escribió, mas no le contestaron. La comedia había acabado.

La señorita de Armaillac había aceptado de él una sortija de esponsales; se la devolvió, rogándole la diera á la señorita Flor del Mal, cosa que él hizo, con alegría de ambas mujeres.

—Decididamente,—dijo Juana,—Flor del Mal es así llamada por antífrasis. Yo no la llamaré más que Flor del Bien.

Fuêle, pues, permitido creer en la felicidad. Desde el siguiente día, Marcial fué quien la hacía la visita cotidiana. No se hizo esperar mucho la publicación de las amonestaciones.

—Dos siglos hace que aguardo,—dijo Marcial.

—Y yo,—replicaba Juana,—espero hace más tiempo, pues hace dos años.

El matrimonio verificóse sin ruido; era la época de la caza, y en París no había nadie... del *Todo Paris*.

Enviáronse tarjetas de participación para anunciar que el matrimonio había tenido lugar. La bendición nupcial fué dada en la Trinidad, á las ocho de la mañana. No estaban presentes sino los testigos de ambas partes y las señoras de Armaillac y de Tramont.

Estaba también, en un rincón de la iglesia, rezando de buena gana, la señorita Flor del Mal.

Me olvidaba. También había una mujer, cuyo rostro cubría un velo, que no oraba.

Nunca la señorita de Armaillac había sido tan profundamente religiosa; comprendía entonces que era necesario que Dios estuviese con ella.

Pero todo el que aquí abajo acércase á la dicha, no osa dar un paso sin levantar los ojos hacia el cie-

lo. El mismo Marcial, que siempre se chanceaba, estaba dominado por la majestad de aquel sacramento, que tantos escépticos han hecho objeto de sus burlas, porque nunca tocó la gracia.

El señor de Briançon seguía con la vista, como Juana, en el libro de oraciones de la casada, estos versículos bíblicos:

«Haced que el yugo del esposo sea un yugo de amor y de paz.

»Haced que, casta, se case en Jesucristo. ¡Que sea dulce para su esposo, como Raquel; casta como Rebeca; fiel como Sara! Haced que, fiel á su esposo, no manche el lecho nupcial con ningún comercio ilícito; haced que obtenga, en su pudor, una feliz fecundidad; haced que los desposados vean los hijos de sus hijos hasta la tercera y cuarta generación.»

Juana dió las gracias á Dios con efusión por haberla vuelto á la vida de santidad y á la verdad de la vida. Marcial reconoció que no se entra impunemente en la iglesia: encuéntrase allí la perdida luz y la fuerza de hacer bien.

No hay estoicismo antiguo que valga lo que la palabra de Jesucristo, porque el sentimiento es preferible á la razón, porque lo que hay de mejor en el espíritu humano es el Divino espíritu.

## XLI

*El puñal*

Marcial y Juana no repararon, cuando se encaminaban á la sacristía, en la mujer velada, recostada en el pilar, que estaba allí como en el quinto acto de un drama. Al través de su velo se veía su palidez. No fué á la sacristía, porque no había sido invitada á la ceremonia. El lector habrá ya supuesto que era Aubepine. Salió por una puerta lateral y subió á su coche, que la esperaba en la calle de Clichy.

En el momento de subir, sus ojos fueron atraídos por una tienda en que se vendían curiosidades. Como todas las mujeres que rehacen su educación, conocía los estilos de muebles, porcelanas y demás.

¿Entró en aquella tienda con objeto de enriquecer su colección?

—Señora,—dijo, abriendo la puerta,—poseo un rico surtido en estiletes del siglo XVI. ¿No tiene usted nada de esa época?

Se le enseñaron puñales, dagas, cuchillos.

Tomó en seguida un puñal florentino bellamente trabajado.

—Se me ha dicho, señora,—dijo el ama de la tienda,—que ese puñal está cincelado por Benvenuto Cellini.

Aubepine, que tenía el sentimiento artístico, sonrió amargamente y murmuró:

—Mejor que mejor.

Y pensó que su propósito no era herir con un cuchillo vulgar.

Media hora después, Aubepine llegaba al Parque de los Príncipes, delante de un hotel al que Marcial y la señorita de Armaillac habían de ir á media noche, luego de dar un paseo hasta San Germán.

La señora de Tramont había distribuido todos los placeres del día, destinado su hora á cada cual; ella era quien había aconsejado se pasara la noche de boda en el Parque de los Príncipes, en el hotel de una amiga suya, desde hacia algún tiempo ausente; había llegado su solicitud hasta ocuparse de la alcoba nupcial, para asegurarse de que nada faltaría á la felicidad de los recién casados.

Aubepine no sabía cómo arreglárselas para introducirse en aquel hotel; había llevado consigo un puñado de oro, reconociendo que es éste el mejor de todos los pasaportes.

Al llegar al hotel exclamó:

—¡Ah! ¡Qué dicha!

Hay dichas relativas. La dicha para ella, en aquel momento, residía en este letrero, que en la verja se destacaba:

*Hotel para alquilar.*

Llamó con una sonrisa.

—¿Es usted de la boda?—la preguntó el conserje.

Poco faltó para que Aubepine no respondiera.

—¡Oh, no!—dijo por fin.—Conozco algo á la novia y mucho al novio; pero lo que aquí me trae es que sé que este hotel se alquila y quiero alquilarle.

—Doce mil francos,—dijo el conserje, mirando á

Aubepine, para saber si era necesario bajar á diez mil.

—Me conviene,—dijo ella.—Veámosle.

—Imposible, por hoy. Pasado mañana, con mucho gusto.

—No hay fiesta sin abuela,—pensó Aubepine.—Eso es que Marcial... y su mujer... quieren pasar aquí el día de mañana.

—Sé lo que á usted le detiene,—dijo, dando al portero cinco lises.—No quiere usted que se entre en la alcoba nupcial. Ha de tener usted muy en cuenta que no hace falta decir una palabra.

El conserje aún no sabía si debía tomar ó rehusar los cinco lises.

—¡Vamos, hombre! Si no quiere usted enseñarme ese aposento, no me lo enseñe usted.

—Bueno, aprovechemos la ocasión de estar fuera la doncella.

Aubepine tuvo una rápida ojeada para el entre-suelo del hotel. Cuando llegaron al primer piso, delante de la alcoba destinada á los esposos, el portero quería pasar sin abrir.

—Vaya, ande usted,—dijo Aubepine, dándole otros cinco lises.

—Verdad que es la más linda habitación del hotel y que es necesario que la vea la señora: en interés del propietario voy á enseñársela.

Era una alcoba tapizada de damasco azul, con un lecho de dos caras sobre un estrado; frente á la cama estaba la chimenea, sobre la cual había una luna de Venecia; á cada lado del lecho, una ventana; detrás de él, dos gabinetes de tocador con portiers.

Aubepine pensó que le sería fácil ocultarse en uno

de aquellos gabinetes, porque estaba firmemente decidida.

—Caballero,—dijo al conserje,—cuanto más miro este hotel, más resuelta estoy á acabar en él mis días; todo me gusta: el patio, el hotel y el jardín.

Y con un suspiro,

—Esta alcoba es deliciosa con sus tintes azul celeste. ¡Qué dicha ha de ser dormir aquí!

Aubepine volvió á subir al coche, después de preguntar al cochero á qué hora estaría allí la doncella de la novia.

—No vendrá hasta la tarde, luego de haber comido; tal vez no mucho antes que sus amos, pues me ha dicho que todo se halla en orden para esta primera «reunión».

Cuando Aubepine estuvo de vuelta en su hotelito, púsose seriamente á hacer su testamento. No tenía una fortuna que legar, pero contaba con muchas novadas encantadoras que harían la alegría de aquellos en quienes pensara. No olvidó ni á Marcial ni á Juana. Dejó á ésta un libro de misa con la letra A en relieve bajo una corona de conde. Aubepine... Armaillac... ¿No era la misma letra? Legó á Marcial un retrato apenas esbozado por Madrazo, un verdadero rayo de sol. No olvidó á ninguna de sus amigas, y tampoco á su doncella.

Luego de haber firmado, púsose á hojear algunas cartas que en un cofrecito de ébano ocultaba con amor. Eran cartas de Marcial; pero entre ellas había todavía una de Juana.

—¡Ah!—exclamó.—¡Cómo la amaba también por aquel entonces! ¡Pero segura estoy de que ella no le ama como le amo yo!

Reflexionó que aquella carta de Juana era un testimonio en contra suya.

—¡Infeliz de mí!—dijo.—Esta carta me acusa. No he cometido en mi vida más que una mala acción: arrebatar á Marcial las cartas de la señorita de Armaillac.

Metió la última en un sobre y puso en él las señas de Juana.

Después de remover estos recuerdos, Aubepine abrió un pequeño cuaderno en que el señor de Briancón había escrito, entre dos bocanadas de humo, algunas páginas de su vida. No era ésta la vez primera que leía aquellos fragmentos; volvió á deletrear estos dos párrafos:

«Ayer, con trabajo lo creo, una joven del gran mundo vino á arrojarse en mis brazos con abundancia de corazón, entregándoseme en cuerpo y alma, como si yo fuera digno de ella. Yo, que no tengo miedo á los hombres, estoy asustado con esta buena suerte.

»No en vano había previsto que la señorita XXX introduciría el drama en mi vida. ¡Pobre joven! Anteayer, al regresar con Margarita Aumont, la encontré sobre mi lecho, envenenada y con una puñalada. Aún me pregunto si todo esto no ha sido un sueño. ¡Oh caprichos del corazón humano! ¡Oh misterios del amor! ¡No la amaba antes de esta tragedia; morir por ella quisiera en este momento! ¡Ah, cuán bella y conmovedora estaba en su palidez marmórea! Una revolución se ha operado en mí; ya no amo á Margarita, amo á la señorita XXX.»

Aubepine leyó dos veces estas líneas.

—Sí, sí: cuando haya muerto me amaré,—se dijo.

—Y si no me ama, no podrá olvidarme.

Llamó á su doncella.

—Hortensia, vaya usted á casa de mi modista, y dígame que venga á vestirme á las ocho y no á las diez como estaba convenido.

—¿Es que saldrá esta noche la señora?

—Sí; tal vez venga usted conmigo.

—¿A dónde irá la señora?

—Ya lo verá usted.

Aubepine, que se había levantado, se acercó á un retrato de Marcial que le representaba en su eterna sonrisa burlona.

—¡Infeliz de mí!—se dijo.—Cuando pienso que llegué á creer en el porvenir con este hombre!

## XLII

*El lecho nupcial*

Conforme habíalo decidido la señora de Tramont, cuando la novia salió de la iglesia fué á ponerse un vestido de viaje y partió con el señor de Briançon para San Germán. Y fué aquel un viaje encantador. Era la primera vez que Juana sentía que Marcial era todo de ella; así es que su frente resplandecía. Aquel sueño tantas veces recomenzado, convertíase al fin en realidad. Era aquello la dicha, puesto que la dicha no existe sino á dúo. Ella era de él, él era de

## FIN

—Yo no le olvidaré,—dijo Juana con tristeza.  
Estaba casi tan blanca como la difunta. Miraba á Aubepine con terror. De repente estalló en sollozos y la abrazó anegada en lágrimas y con un grito del corazón, como si en ella se hubiese visto.  
—¡Oh Dios mío, Dios mío!—dijo Marcial con desesperación.—¡He buscado la dicha, y no recojo otra cosa que sangre y lágrimas!  
Y, volviéndose hacia Juana,  
—¡Por qué no comencé por donde acabé!  
Y como para todo, aun en sus horas más tristes, encontraba la frase filosófica, ¡Ser ó no ser amado! dijo, como Hamlet dijera en otro tiempo: ¡Ser ó no ser!  
Hoy don Juan es amado, Romeo no lo es ya mucho. Amar y no ser amado no es vivir. Amar y ser amado es vivir dos veces, en todas las alegrías y todas las angustias de la pasión.  
Marcial vivió dos veces.  
Pero ¿y Juana? ¿y Margarita? ¿y Aubepine?

—Si, es imposible,—repitió la senorita de Ármal-

lac.—Creo que estoy loca, y me pregunto si no soy

yo la que está ahí, muerta de una punalada.

Miráronse los novios como para preguntarse si la

dicha era posible después de aquella noche de boda.

Marcial había llamado, aunque sin saber por qué,

puesto que Aubepine no podía ser auxiliada y pues-

to que él no quería atraer la curiosidad sobre aquel

misterio.

La doncella acudió esta vez, casi despierta, cre-

yendo la llamada su ama. Cuando abrió la puerta,

Marcial la preguntó:

—¿Cuándo entró aquí la mujer que esta muerta

sobre el lecho?

—No sé,—dijo la doncella.—Me dormí á pesar

de mí en cuanto estuve de regreso. Ahora me explico

por qué se me obligó á cenar en Bolonia.

—¿Y quién la ha obligado á usted á cenar en Bo-

lonia?

—Una doncella amiga, que deseaba distraerme

hasta que ustedes llegaran, y me ha hecho beber vino

de Champagne.

—¡Pobre Aubepine! —exclamó Marcial.— ¡Que

bien preparada tenía su venganza!

Miraba, ocultando á Juana la desolación del cora-

zón suyo, aquel adorable rostro empalidecido por la

muerte.

Y, sin dejar de estrechar la mano de Aubepine,

estrechó la de Juana, diciéndole:

—Nos iremos á Italia. ¡Nuevo país, nueva vida!

Es menester que ese cuadro se borre de nuestros

ojos.



La mujer vestida de blanco tenía sangre en el cor-  
pino.

—¡Oh Dios mío!—pensó Marcial, llevando la mano

á sus ojos y no sintiéndose con fuerzas para avanzar.

—¡Toda esta dicha prometida no era más que un  
sueño! ¡Este matrimonio, para ella, no era otra cosa

que una separación! ¡Por segunda vez ha querido  
morir, morir por haber pecado! ¡Se ha casado á

si misma en su felicidad!

El señor de Briancón no hubiera tenido tiempo de

decir esto. Trató de expresar el rápido pensamien-  
to que cruzara por su mente. Se detuvo en su espaa-

to cosa de un segundo; precipitose á la cama, pero  
tropezó en una mujer desvanecida que el cortinaje

no le había dejado ver.

Era aquello para perder el juicio.

Se arrojó ante la mujer desmayada.

!Reconoció á la senorita de Armalliac!

!¡Juanal!—gritó. —¡¡Juanal! ¡Dígame usted que no  
está muerta! ¡¡Juanal!

—No, amigo mío,—dijo la joven dulcemente, por-  
que volvía en sí;—no estoy muerta, pero ocurre algo

peor.

Levantando á su mujer en sus brazos, Marcial no  
dudó de que la que estaba sobre el lecho fuera Au-  
depine.

!¡Pobre criatura!—pensó.—!No la creí tan local  
Cuando se halló en pie, tomó á Aubepine en sus  
brazos, cual si esperase que ésta tampoco estuviese  
muerta.

Pero la desdichada había sabido herir.  
—¡Esto es imposible!—dijo él.



to envuelta en su inocencia. Tiene aires de pureza que sientan bien á su encanto, que no son para in- fundir arrevimiento. La conversaci3n se suspende á cada palabra; se piensa en el desenlace del día con un sentimiento más familiar que amoroso. Pero entonces no se estaba en tal caso. El hielo habíase roto; se había ya franqueado el Rubic3n; si se había tornado al otro lado, no se sentía inquietud para volverlo á franquear. Abandonábanse, pues, al placer de estar juntos, sin inquietud por la noche ni por la mañana. No debía haber nada de imprevisto.

A las once y media pusieronse en marcha hacia el Parque de los Príncipes, sin tomar el tren, con los caballos que les habían paseado por el Bosque. Aquel regreso de San Germán á la luz de la luna, bajo el mill3n de estrellas encendidas, resultó encantador.

—He ahí los verdaderos fuegos artificiales,—dijo Juana.

—Sí,—añadió Marcial,—no hacen falta otros para la noche de bodas.

Encontraron al portero sobre las armas; pero la doncella estaba profundamente dormida en el salóncito. Tan difícil se hacía despertarla, que la señorita de Armallac quedó sorprendida ante aquel sueño desacomunado, porque la muchacha no era una dormilona.

—Después de todo,—dijo Marcial,—para nada la necesitamos. Yo desnuaré á usted.

Poco faltó para que Juana le replicara:

—No sería la primera vez.

Pero el sacramento del matrimonio hablale devuelto su primitivo pudor.

—No,—dijo,—no me desnudará usted, señor marido; y aun exijo que no entre usted en la alcoba hasta que le llame.

Marcial estaba resuelto á obedecer siempre.

—Segura está usted, mi querida Juana, de que siempre dire: «Cumplase su voluntad!» Quiero que mi voluntad se estrelle contra la de usted... lo cual no impedirá que te ame mucho...

Marcial había abrazado á Juana, que había avanzado sola hacia la alcoba.

El bajó al vestíbulo para matar el tiempo fumándose un cigaro.

Pasó un cuarto de hora sin que Juana le llamase. Esperó cinco minutos más, y subió al fin á paso de lobo para escuchar á la puerta: no oyó nada. Sin duda el tapiz de Persia de la alcoba ahogaba los pasos de la señorita de Armallac. Por otra parte, también podía estar en el gabinete de tocador.

Llamó tres veces, como hombre que se impacienta. No obtuvo contestaci3n. Fue á llamar más lejos, en la pared correspondiente al gabinete mencionado. Tampoco le respondieron. Se decidió á entrar.

El primer espectáculo con que sus ojos tropezaron fue el que ofrecía una mujer tendida sobre el lecho, en traje de recién casada y con una corona de azahar en los cabellos, sueltos.

... Su primer pensamiento fue que la señorita de Armallac, siempre novelasca, había querido darle aquel espectáculo.

La alcoba estaba muy poco alumbrada por dos bujías color rosa que ardían en la chimenea.

Marcial dió un paso. Esta vez quedó aterrORIZADO y dejó escapar un grito.

ella. Todos los dolores del pasado se suavizaron hasta hacerse sabrosos; porque en los días de alegría, los más tristes recuerdos tienen un encanto inefable. Más de una vez se dijo en el vagón: «Te acuerdasti? Y se abrazaban los ojos. Y se revivían todos los pasados sentimientos hablando del porvenir».

—¡Cuánto tiempo perdido!—decía Marcial.

—¡Cuánto tiempo perdido!—repeta Juana. Desgracia, que prometiera casarse con Manón, en la iglesia; Marcial no tenía ya necesidad de defraudar estos derechos, pero también pareciale dulce sorprender besos permitidos bajo los tres túneles que se encuentran de París á San Germán. Hasta me parece que en el tercero fue Juana quien pidió el beso. Conocía la desdichada todo el sabor de las alegrías prohibidas; así es que aun cuando ya estuviera casada ante los hombres y ante Dios, le parecía que todavía robaba su felicidad.

En San Germán, Marcial pidió la comida para las siete.

Había telegrafado para tener el *lindo* de un amigo, que allí veraneaba; partió, pues, para el Bosque, á fin de encontrarse en plena soledad.

En cuanto se vio bajo el árbol de San Luis—que en todas partes hay árboles—pusieronse á pasear á pie. El amor no quiere testigos. Se internaron en las mas sombrías alamedas, como para ocultarse hasta del cielo. Sin duda se abrazaron nuevamente. Necesitará poner á su charla signos de admiración. Si el paseo fue muy sentimental, la comida resultó muy alegre. Cuando una recién casada se encuentra el día de la boda, frente á su esposo, hallase un tan-

## ÍNDICE

	Págs.
I.—Menos de frente . . . . .	5
II.—Un vals infernal . . . . .	11
III.—Cómo se aviva el fuego . . . . .	20
IV.—Retrato de dos amantes . . . . .	28
V.—Los garfios del pecado . . . . .	31
VI.—El dúo ante la mesa . . . . .	34
VII.—El desayuno de Margarita . . . . .	45
VIII.—Por qué Juana lloraba en un extremo de la chimenea de la alcoba de Marcial . . . . .	56
IX.—Los dramas del corazón . . . . .	58
X.—Así va el mundo . . . . .	62
XI.—El amor del abismo . . . . .	68
XII.—Las horas de locura amorosa . . . . .	75
XIII.—En el que se ve bailar á la señorita de Armaillac . . . . .	78
XIV.—Dios y Satán . . . . .	81
XV.—El vaivén del corazón . . . . .	84
XVI.—Del peligro de escribir cartas . . . . .	88
XVII.—La víspera del matrimonio . . . . .	94
XVIII.—Y, sin embargo, era bella . . . . .	98
XIX.—El lecho nupcial . . . . .	101
XX.—Las dos cenas . . . . .	104
XXI.—El puñal . . . . .	107
XXII.—Los inseparables . . . . .	110
XXIII.—Las dos venganzas . . . . .	113
XXIV.—El museo de las tentaciones . . . . .	115
XXV.—El collar de perlas . . . . .	123

ella. Todos los dolores del pasado se suavizaron hasta hacerse sabrosos; porque en los días de alegría, los más tristes recuerdos tienen un encanto inefable. Más de una vez se dijo en el vagón: «Te acuerdasti? Y se abrazaban los ojos. Y se revivían todos los pasados sentimientos hablando del porvenir».

—¡Cuánto tiempo perdido!—decía Marcial.

—¡Cuánto tiempo perdido!—repeta Juana.

Desgracia, que prometiera casarse con Manón, en la iglesia, Marcial no tenía ya necesidad de defraudar estos derechos, pero también pareciale dulce sorprender besos permitidos bajo los tres túneles que se encuentran de París a San Germán. Hasta me parece que en el tercerero fue Juana quien pidió el beso.

Conocía la desdichada todo el sabor de las alegrías prohibidas; así es que aun cuando ya estuviera casada ante los hombres y ante Dios, le parecía que todavía robaba su felicidad.

En San Germán, Marcial pidió la comida para las siete. Había telegrafado para tener el *lindo* de un amigo, que allí veraneaba; partió, pues, para el Bosque, a fin de encontrarse en plena soledad.

En cuanto se vio bajo el árbol de San Luis—que en todas partes hay árboles—pusieronse a pasear a pie. El amor no quiere testigos. Se internaron en las mas sombrías alamedas, como para ocultarse hasta del cielo. Sin duda se abrazaron nuevamente. Necesitará poner a su charla signos de admiración.

Si el paseo fue muy sentimental, la comida resultó muy alegre. Cuando una recién casada se encuentra el día de la boda, frente a su esposo, hallase un tan-

## ÍNDICE

	Págs.
I.—Menos de frente . . . . .	5
II.—Un vals infernal . . . . .	11
III.—Cómo se aviva el fuego . . . . .	20
IV.—Retrato de dos amantes . . . . .	28
V.—Los garfios del pecado . . . . .	31
VI.—El dúo ante la mesa . . . . .	34
VII.—El desayuno de Margarita . . . . .	45
VIII.—Por qué Juana lloraba en un extremo de la chimenea de la alcoba de Marcial . . . . .	56
IX.—Los dramas del corazón . . . . .	58
X.—Así va el mundo . . . . .	62
XI.—El amor del abismo . . . . .	68
XII.—Las horas de locura amorosa . . . . .	75
XIII.—En el que se ve bailar a la señorita de Armaillac . . . . .	78
XIV.—Dios y Satán . . . . .	81
XV.—El vaivén del corazón . . . . .	84
XVI.—Del peligro de escribir cartas . . . . .	88
XVII.—La víspera del matrimonio . . . . .	94
XVIII.—Y, sin embargo, era bella . . . . .	98
XIX.—El lecho nupcial . . . . .	101
XX.—Las dos cenas . . . . .	104
XXI.—El puñal . . . . .	107
XXII.—Los inseparables . . . . .	110
XXIII.—Las dos venganzas . . . . .	113
XXIV.—El museo de las tentaciones . . . . .	115
XXV.—El collar de perlas . . . . .	123

	Págs.
XXVI.—El «espejo de las alondras» . . . . .	126
XXVII.—Historia de una inocencia . . . . .	127
XXVIII.—La señorita Aubepine. . . . .	132
XXIX.—Un himno á la virtud. . . . .	134
XXX.—La tristeza de los don Juan . . . . .	138
XXXI.—El espectáculo del escenario y el del proscenio. . . . .	144
XXXII.—Juana y Aubepine. . . . .	147
XXXIII.—Cómo se burla un destino. . . . .	150
XXXIV.—La estatua rota . . . . .	157
XXXV.—Un rapto . . . . .	161
XXXVI.—Por qué la señorita de Armaillac fué á Venecia . . . . .	166
XXXVII.—Charla perdida. . . . .	172
XXXVIII.—Las máscaras y los corazones . . . . .	177
XXXIX.—Las lágrimas de Aubepine . . . . .	187
XL.—La palabra de Dios . . . . .	190
XLI.—El puñal . . . . .	193
XLII.—El lecho nupcial . . . . .	198

EN PRENSA:

Margot, por *A. de Musset*.

Una Entretenida, por *A. Houssaye*.

La Modelo, por *E. y J. de Goncourt*.

